



Igor Delgado Senior

ÚLTIMA PÁGINA

Cronicuentos

Dicen que
Asesinaro
... José Fernández, apodado "El...
... de Job

ZULIA - NUEVA ESPAÑA
En el sector Chupulinde

"El Curso" y



En un sector de Cabán

... y lo quemaron

... sujetos le vacieron encima a Rómulo Segundo un "acelerante" que...

... "Papi loco", "Coquito" y "Juan Carlos"



... de Urdaneta estado Zulia

... golpes a un bebé de 2 meses

... ado a cabo su madre, el padrastro un tío...
... Los cuatro quedaron presos.



Le clavó varias puñaladas

... Juan Alexander Hernández Martínez...



BI...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

... en libertad. Cuando pasaba a través, siempre que...

... no me emborracho. A raíz de haber estado en un mismo país...

ÚLTIMA PÁGINA

Cronicuentos

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

1.ª edición, Lector Cómplice, 2016

© Igor Delgado Senior

© Fundación Editorial El perro y la rana

Diseño de portada

Arturo Mariño

Edición

Oswaldo González

Elis Labrador

Corrección

José Jenaro Rueda

Diagramación

Arturo Mariño

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4609-5

Depósito legal: DC2020000188

Igor Delgado Senior

ÚLTIMA PÁGINA

Cronicuentos

SUPUESTA VÍCTIMA CONFESÓ QUE OBRERO LINCHADO NO ERA VIOLADOR

(El Heraldó Dominical)

El griterío, en volumen fogoso, subió por los vericuetos del sector “H” de La Nada, un barrio de barriales al oeste de la capital. Decibeles alarmantes, alboroto en cadena, terrores sin freno. Hablaban de un violador que se había metido en el cuarto de una ninfa de catorce años (Ligia del Carmen para más señas específicas, y sola para más agravio).

La manifestación irguió su búsqueda y, como en cualquier favela del mundo, los resultados fueron casi instantáneos. “Es el número 14, la niña se encuentra ahí, debe hablar”. La cámara de Pasolini –de hallarse entre la anécdota– hubiese atestiguado la indignación de la comunidad, las nuevas lágrimas de las mujeres viejas, el arrebató vuelto consigna y un cielo de nubes angostas.

(La cámara virtual enfoca a una Ligia llena de pequeños silencios, que muestra las pruebas del estropicio: la falda rota, dos moretones en los brazos. En primer plano, un jergón; detrás, varios afiches del cantante Ricky Martín. Paneo de los detalles del cuarto, ruido de un celular, groserías en sonido de fondo).

“¿Quién fue, Ligia del Carmen?”, preguntó la anciana mayor. “¿Quién fue, quién?”, repitió el coro de La Nada. La muchacha, tras una palidez infinitesimal, dejó caer el nombre de Gervasio.

Fuenteovejuna hizo el retrato humano e inhumano de Gervasio: “Cincuenta y cuatro años, aunque representa sesenta y cuatro; obrero de la construcción desempleado, sin amigos ni esposa, detenido una vez por pelear en la calle; oriundo de Cali, analfabeto, individuo de pocas palabras y mirada extraña”. Alguien del otro hatajo de ranchos agregó: “No creo que sea mala persona”.

La venganza, sedienta, se apoderó de la turba. Corrieron los hombres tras una sombra o un destello; hurgaron las mujeres debajo de las piedras; jugaron los niños al vocerío falso (“¡Se parece a Gervasio... pero no es!”). La noche enardeció el tumulto, o tal vez tuvo culpa el calor; ya nadie se atreve a confirmarlo porque la ley de La Nada impide autoflagelarse.

De repente, Gervasio apareció en escena. Estaba al lado de una escalinata, fumando, como si entre el humo esperase a los verdugos. Ligia del Carmen lo señaló (y juzgó) a punta de gemidos. Las explicaciones de Gervasio, sin comas, no se apreciaron: “Ella inventó la violación para robarme mi reloj mi cartera una plata una cadena”; y entonces la multitud estableció su sentencia inapelable (y ominosa): golpes, puñaladas, un ojo líquido por el suelo, las costillas en sismo de grietas, los pies al contrario del cuerpo, sangre para no olvidar, sangre para los anales de La Nada.

Cuando se llevaban a rastras los despojos, Ligia del Carmen vio hacia las alturas y se asustó. Temblaba, la lengua le partía en balbuceos las palabras, hipeaba, se sacudía; y así, atropelladamente, dijo: “¡Gervasio era inocente, Dios me perdone!”.

LE DISPARÓ A SU MARIDO PORQUE LA LLAMÓ POR OTRO NOMBRE

(Diario *Ahora*)

El matrimonio vivía entre chubascos. La contienda estaba a la orden de los extremos verbales. La agenda diaria (un cúmulo de obligaciones huecas) se repetía por voluntad pasiva. De noche, a veces, Romelia lo arrinconaba en la cama, y Damián cumplía con la emergencia. Acuerdo de hembra y caballero, contrato sin rugido de palabras.

No siempre fue así: los años aderezan los entuertos.

Como la vida parodia las telenovelas –aunque algunos sostengan lo inverso–, Romelia y Damián se conocieron en una estación de Metro cuando la energía eléctrica, discontinua y aleatoria dentro de los sótanos del Tercer Mundo, se largó por quince minutos. La muchacha, quizás con fingido nerviosismo, soltó dos gruesas lágrimas no exentas de rímel marca Revlon; y el joven, quizás con tramposa cortesía, se le acercó para ofrecerle un pañuelo sin sello de fábrica. Romelia, que en esa época no usaba lentes al aire, lo precisó a través de unos ojos nítidos y amarillos; y Damián, que en ese momento esgrimía un bigote fértil, le sonrió como el D’Artagnan de la estación Capitolio y la invitó a un café. “No sé si pueda porque es tarde”, dijo ella, en tono de duda afirmativa; “un rato nada más y te suelto”, respondió él, pensando estrictamente lo contrario. La ciudad ostentaba una especie de crepúsculo escenográfico, diversas músicas competían por el Guinness de los mayores decibeles, los semáforos se atragantaan de centenas de autos: nada nuevo bajo el cielo de Caracas.

Romelia se tomó el café y se tiñó la boca a fuerza de pan con mermelada, mientras Damián le contaba que era estudiante de administración y que trabajaba en un banco. Romelia, por

vergüenza o por cálculo, eludió decirle que no estudiaba ni trabajaba, y que su primordial interés residía en casarse a la brevedad. Como el diálogo se explayaba, ella miró el reloj de sus argucias y se despidió con un beso frágil, pero quedaron en verse al día siguiente.

Y la cita se efectuó ese día y todos los del mes y el año. Ambos verificaron gustos comunes al estilo de las revistas de farándula: caminatas y ejercicios aeróbicos, el cine de acción, las hamburguesas con papas, la TV por cable, las merengadas de chocolate y las cotufas americanas. El noviazgo también se nutrió de incesantes arrumacos, dos anillos de compromiso y un jolgorio semanal en cualquier hotel de parejas, porque cada quien vivía con su ineludible familia. Para Romelia y Damián la felicidad era un horóscopo de domingo, o una vasta certeza, o la evidencia de la providencia (o la última Coca-Cola en el desierto).

La boda se realizó según las pautas de la clase media estándar y, por ello, después del acto religioso hubo un agasajo con champaña argentina, whisky escocés, bocaditos fríos y tequeños calientes; grupo musical y baile hasta las 4 a. m., hora en que los novios partieron de luna de miel hacia el Caribe: todo estipulado por una minuta de reglas baldías.

Y conforme a esas mismas normas no escritas, los esposos esperaron tres años para tener el primer hijo (Damián junior), y tres más para que naciera Romelia Rosalinda. Y también, al pie de las expectativas, compraron un carro importado y un apartamento con balcón hacia el porvenir cercano. Mientras Damián ocupaba la gerencia del banco, Romelia se ocupaba de los menesteres hogareños y de que nada escapase de su santo lugar. Él vestía trajes de lino para sentirse menos formal, y ella se ponía ropas amplias que le disimularan sus noveles mofletes.

Como la vida ocurre por sendas diferentes a las que planificamos (John Lennon lo dijo), Damián empezó a llegar tarde a la casa. Las razones sobaban en beneficio de la exculpación: una junta de gran importancia, el cierre de nómina, unas

cifras equivocadas... Romelia viraba los ojos hacia el Altísimo y rezaba para que le concediera la gracia de que su marido no trabajara tanto; pero el Todopoderoso tal vez no la escuchó, y Damián siguió llegando tarde como consecuencia de “una asamblea de accionistas, una reunión del comité de créditos, el saldo de los efectos bursátiles”. Hasta que Romelia, en parodia de las telenovelas, le descubrió la camisa manchada con pintura de labios, rojo intenso, carmín que lógicamente no le pertenecía, lápiz labial de perra-zorra.

La furia de Romelia —a muchos estruendos por segundo— colmó el cuarto de los niños y la azotea del edificio. Parpadeaba rayos de odio, lloraba, gemía, se lamentaba. Una sola interrogación emergía de la escena: “¿Por qué? ¿Por qué?”. Damián lo negó todo: el evento no era obra de ninguna mujer ni el tizne era de maquillaje femenino, “quizás se debió a una pared recién pintada”.

Romelia por fin se calmó, enjugando el escozor, aunque dentro de sus instintos presintiese supremos descalabros. Y no estaba equivocada, Damián retomó el papel del cónyuge único que ella admiraba (gentil hasta el cansancio), pero con prontitud volvió a las tardanzas y a las justificaciones, e inquietantes sospechas se añadieron al tumulto: un rasguño detrás de las orejas, un ilícito olor de jabones de hoteles, débitos asombrosos en la tarjeta de crédito. Romelia vivió, entonces, para las pesadillas y el espionaje hecho en casa; y por más que tenía las pistas de la infidelidad, Damián las rechazaba como si fueran producto de la auténtica locura de su esposa.

Las tragedias, cuando poseen honda sustancia, toman un curso veloz. Y de tal forma ocurrió con las desdichas de Romelia: el insomnio la aquejaba, veía en diapositivas cerebrales el derrumbe del matrimonio, se acordaba —mediante nostalgias lacrimosas— de las ocasiones compartidas y de las peripecias de amor, agigantaba o minimizaba los atributos de Damián, repasaba las evidencias de la traición y en algunas oportunidades ella misma las impugnaba (“Soy una paranoica. Damián me quiere,

tendremos otros hijos, otro carro y otro futuro”). El desequilibrio le enturbió hasta las pupilas amarillas, y la neurosis del sentimiento se le volvió una manía habitual.

Aquella noche Romelia lo arrinconó en la cama y Damián tuvo que cumplir con la emergencia (acuerdo de hembra y caballero, contrato sin disputa de palabras). Al final del orgasmo, el hombre cayó en las equivocaciones: “¡Fanny, mi Fanny!”.

Romelia, silenciosa e insensatamente, sacó de la mesa de noche un revólver que guardaba Damián y le disparó los cinco tiros.

ANCIANO SOLITARIO FALLECE EN ACCIDENTE SEXUAL

(*Noticias XXI*)

Tenía la misma edad que el actor David Carradine (72), y tanto le admiraba e imitaba que cuando se enteró de su muerte por los periódicos de Caracas, también divisó el linde del caos (desde un último piso sin vista panorámica y con el legítimo hastío de quienes han alcanzado la pensión del Seguro Social).

Eligio Céspedes, mediante fieles secuencias memoriosas y largas lágrimas, evocó la serie de televisión *Kung Fu*, donde el “Pequeño saltamontes” encarnaba a un monje budista experto en artes marciales: Carradine haciendo piruetas y contorsiones frente a los enemigos, Carradine estrechando más los ojos asiáticos; David meditando, David propinando golpes sobrenaturales e increíbles; David Carradine el único, el solidario de veras, el mejor amigo dentro de la pantalla chica.

Eligio se dedicó, con la tenacidad de una pesadumbre inagotable, a reconstruir la desaparición de su ídolo, como si estuviese en la primera línea de las ocurrencias. Y así llegó al aeropuerto de Bangkok, junto a la imagen de Carradine, una tarde de calor lluvioso y nubarrones tupidos, para la filmación de la película *Stretch*. Algunos fans se acercaron, *please*, en solicitud de autógrafos: *please, Mister Carradine*, pero David los eludió –sin elegancias de celuloide– porque solo deseaba acogerse al Lert Park Hotel. Durante el trayecto por la metrópolis, el “Pequeño saltamontes” comentó la variedad de la naturaleza, la juncal marcha de las jóvenes y la reunión de melencidos bajo estelas de humo, y emitió frases inconexas como acordándose de pretéritos íntimos (el ardor *hippie*, la droga, los tatuajes, la inconmensurable rebeldía, el teatro de vanguardia). Eligio Céspedes lo escuchó en distancia de cómplice eterno y, antes de escoltarlo

hasta la habitación, los dos se metieron en el bar del hotel para colmarse de martinis secos y aceitunas frías.

Un sol rotundo apareció en el ventanal del próximo día, a fin de indicarles el momento de la rueda de prensa. El Green Room se hallaba atestado de periodistas, reporteros de espectáculos, camarógrafos, fotógrafos, adeptos antiguos y curiosos fortuitos: todos deseaban oír y palpar al monje budista de los golpes más certeros en la TV. David Carradine se presentó con una batola de lino negro y un arsenal de respuestas histriónicas, pero luego de contestar preguntas banales se excusó: debía irse porque las calles de Bangkok lo aguardaban desde épocas remotas. El auditorio quizás sonrió por los exclusivos aplausos de Eligio y por el abrazo de agradecimiento que le dispensó Carradine. Ambos partieron en busca de alcoholes, atisbos y deslumbres.

(Eligio Céspedes, aunque ermitaño y tímido, comprendía que David tuviese sobre el alma cinco matrimonios y cuatro divorcios, y que hablara de las uniones fallidas con la misma normalidad que lo hacía de su libro *Spirit of Shaolin*, acerca de las bases filosóficas del Kung Fu. Tampoco expresaba asombro o tedio cuando el héroe aludía al clan de actores de su familia y a las marquesinas de Hollywood, pues los artistas poseen el derecho de discurrir perpetuamente. Y por los mundos y mundanales que los separaban, Céspedes no tuvo la valentía de contarle a Carradine su imperceptible existencia, ni su desorden de platos sucios, ni su solitaria cama revuelta. No, no se atrevió).

Bangkok, ajena y entrañable a la vez, los contempló en la exploración de jardines y arrabales, centros bursátiles y museos mitológicos, estatuas y palacetes que se reflejaban en las aguas del río. Y constató, asimismo, su urgente torneo de cervezas, canastas de vegetales y pescados agridulces, como si las delicias Thai fuesen a desaparecer de inmediato. Eligio Céspedes no logró secundar los apetitos de Carradine y se despidió con educados traspiés. Dicen que más tarde David, todavía sobrio, llegó al bar del hotel y siguió tomando –whisky, brandy– en compañía de un piano Hammond.

La mañana posterior, los integrantes del equipo fílmico lo esperaron en vano para la sesión de trabajo. Pensaban que Carradine se sentía mal por las andanzas y los excesos, hasta que la noticia les transfirió el espanto: una camarera lo había encontrado muerto en su propia habitación. El desconcierto alteró el sosiego y las hipótesis de cinematógrafo empezaron a rodar.

Una muchedumbre de agentes ocupó el hotel e inició las investigaciones; la novedad daba vueltas por el orbe. A las pocas horas, el jefe de la Policía Nacional declaró, entre *flashes*: “David Carradine se hallaba desnudo, con una cuerda atada al cuello, otra alrededor del pene, y ambas sujetas a sus manos y al escaparate. No hay signos de lucha en la habitación, que estaba cerrada por dentro, ni tampoco hay señales de magulladuras en el cuerpo de la víctima. Las circunstancias permiten descartar el suicidio y se orientan a que la muerte de Carradine fue producto de un accidente mientras se masturbaba. *Stretch*, en inglés, significa ‘estirar’, y parece que Carradine estiró demasiado las cuerdas para procurarse placer”. El portavoz no señaló que el occiso tenía puestos un liguero y una peluca femeninos, y que en la *suite* localizaron revistas porno y piezas de lencería roja.

Al conocer la versión policial, Eligio Céspedes sufrió de angustias irrefrenables y decidió, por la memoria de su arquetipo, adentrarse en los detalles: observó las fotos del cadáver acurrucado en el escaparate; le costó entender los tortuosos deleites de la asfixia-sexual o autoerótica (una práctica de esquimales y asiáticos para que el orgasmo se magnifique y posea efectos alucinógenos); se documentó sobre la muerte de los ahorcados, con erecciones y eyaculaciones después del estrangulamiento; supo que las huestes de la Legión Extranjera, después del aprendizaje de esos “goces” en los prostíbulos de Indochina, los difundieron por toda Europa; vio y revivió *El imperio de los sentidos*, film de Nagisa Ōshima, cuyas escenas destacan la privación de oxígeno como disfrute lujurioso; y, a la luz del asombro, analizó casos de celebridades que fallecieron por violentar los límites de la sexualidad.

Céspedes revisó los pésames unánimes y virtuales. El fax del director Quentin Tarantino: “Añoraré a David. Ostentaba la locura de los genios. Quería atravesar descalzo, igual que un ‘Pequeño saltamontes’, las avenidas de Manhattan”. El correo electrónico de Uma Thurman, coprotagonista del largometraje *Kill Bill*: “Lo amaré de por muerte”. Las telegráficas dudas de su última esposa: –Lo de David no fue accidente ni suicidio, alguien ordenó matarlo–. “Gracias, gracias a todos”, escribió Céspedes en unas esquelas de deudo anónimo.

Pero Eligio Céspedes no podía aceptar la vida sin adentrarse en las honduras de Carradine; no, ya no podía. Entonces, aquella tarde íngrima, como duplicación del héroe, adquirió una sogá y una melena de crespos colgantes, una sábana rojiza y un calendario de hembras desnudas; y dentro del clóset empezó la tarea de masturbarse. Quizás solo emitió tenues quejidos, luego de buscar inútilmente ensueños orientales y espasmos de Legión Extranjera.

El grupo de vecinos descubrió su triste sonrisa de cadáver, por el indicio de un olor que salía del apartamento. De Hollywood nunca mandaron condolencias.

**POR MENSAJE DE TEXTO
DENUNCIÓ A SUS HOMICIDAS
ANTES DE QUE LO ASESINARAN**

(Clarín de los Barrios)

7:30 a. m. Romualdo Acevedo se despertó porque un sol picante le interceptó la ventana.

7:31 a. m. La ventana de una casa sin número en el barrio La Cuchilla, a dos cuadras nomás de la autopista. A tres kilómetros del cementerio y de la estación de policía. No más.

7:33 a. m. Se limpió los ojos con unas manos ásperas, broncas. De albañil raso o de mecánico de autos viejos; es lo mismo a los fines de esta historia de periódico de ayer.

7:34 a. m. Fue al baño, mudo como siempre. No había nadie a quien darle los buenos días. La esposa era ya una lápida con retrato y los hijos no habitaban con él. Hace tiempo, el tiempo de estas épocas. Principios del siglo XXI en los almanaques que obsequian gratis en la farmacia.

7:40 a. m. Se afeitó y se lavó pacientemente. Paciencia de sesenta y nueve años y ocho meses, sosiego por convicción, lentitud a causa de la artritis crónica. Se vio en el espejo.

7:41 a. m. El espejo le devolvió una arruga más sobre la frente. Cada mañana verificaba si poseía nuevos surcos: testarudez de la edad. Quizás confirmación de viejas vanidades de galán. Palmaditas sobre las mejillas.

7:50 a. m. Se sentó a desayunar. Café sin azúcar, cereal en lugar de pan. Las moscas revoloteaban con furia y hambre. El sol se había ido del recuadro de la ventana.

8:00 a. m. Unos pantalones de caqui lo aguardaban. Se los puso junto con la guayabera mustia. Las diligencias tenían relojes precisos, debía acelerar el ritmo.

8:05 a. m. Sintió, afuera, el ruido de las motos. Y voces que se deslizaban. Y pasos de zapatos de goma. Pero no le dio importancia a esa síntesis de la calle.

8:10 a. m. Abrió la puerta para enfrentarse a los escalones en descenso. La claridad, enturbiada de polución, lo obligó a cerrar los párpados. Y cuando vio de nuevo, los tres estaban ahí. El Mongo, Willy y Angeldarío.

8:11 a. m. Los tres con sus motos, los tres y sus perfiles contra el horizonte. “Hola, viejo”, dijo El Mongo (Romualdo no contestó).

8:12 a. m. Willy y Angeldarío callaban. Miraban hacia un disimulo de líneas imprecisas. El viento advertía remolinos desde el cielo.

8:13 a. m. El Mongo empujó a Romualdo. Todos entraron a la casa. El Mongo daba órdenes con los ojos, Willy y Angeldarío obedecían la rutina natural. Asalto sin peligro, estilo libre de azotes de barrio, peaje a cambio de continuar respirando.

8:15 a. m. Romualdo por fin atrevió las frases: “No tengo plata, llévense lo que quieran”. El Mongo obvió la obviedad y siguió su búsqueda. Willy abrió un escaparate desierto. Angeldarío calculó el precio de un televisor 20”. Y del equipo de DVD y la cafetera.

8:20 a. m. El Mongo sentó al viejo en una silla y le amarró las piernas (para evitarle la idea de escaparse). Los otros empezaron a meter los objetos dentro de bolsas plásticas, blancas, de automercado.

8:25 a. m. Romualdo, sin esfuerzo, recordó que los tres azotes formaban parte de la banda “Los Fijos”. Los conocía desde que eran chamos e iban a la Escuela 19 de Abril. Y jugaban béisbol en el callejón. Y fumaban porquerías.

8:28 a. m. También se acordó del abuelo de Willy; habían sido compañeros en la recluta militar. Un tipo simpático y directo. Maracucho, guitarrista. Y le vino a la memoria el cuerpo de la hermana de Angeldarío: la mejor hembra de por ahí. El Mongo

carecía de familia cercana. Años sabiendo de todo el mundo, escaleras arriba, escaleras abajo.

8:30 a. m. Se escuchó algo en la cuadra. O más allá. El Mongo y Angeldarío fueron en las motos para ver lo que pasaba. Antes, El Mongo le dijo a Willy: “¡Mosca, chamo, ya volvemos!”, y Willy respondió con una oscilación de cabeza. Como fastidiado.

8:33 a. m. Romualdo se atrevió a los recuerdos: “Willy, yo conocí a tu abuelo y a...” Pero no prosiguió porque entendió que las palabras no servirían para nada. Willy continuaba registrando las miserias de la habitación.

8:35 a. m. Willy sintió ganas de ir al baño. Inodoro en la parte de atrás. Romualdo oyó cuando orinaba. Con potencia, con ganas contenidas. Y aprovechó el momento y sacó el celular del bolsillo.

8:36 a. m. Las aguas de Willy persistían sobre la losa. Mientras, el temblor de Romualdo pudo escribir el mensaje de texto: “Banda Mongo me asalta”. Y lo envió a un hijo. Willy abrió el grifo del lavamanos.

8:37 a. m. El hijo leyó el aviso del padre. Y con susto inmediato telefoneó a la policía. Ocupado, primero; después “Aquí no hay nadie de guardia”. Por fin, tres agentes amigos aceptaron acompañarlo hasta donde vivía el padre. Treinta minutos de calor dentro de la patrulla (que sumaron como treinta años deplorables para el hijo de Romualdo).

9:10 a. m., aproximadamente. La puerta no tenía llave. El hijo entró. Los policías lo siguieron. Romualdo estaba aún amarrado. Ostentaba cinco balazos en la espalda. O seis. La sangre no permitió la cuenta.

9:20 a. m. Los agentes reportaron el homicidio. En la central sabían de El Mongo y su banda de azotes. Una comisión salió a perseguirlos.

11 a. m. a 2 p. m. Acechos, rastreos, seguimiento. Angeldarío cayó abatido en los escalones que dan a la autopista. Willy quedó muerto junto a unas bolsas blancas (de automercado) y un televisor roto. El Mongo tampoco logró huir en su motocicleta sin placas.

ASALTO DE PELÍCULA

(Semnario *Actualidades*)

El film *Zona Escarlata*, nominado a cinco premios Óscar de la Academia de Hollywood y otros tantos del Círculo Ojo Sapiens, de Roma, hizo que un vasto público con deseos de trepidar emociones frente a la gran pantalla, formara largas colas en el Teatro Esex: último grito de la modernidad por sus butacas ultrarreclinables, su atención personalizada de refrescos y palomitas de maíz, y un aire de soplos gélidos que equilibra las transpiraciones de las películas violentas. Ayer, como en las demás tandas, la sala se llenó de caraqueños afanosos del hipnotismo cinematográfico y de los exilios de la rutina. Función de las 9 p. m., afuera llovía.

La cinta, como corresponde a las superproducciones, empezó por mostrar un sinfín de escenarios en cascada visual: cielos que se derrumbaban sobre una ancha megalópolis, colosales edificios gemelos y emergentes, calles inagotables, helicópteros de revoloteo perfecto, policías con cascos grises y metálicos, detectives embozados y unos ladrones-asesinos-facinerosos que robaban y huían. Acto continuo, la persecución de automóviles a velocidad mortal, los volcamientos de rigor, el *surround* de la metralla, los choques mutuos y fantásticos, los cadáveres encima del macadam...

El auditorio, imbuido de nerviosismo, se comía las cotufas y las uñas, y nadie osaba respiraciones más allá de lo necesario para no alterar la liturgia del momento. Mientras el recuadro fílmico mostraba la irisación de sus luces, el trío de hombres emergió como una contigüidad: “¡No se muevan, esto es un asalto!”. La señora de la segunda edad, al escuchar la orden, solo pensó en el progreso técnico de sonidos y efectos especiales: “¡Estupendo, maravilloso, parecen en vivo y directísimo!”. El chamo de atrás creyó, por la nitidez, que se trataba de unos personajes en tercera dimensión, “o sea en 3D, pana”. El gordo sexagenario otorgó a

Spielberg los méritos de la espectacular experiencia: “Steven, después de tu genio e ingenio, todo cambió”. Y el público íntegro, desde unas sillas acolchadas, alabó la autenticidad del instante y la agudeza del sistema cuadrafónico. “¡Quietos, no se muevan, esto es un asalto!”, repitió el trío de hombres.

En la medida de la sorpresa, los concurrentes fueron percibiendo que el hecho tenía características de absoluta realidad (realidad cotidiana, palmaria, estadística) y que los malandros, con gestos muy distintos a los de la meca del cine, estaban allí para abrirles unos cuantos orificios de plomo a quienes contrariasen sus exigencias. Algunas damas tuvieron lívidos ataques de pavor, dignos de *El acorazado Potemkin*; un anciano pretendió esconderse debajo de las enaguas de su esposa; varios muchachos quisieron, fallidamente, comunicar alertas a través de las redes sociales; una joven se metió entre los senos el carnet de policía *ad honorem*; el proyeccionista de la película, por coacción de las armas, dejó que el celuloide siguiese su curso.

En la pantalla continuaban las persecuciones de automóviles, las ráfagas de ametralladora y la pugna tecnicolor. “¡Levántense de los asientos, *pajaritos*, y hagan una fila a la derecha, rápido, ya, ya!”. El helicóptero, desde nubes panorámicas, auscultaba la ruta de los bandidos. “¡Silencio, carajo, y al que se ponga cómico lo quemamos!”. La ciudad, en vilo de desasosiego, se escondía tras rejas y ventanales. “¡Metan en esta bolsa, nojoda, todo lo que tengan: plata, celulares, zarcillos, cadenas, relojes, pulseras; ustedes saben, rápido, ya!”. Un auto blindado del comando urbano, junto con su dotación de efectivos, se estrelló contra las torres de la calle 84. “¡Aceptamos cesta-tickets y bonos de alimentación... y no es broma, *vejetales!*” Un guardia cayó sobre la sombra de su propia sangre de rodaje, y un forajido murió de balazos de utilería. “¡Ahora nos vamos y ustedes se quedan quietecitos, como muertos! ¿En-ten-die-ron o no?”. El *gang* de maleantes hollywoodenses se escondió bajo un enjambre de alcantarillas, mientras los sabuesos trataban de descubrirlos. El auditorio del Teatro Essex, aterrorizado y robado, mantuvo estricto silencio hasta que en la pantalla gigante apareció “THE END”.

ESBIRROS DE LA DICTADURA PEREJIMENISTA ASESINARON A FAMOSO CANTANTE MEXICANO

(Suplemento *Historias en Rojo*)

Supo esa noche sin estrellas que algo iba a ocurrirle: los presagios volaban como briznas secretas y el aire daba vueltas con filosa intensidad. Cosmos profundo, estrépitos inaplazables. Había cantado en El Arca quince boleros únicos e íntimos, para unos oyentes bajo estricta exasperación alcohólica (machos sin esperanza, mujeres de amores líricos), y debió repetir la mitad de las interpretaciones, “¡Otra, Renato, otra!”, porque de lo contrario sus ebrios adeptos caraqueños, hinchas del desenfreno, nunca lo hubiesen dejado en paz. El establecimiento, una oposición de falsas cúpulas y murales arcaicos (como si lo adverso formase causa común), distaba mucho de los sitios patrios que lo acogieron por allá –El Ágape, La Tinaja, Las Buganvillas– a él, al magno Renato Colinas, La Voz de Oro de México; soberbio tenor oriundo de Tamaulipas, impecable monstruo de las salas aztecas, chaparrito agigantado, cuate por las cinco o seis orillas de la existencia, amigo gemelo, socio hasta para los infortunios, padrísimo compadre impar.

Después del canto se atragantó varios tragos, varios ronroneos de ron, varias barricadas de barrica, para alejar potenciales pesadumbres, y salió caminando hacia la noche sin estrellas. Lo hizo con pausas: a solo algunas cuadras estaba el hotel donde se hospedaba, pero en el puente Victoria (puente arriba y travesía de autos abajo) cuatro individuos lo aguardaban. Sujetos reconocibles por la estampa concebida, (in)humanos prototipos identificables a simple detección de vista: eran esbirros de la Seguridad Nacional, la policía política del general Pérez Jiménez. Nadie podía dudarlos.

Aunque Renato pretendió seguir de largo-larguísimo, con la mirada en las alturas, el que comandaba el grupo lo detuvo. “Son órdenes superiores y esas órdenes jamás se discuten”, dijo, como para escucharse (o convencerse), y enseguida los secuaces inmovilizaron al mexicano. Renato Colinas, desde sus varias almas, advirtió la ya firme sentencia, y en una chispa de tiempo hilvanó el resumen de vida/muerte.

Se contempló abandonando Tampico-Tamaulipas, la fecha en que el almanaque del doctor Ross señalaba el último día de 1939. Dejó el puerto y las sonoridades del mar para echarse a la suerte en Ciudad de México, un turbión de transeúntes, edificios, negocios, autoridades, perros realengos, espectáculos, cantantes y cantinas. La metrópolis lo abatió; recorría rutas equívocas, estaba solo e inerme. Cuando no aguantaba más, el albur le franqueó la entrada al Teatro Valladares, cerca de la Plaza Garibaldi, y allí, entre escalofríos y sobresaltos, impuso su rotunda voz. Sí, bien se acuerda, ¿cómo no acordarse, mano?

La urgente memoria lo llevó a los éxitos que obtuvo en la Radio XEW (aplausos por doquier, desboques de admiración), luego a los discos de 33 revoluciones que grabó para la vitrola de la RCA Victor, a las presentaciones de postín con el “famoso elenco” de Juan Arvizu, Emilio Tuero, Pedro Vargas, y a sus estadías artísticas en San Juan de Puerto Rico, La Habana y Buenos Aires.

El vertiginio de la evocación no podía interrumpirse: en la capital argentina, quizás por la presencia horizontal del río de La Plata, se sintió cerca de sus aguas de infancia (aguas familiares, bautismales), e hizo amigos cálidos y se enamoró de Malena tras un deslumbramiento de amor y de arrabal (la misma que inspiró la pieza de Homero Manzi: “Malena canta el tango como ninguna”). Y se casaron sin anillos dorados, y vivieron en las medianías del barrio Belgrano, y tuvieron dos hijos de pulcra salud, y actuaron juntos bajo las luces nocturnas de Florida y Corrientes, y ella le decía “piel canela” o “mi aceituna huasteca” y

él sonreía por el lado de la felicidad. ¡La concordia perfecta hasta que se interpuso (e incrustó) la actriz Cloe Ducaste!

Recordó a Cloe impulsiva y joven (aún más joven de lo que aparecía en las páginas de las revistas), senos en punta, pelo de hebras brillosas, talle de modelo, piernas aladas. La Ducaste personificaba con versátil dramatismo a las féminas de Shakespeare, Ibsen y O'Neill, tenía una increíble adecuación de ángulos y poses para las cámaras cinematográficas, y ni las telenovelas de prolijas lágrimas conseguían empañarle la sagacidad escénica. Desde que los caminos de Cloe y Renato se cruzaron una tarde de rayos mutuos en el Café Bulnes, ninguno pudo conservar el sano juicio de la prudencia. Tomaban por asalto idílico los albergues de la ciudad y los refugios del campo, se apeteceían a la luz de cualquier público y cualquier periodista, se acariciaban con fruiciones adolescentes, y se besaban sin término debajo de los árboles del Parque Avellaneda. La esposa Malena, al enterarse, no cantó más tangos sino una letanía de agrios despechos, y decidió la separación legal.

Renato siguió con las premuras de la remembranza. Mucho le costó olvidar a Cloe (*“En verdad que te has ido.../ como el agua del río que pasa y no vuelve. Fue tan corta la historia / y tan largo el olvido...”*); y cuando el canoso almanaque del doctor Ross marcaba los seis años transcurridos en el exterior, retornó a un México de voraces empresarios, diversas sociedades de artistas del montón, y férreos síntomas de competencia. Esperaba alcanzar de nuevo las coronas del triunfo, oír otra vez los encomios sobre su dominio del *passaggio*, sus prodigiosos matices, su admirable sucesión de notas graves y agudas, pero envidias e intrigas lograron confinarlo a tabernas de amarga categoría. El negocio del disco no se percató de que había vuelto, la prensa apenas reseñó antiguas andanzas de ejercicio vocal, la fanaticada de ayer se escabulló en el silencio. Sin embargo, Renato subsistió con una dignidad a prueba de zozobras totales; estaba seguro de sus virtudes y cumplía las tareas alentando épocas suaves y

fructíferas. Entonces un agente –quizás del destino– lo contrató para actuar en Venezuela.

Según las invocaciones de Renato, aquella Caracas exhibía progresos de granito y cemento que inauguraba en persona el dictador Pérez Jiménez (y escondía las torturas, los crímenes y la persecución contra los adversarios del régimen). El bolerista comenzó presentaciones en El Ancla y hasta ahí llegó a buscarlo una Cloe Ducaste de lentes oscuros, residencia en Venezuela, piernas aún frescas y escoltas ubicuos que la cuidaban desde las sombras. Al finalizar la tanda musical, Cloe lo convidó a la mesa para envolverlo de abrazos y jurarle, como en las telenovelas, pasión inmortal: “Aunque estoy casada con un gran personero de este gobierno, todavía te amo a vos, ¿me comprendés?”. Luego susurró: “¡Debo marcharme!; Nos veremos pronto, cariño!”, y se fue en el hálito de su tibia fragancia. El pianista, un dominicano precavido y fraterno, le advirtió a Renato: “¡Cuidado, chico!, es la mujer del temible Miguel Silvino Lanza, el Negro Lanza, segundo jefe de la Seguridad Nacional. Aléjate de ella, no te conviene, es un riesgo mayor; es como suicidarse de antemano”.

Por supuesto que Cloe no aguantó, no podía aguantar, y al poco tiempo se metió desenfrenadamente en el hotel y en la cama de Renato, para revivir los ardores de antaño, el parque Avellaneda, el Café Bulnes con sus terrones de azúcar, los refugios del campo, las asiduas ternuras frente al río, las empedradas calles de San Telmo. Sin prudencia, sin aterrarse ni un instante de temores por los largos brazos del poder. El cantante, desde el universo de la ventana, observaba el ajeno mundo de Caracas, y se entristecía de profusas nostalgias y sentía algo extraño en la intensidad del corazón.

Renato Colinas culminó sus recuerdos y miró hacia la última noche sin estrellas, mientras los esbirros del régimen lo tiraban al vacío desde el Puente Victoria.

PERIPECIAS DE UN ESTUDIANTE SUBVERSIVO DE LOS AÑOS 60

(Portal Ciudadino, Testimonios XIV)

Yo nací en una localidad de esta ribera del Arauca vibrador, y soy hijo de mi mamá (evidentemente) y de un padre que nunca me reconoció. Por eso solo me llamo Marcelino López. “¿López qué?”, preguntaban algunos con ironía; y yo contestaba: “López sin más apellidos, como el hijo de la puta que te parió”. Y no continuaban insistiendo porque sabían de mis habilidades en la arena de los porrazos boxísticos.

De aquel pueblo no hay mucha tela para contar. Poseía dos calles principales y una misma tradición de vicios nobles e innobles. Entre los nobles estaban el trabajo de “sol a asombro”, la disposición de tomarse cualquier cantidad de cervezas, y el uso abusivo del sexo (inclusive con animales de corral); y entre los innobles, el chisme calumnioso y la manía de apoderarse de tierras ajenas. Yo disfrutaba de la primera categoría de vicios, exceptuando el trabajo, porque me hallaba sin empleo; y nunca me sentí agobiado por el segundo grupo de vicios, pues acepté mi condición natural de hijo ídem y no tenía bienes raíces que fuesen objeto de envidia.

Cuando cumplí la edad de dieciocho años y no lograba meterme dentro del cacumen las matemáticas de bachillerato, decidí venirme para Caracas a probar heroica suerte en diversos oficios. Era Día de los Reyes Magos y me disfracé de Baltasar para que en el autobús de la Línea ARC (Atención, Responsabilidad y Cultura) creyesen de buen pronóstico montarme gratis. Así ocurrió y llegué a la capital con ánimo capitalista, aunque sin ningún contacto que me permitiese el inicio de actividades medianamente lucrativas.

Desde que aprecié la magnitud de Caracas, con sus nuevos vicios y grandes edificaciones, le comuniqué a mi otro yo el

ensanchado deseo de quedarme aquí hasta que el destino lo permitiera. Y oí la respuesta en el propio centro del cerebelo: “Te acompañaré siempre, Marcelino, no te (des)preocupes”.

Mi trajín, entonces, fue puro merodeo por barrios de pobreza crítica (como hoy la denominan), donde no se conseguían los beneficios de un almuerzo ni los favores de damas de ninguna edad. Para la satisfacción del hambre aprendí a maullar como gato “siete muertes”, con el objeto de que me tirasen cualquier sobrante; y por ello, en jodienda, me apodaron “El Gato López”, alias que todavía conservo (;a mucha honra!).

Enflaquecí a ras de los huesos más internos, caminaba como un zombi con síndrome estúpido, el pelo me creció en forma de palmera enana, la ropa se me deshizo en flecos, los zapatos parecían de cartón (piedra), y no tenía el vigor necesario para entablar una conversación sencilla.

Cuando creí que me llevarían con todos mis restos a un cementerio de beneficencia, leí en un periódico gratuito la oferta de El Jardín de los Suspiros, casa de pompas mortuorias muy conocida en los altos fondos de la ciudad. Buscaban un recepcionista y ayudante de preparador de cadáveres (“Joven, de buen porte, con habilidades manuales, experiencia no indispensable. Sueldo a convenir y horario nocturno”), requisitos que yo cumplía sin amplio esfuerzo. Animado por el aviso, me lavé en las aguas de una plaza, alisé los harapos, puse cara de “Gran Enterrador de la Comarca” y me largué hacia el futuro.

—¿Aquí es donde necesitan de mis servicios? —inquirí, con el desparpajo de quien se aferra a su ataúd de salvación.

A don Malaquías, dueño del establecimiento y figura tan tétrica como la de los (santos) óleos de El Greco, le bastó mirarme la indigencia durante un mísero minuto para saber que yo era el tipo adecuado, pues aceptaría el menor sueldo reglamentario:

—Trato hecho —expresó, sin dudas turcas, y de inmediato comenzó su clase magistral sobre las profundas concepciones del negocio:

—Un cadáver, amigo, aunque no hable, no se enfurezca ni sonría, sigue siendo una persona de respeto. Sí, de respeto, porque él partió pero obviamente deja bienes... y permanecen sus fa-mi-lia-res. ¿Acaso ha visto mayor disposición que la de una viuda para suscribir giros luctuosos? ¿Se ha topado con un sobrino en plan de deslastrarse de su tía millonaria? ¿Nunca percibió la celeridad de unos hijos a la hora del entierro paterno?

El hombre alzó el volumen como si lo escuchasen los miembros de la Asociación Nacional de Funerarias y Afines, y prosiguió:

—Por ningún motivo discuta con los deudos; convénzalos de los últimos lujos de una urna de roble en el Reino Terráqueo de El Señor. Diríjase a ellos con mezcla de dulzura y seriedad, y plantee el pago en efectivo, pero sin cerrarse al crédito, ¿me sigue el hilo? También es de primordialísima importancia la utilización del lenguaje correcto, porque ahí está la base del éxito. Jamás diga “muerto”, ¡oh, no, qué horror!, refiérase al “difunto” o la “difunta”, o preferiblemente al *de cuius*, y siempre añada algún agradable calificativo de manoseo común (¡El *de cuius* quedó igualito!, ¡buenmozo el difunto!, ¡parece que la difunta estuviera dormida!).

—La preparación de cadáveres —agregó don Malaquíás, con voz de ultratumba moderna— no es una tarea nimia sino un arte. Usted debe observar por largo tiempo al occiso, imaginando cómo actuaba en vida, para luego resaltarle las frías facciones y convertirlo en algo que produzca impacto. Nada de parches o taponos en los oídos, a menos que no haya manera de esconder la detestable sangre. Asimismo, la armonía del claroscuro posee sus secretos: eluda la exageración y los tonos fuertes, porque el tránsito hacia el otro mundo obliga a la sobriedad. ¡Un fallecido nunca puede equipararse con una bataclana de circo! Apúntelo. Por hoy es suficiente.

Empecé el trabajo sin ninguna pasión mortal, sobre todo porque era dificultoso entrar de golpe al lúgubre ámbito de quienes nos resultan extraños, pero yo mismo me sorprendí del

avance que obtuve en la profesión funeraria. Sacaba provecho de las lacrimosas situaciones para vender los mejores féretros y las criptas de más amplitud; me transformé en un elegante vampiro de los pactos al contado; utilicé las vías sinuosas del mercachifle que atenúa dolores (“¡Llore sobre mi hombro, doña!”); me comportaba con extrema dignidad bajo el rigor de un terno cruzado, y cobré fama de artista egipcio en el maquillaje de momias recién muertas.

En este aspecto, o sea, en el de cuidar la fachada de los candidatos a inhumación, demostré certeras y lúcidas inclinaciones, porque desde mi niñez me gustó la plástica (decoraba los baños con falos proverbiales, hacía caricaturas del Jefe Civil desnudo, remitía cartas con paisajes de amor sanguinolento). En suma, la remodelación de cadáveres fue un camino para la trascendencia: cuando constataba cómo un guiñapo podía modificarse –por gracia de la pintura– en bello sujeto de entierro, sentía que Miguel Angel Buonarrotti era un aprendiz, a mi lado. Y a los fines de lograr la exquisita perfección, ingresé en el Círculo de Artes y compré decenas de libros sobre polvos, coloretes, afeites y depiles.

El horario nocturno, lejos de amilanarme, me causó placer. Los occisos, por supuesto, nunca atinaban vocablos de fastidio; no había ruidos, salvo el de unas moscas redondas que querían chuparse la mala suerte del género humano; las bombillas, a luz de pocos vatios, conferían penumbras gratas al ambiente; un ventilador de cieloraso espantaba los olores del formol; la música, transmitida por Radio Continente, me permitía bailar a solas; y no padecía de los espeluznes del insomnio porque las urnas estaban acolchadas y yo me arrellanaba, cada vez, en una distinta.

Aunque era feliz dentro de ese espacio trágico y el sueldo alcanzaba hasta para pecar con novias de ocasión, retumbó en mi cráneo la idea de concluir el bachillerato e inscribirme luego en la universidad. Don Malaquías sugirió la carrera de Derecho “para que sepultes jurídicamente a tus enemigos”, y buscó la

sapiencia de un maestro alcoholizado (pero aún ducho en matemáticas) con el objeto de que me enseñase los misterios de los números y los exámenes.

Al cabo de algunos meses aprobé, sin diplomas honoríficos, el último año, y corrí hacia las aulas universitarias para volcarme en leyes, estatutos, códigos y cafetines. Y digo cafetines porque allí pasaba casi todo el tiempo, entre cigarros eufóricos, conversando con otros alumnos sobre lo divino y lo banal, o acerca de divinas banalidades. Un día me presentaron a Leoncio, especie de huracán ambulante que hablaba sobre temas desconocidos para mí: la libertad, las persecuciones del gobierno, el valor de los poetas, la democracia, la obligación de organizarnos. Mientras le oía, me sentí tan muerto como mis *de cujus* porque nunca había penetrado en asuntos de ese calibre; y entonces juré, por un puño de cruces abstractas, que me haría compañero de Leoncio para sorber sus palabras. Él se dio cuenta de mi turbación y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?, ¿eres nuevo?

—Me llamo Marcelino López, y ya no soy nuevo.

Desde aquel día no nos separamos. Ayudaba a Leoncio en el acopio de todo el material de estudios porque “su trabajo” le impedía asistir a clases y, además, me encargué de rellenarle un cuaderno con las anotaciones en clave que me dictaba. Cuando consideró que yo estaba preparado para la “revelación”, me invitó a la Cervecería Munchener y luego de cuatro jarras alegres se extendió sin pausas. Mezclaba citas novelescas con episodios de su niñez, dijo algo sobre Gorki y abundó acerca de los compromisos sociales; se refirió a los peligros de la política, contó las hazañas de los camaradas que se oponían al gobierno y, por último, me tomó por el cuello —como en un film de pactos secretos— y susurró para que solo yo lo percibiese:

—Quiero que desde hoy formes parte de nuestro grupo clandestino.

En ese momento no logré ensamblar la realidad y las imaginaciones, porque una sensación de mareos planetarios me dislocó la cabeza. Vi a Leoncio cual Sandokán, furioso,

levantando espadas contra la policía; la barra del Munchener se me vino encima con su arsenal de botellas, la mujer de al lado amplió una mueca de túneles infinitos, el mesonero alcanzó las dimensiones de una barrica de cerveza alemana, y yo no comía salchichas sino Declaraciones de Derechos Humanos.

—Permiso, Leoncio, voy al baño.

En el baño tampoco conseguí la paz. El orine inundó los silogísticos límites de mi entendimiento y me senté sobre la poceta, imitando al pensador de Rodin: “¡Carajo!, ¿por qué abandoné el pueblo donde vivía, por qué no me devuelvo ahora mismo?”. Mi madre (con la cara de Leoncio) abrió la puerta y me dio unas palmaditas en las mejillas:

—Estás borracho, Marcelino. Te llevaré a la funeraria para que duermas. Después hablamos.

Al despertarme, uní a retazos lo sucedido. La cobardía de la víspera me avergonzó hasta el tuétano del alma. Aún temblaba, aún el sudor exhalaba mugres étlicas. Por fortuna, dos copas de añejo me recompusieron el ánimo y salí en búsqueda de Leoncio. Lo encontré en la biblioteca consultando *El espíritu de las leyes*. Parecía menos joven y más fuerte. Ensayó una sonrisa para saludarme y yo lo abracé fraternalmente:

—Acepto, Leoncio, acepto.

Con aquel abrazo comenzó mi destino de activista político, única posibilidad que no había contemplado dentro de las ingenuas cuestiones del horóscopo. Sin embargo, me agradó la escogencia porque significaba un riesgo y una manera de sentirme útil y, sobre todo, porque permanecería siempre cerca de Leoncio, el jefe de los estudiantes, el líder, el hombre de las cien identidades. Cuando él se percató de mis astucias para cumplir las órdenes y escapar de los cercos policiales, me fue asignando mayor responsabilidad hasta elevarme al comité ejecutivo de las células universitarias.

En El Jardín de los Suspiros, con su tinglado inocente, habitó el centro de las conspiraciones. Allí nos citábamos por las noches para la celebración de las reuniones y la distribución de la

propaganda. Los camaradas iban vestidos como deudos y nadie suponía, al vernos en trance lloroso, que éramos enemigos del gobierno. Afuera, la actitud rebelde tomaba cuerpo: la gente no acataba los mandatos oficiales, el boicot se erigió en diaria forma de lucha, y los espías se volvían locos porque les resultaba imposible descubrirnos. Don Malaquías empezó a sospechar, pues se ufanaba de un olfato especial para conocer los vericuetos de la conducta humana. Una madrugada, sin avisarme, se presentó en el negocio: Leoncio se hallaba discursando encima de una urna, yo escribía mis notas, la compañera Marielena enroscaba las mechas de las bombas molotov; algunos compañeros –dentro de los ataúdes– seleccionaban panfletos, mientras otros los envolvían en paquetes de propaganda. Entonces don Malaquías otorgó una mirada a la pequeña asamblea subversiva, se abstuvo de comentarios y me llamó aparte. Apoyó su mano izquierda sobre mi hombro tembloroso y dijo:

—Te comprendo, Marcelo, pero no vuelvas.

Salimos uno a uno, como si se tratara del entierro más pesado de la eternidad. Nunca más vi a don Malaquías porque murió de muchos hematomas en los calabozos de la policía política: lo acusaron de dirigir las células de la revuelta universitaria e inventaron lo del ahorcamiento. Yo por fin me gradué de abogado, me casé con Marielena, compré El Jardín de los Suspiros, y tengo hijos revoltosos y revolucionarios.

Hoy, después de casi una vida, aún le pido perdón al amigo y maestro Malaquías en la etérea comarca donde se encuentre.

AJUSTICIARON A DELATOR DE GUERRILLEROS EN VÍA PÚBLICA (*Atalaya Rebelde*)

Marcos Núñez Osorio tenía veinticinco años y una sola esperanza: servir a la turbulenta causa de la izquierda venezolana. Se miraba, en las dimensiones del porvenir, como otro Che Guevara, con boina indómita y muchedumbres que lo aplaudían desde las irritaciones del corazón. Y por los vericuetos subversivos transitó sendas, atajos, comités de base y células de militancia oculta, para alistarse en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), cuatro letras que infundían pavor a los enemigos y anhelos de inmortalidad a los compañeros de lucha.

Marcos escogió el alias de “Lisito”; nadie sabía el motivo –ni tampoco interesaba– y después nunca aceptó que lo llamasen de otra forma. Era alto, de músculos largos y flexibles, dormía como si ya fuese a despertarse y jamás se cansaba en las maniobras de adiestramiento. Por añadidura, leía con febril interés los manuales marxistas, acataba las órdenes sin aprensiones, estaba siempre al servicio del “aparato” y disponía de entrañable atención para escuchar confidencias y angustias. El comando de las FALN, de acuerdo a esas virtudes, decidió enviarlo al Frente Oriental, nuevo ámbito de la refriega; y “Lisito”, en la soledad de una habitación urbana, barrio de Catia, juró osadías bajo el afiche del camarada Lenin; rezó fragmentos ateos del Manifiesto Comunista –en copia de *stencil*– y partió hacia las ansias de su futuro.

En la montaña, “Lisito” demostró insuperables condiciones físicas y perfecta adecuación a las vivencias de la guerrilla; parecía hecho de innata selva y médulas ardientes. Y no lo amilanó la continua movilidad del grupo para evadir los bloqueos del ejército, ni la escasez de suministros, ni la carencia de apoyo

de las mayorías campesinas, pues comprendió que esa tropa de muchachos, más que una milicia, era un símbolo de rebeldía. Y en verdad no le sorprendió la decisión del Comandante Alfredo: "En seis meses se ha visto tu temple y eficiencia, y por ello te hemos ascendido a jefe de Logística". Celebraron, sin himnos, con un apretón de manos y un trago colectivo.

"Lisito", en su nueva responsabilidad, determinó fortalecer el abastecimiento de armas y víveres, y para ello diseñó un correaje subrepticio con ciudades lejanas y pueblos próximos. Mejoró la comunicación y alertas entre los diversos focos beligerantes, se esmeró en aprovisionarse de libros de maniobras tácticas y cursos de guerra, perfeccionó las líneas de finanzas y los aportes de agrupaciones asociadas, y hasta se hizo de modernos equipos de onda corta para oír Radio Habana-Cuba durante el cerco de las noches. Al rescoldo de las tareas, conoció a los activistas por sus nombres propios y por los seudónimos del caso; se enteró de sus domicilios familiares porque dormía ahí cuando necesitaba un hogar de disimulo fuera del cerro; y subía y descendía del Frente como un astuto animal de contiendas. Sin pestañar, siempre aguzado.

Una noche se descuidó (o se confió), como suele ocurrirle a los más sagaces, y los agentes de la Dirección General de Policía (Digepol) lo agarraron en casa de unos compadres comunistas.

—De nada pueden acusarme —argumentó "Lisito", en medio de su desconcierto.

Y los polizontes, tras un irónico "Sí, ajá, no te preocupes", lo metieron esposado en la patrulla y lo llevaron al edificio Las Brisas, centro de garrotes viles y dictámenes de desaparición. El inspector Pérez Gámez, de las huestes andinas, se encargó de interrogarlo con golpes, patadas y amenazas de un tiro de (des)gracia. "Lisito" permanecía mudo. Pérez Gámez se tomó su perverso tiempo; preguntaba por enlaces, sitios, acciones, a la par que le aplicaba electricidad en los testículos. "Lisito" seguía mudo. Pérez Gámez le quitó el agua y el pan y la única luz de la claraboya, mientras le apagaba cigarros sobre la cara.

Golpes, golpes, golpes. Amagos de cercenamiento, contusiones, insultos. “Lisito” no podía sostenerse en pie ni atinaba el ritmo de la respiración. Pérez Gámez le ofreció un trato: perdonarlo si hablaba, premiarlo si contaba todo.

—No me respondas ahora, chico, vuelvo mañana.

Esa noche “Lisito” soñó con otro “Lisito” recién afeitado y próspero; su cerebro unía vínculos impredecibles (volteretas, senderos inversos, principios a ras de tierra). Pérez Gámez regresó, casi afectuoso, cuando estaba amaneciendo. “Lisito”, el traidor, empezó a contarle todo lo que sabía.

“Lisito” se instaló en las oficinas de la Digepol y del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), para planificar las *razzias*, persecuciones y allanamientos de sus excompañeros. Como si algo faltase en el engranaje de terror, instituyó el *Gang de la muerte* junto con verdugos de ancho currículum de exterminio, y lideró los episodios de asesinatos, torturas, arrestos y patíbulos contra la izquierda sublevada. “¡Te asfixio debajo del agua, te rompo el pecho a carajazos, te mato-te remato, te saco las uñas, te monto en el *rin*, conozco tus apodos y tu apellido de mierda, te desnudo y te violamos, te pongo corriente en las bolas, te aplico el alicate, despídete porque vas a morir hijodela-granputa!”. Los amigos cayeron: el comandante Aristarco, preso en un sótano de suplicio, se tragó la lengua sin hablar; El Chaco Rojas, jefe de la segunda columna, optó por el reto de los fusiles en el callejón La Gloria; Obdulio Mena, antes de desplomarse, escribió con su propia sangre en la pared que se hallaba herido; el joven poeta Claudio no logró la última rebeldía de un soneto.

“Lisito” truncó el Frente Oriental. Y delató a centenares. Y su mano apretó los gatillos. Y encarnó la omnipresencia del pánico. Y los Teatros de Operaciones Antiguerilleras le rendían el infame honor de tenerlo entre los suyos. Y lanzó a muchos desde los helicópteros del gobierno. Y nunca hubo en el país renegado de más ferocidad.

Con lentitud, la guerrilla se acogió a la pacificación porque la lucha bélica daba muestras de desmoronamiento (exilios,

muertos, desaparecidos). “Lisito”, sin víctimas posibles, ocupó un magro escritorio policial y se fue diluyendo en los archivos de la represión y carpetas prescritas, hasta que resolvió montar un taller mecánico en el oeste de Caracas. Aviso con grandes letras, precios de oportunidad, atención esmerada. Engordó como el “Lisito” próspero del sueño, y pretendió que el tiempo se encargase de olvidarlo: ya no era “Lisito”, sino el palpable Marcos Núñez Osorio, personaje de negocios del ramo automotor y rostro veraz en la cédula, miembro de asociaciones que protegen la fauna y directivo de honorables condominios.

Tres décadas no fueron suficientes para borrar las borrascas ni teñir la existencia de coartadas inútiles, y aquel día cuatro hombres canosos interceptaron el vehículo de “Lisito” en una calle céntrica. Escondían pistolas debajo de periódicos inofensivos y, sin palabras, las desenfundaron. Marcos Núñez Osorio pudo reconocerlos antes de sentir los fogonazos mortales.

PERIODISTA SE SUICIDA EN CRISIS DE AMNESIA

(*Punto y aparte*)

El día es un lento transcurrir de menudencias, o de esa forma lo percibe y escucha Amalio. Está en una calle amplia, con edificios que muestran pátinas de moho. No sabe el nombre de la calle, tal vez lo ha olvidado, tal vez nunca lo supo. Camina a pasos invariables, como tratando de encajar los zapatos en los adoquines (juego de infancia, desmán del adulto que todavía se cree inexperto). En las alturas, un avión embadurna el infinito con destellos de gas y un eslogan que los transeúntes observan: *Tome la vida en serio.*

Esquiva la agresión de los automóviles y cruza la calle. Perros maleducados que se desfloran entre sí, árboles enanos, radios en competencia de ondas vacías. Ahí la ciudad parece modificar su rostro corriente y se vuelve un deforme ensamblaje de ladrillos y tachos de basura, aunque él no lo observe ni le produzca asombro.

El anuncio de *Último Clarín*, periódico de amarillismo crónico y enjuto tiraje, se encuentra en el cuarto piso (sin ascensor) de un inmueble bombardeado por las guerras del tiempo. Amalio lo ve y, al compás de mecánicos actos reflejos, abre la puerta y sube las escaleras. El ahogo le encabrita los bronquios, las pulsaciones no hallan ninguna sindéresis. ¿Se lo diagnosticó el médico?

Descansa unos minutos, recostado de la pared, y entra a las oficinas del diario. Mesas y computadoras, luces oblicuas, humo intenso. Periodistas, en mangas de camisa, hablan sin cesar sobre las próximas informaciones, y el más viejo (que funge de director) toma notas ágiles y da órdenes inapelables. Amalio se ubica al lado del viejo, saca su libreta y, cuando se dispone a los apuntes, un vasto silencio (silencio ominoso, silencio tétrico, silencio con licencia para silenciar) le paraliza la conducta. El

viejo lo increpa: “¿Qué hace usted aquí?”; los otros periodistas impugnan su presencia: “¡Señor, esta es una reunión de trabajo!”; y todos le piden que se vaya: “Retírese, por favor, vuelva después, entienda”. Pero Amalio no puede entender que sus colegas lo traten y maltraten así, lo desconozcan, lo lastimen, borren años de cercanía. Entonces resuelve callarse e irse; sin portazos, sin insolencias.

Sale y ni siquiera se fija en los dólmenes de basura que aún perturban la geometría del ambiente. Un fastidio de gotas le humedece el cuello, no logra la normal movilidad de las piernas y, aunque debiera sentarse en un banco para buscar alivio, decide otra urgencia. Toma el autobús de la ruta que dobla por las ramblas de la costa y se dirige al sur de la ciudad; el paisaje, a través del cristal, es un caleidoscopio de tonalidades fuertes, como si los moradores necesitasen pintar poderosamente las fachadas para sentirse vivos.

En la plaza Libertad, llena de mármoles arcaicos y próceres nuevos, se baja del autobús y al cabo de varias cuadras distingue las residencias de interés comunitario. Todas exactas, todas con un barniz blanquecino e insulso. Como el portón de la número 88 está abierto, penetra sin necesidad de las llaves; ¿cuántas veces tendrá que prevenir a su familia acerca de los peligros actuales? Se despoja del saco y, por acción de la costumbre, le surge el deseo de otorgarse una ducha tibia. Para ir al cuarto de baño, atraviesa la sala y, ya en el comedor, advierte la presencia de la esposa, los tres chicos y un gordo de barba que tutela el almuerzo. Amalio, abismado, increpa al hombre; y el hombre, igualmente sorprendido, increpa a Amalio. La esposa da gritos de alarma y reclama la presencia de la policía; los chicos sueltan lágrimas de zozobra crítica, hay golpes y puntapiés; el vecindario se arremolina en el patio; el gordo de barba somete a Amalio, la esposa lo amarra y ambos lo lanzan a la calle. Amalio, doliente de nadie, mártir del infortunio, inicia una caminata sin destino porque, aparte de que no tiene hogar, dejó el dinero dentro del saco.

En la plaza Satélite, llena de mármoles nuevos y próceres arcaicos, duerme un rato. Las palomas lo acompañan, el viento mece las hojas de los almendrones. Se despierta, a la luz de sobresaltos oníricos, pensando en Darila, su única y sabia amiga. Desearía narrarle los sucesos recientes, pedirle consejo, solicitarle orientación. Darila es artista plástico y ofrece sus obras bajo el viaducto: solo un kilómetro separa a Amalio de esa añoranza. Reanuda la marcha, un globo se encumbra en las alturas, los gatos se evaden entre sí. Amalio detalla el panorama a distancia (siempre lo ha hecho) y corre para saludar y besar a una Darila que habla con dos clientes, pero la voz de la mujer lo paraliza: “¡Aguarde su turno, caballero!, ¿no ve que estoy ocupada?”. Amalio se identifica y la nombra, desentierra trances mutuos, le pregunta: “¿No me conoces, Darila? ¿Puedes ayudarme?”, e insiste en darle besos de afecto. La mujer lo rechaza y grita, los clientes intervienen para alejarlo; un gendarme le enseña su garrote autoritario.

Amalio parte con el corazón partido y, casi sin ganas, sube hasta el borde del viaducto, se sienta sobre la baranda de hierro y se pone a mirar el limbo de los cielos. Después saca la libreta del bolsillo y escribe algo. Todavía no entiende por qué sus compañeros periodistas lo repudian, por cuales motivos su esposa está ahora con un gordo de barba, y por qué su sabia amiga Darila lo desconoce. El fondo del viaducto es una llamarada de aire y un designio: Amalio se lanza.

Conforme a las indagaciones del caso, la policía determinó que Amalio Arvelo no laboraba en el diario *Último Clarín*, sino en *Reporte Gráfico*; que su exesposa y sus hijos viven desde hace muchos años en un país europeo, y que su amiga Darila (actriz y no artista plástico) había fallecido de muerte súbita sobre las tablas. Lo que Amalio escribió en la libreta forma parte del sumario.

NARCOS CONSTRUYEN SUBMARINOS PARA TRANSPORTAR DROGAS

(Semanao *Punto y Seguido*)

Israel Trenzas (nombre y apellido que resultan inverosímiles para quienes no trataron al colombiano) dictaba la cátedra de arquitectura naval en el Instituto Tecnológico de Montpellier; y hasta ahí, sin previo aviso ni mensajes electrónicos, fueron a buscarlo los “socios” de una compañía de variados fines lucrativos, o sea, tres moles con ternos a rayas y sombrillas contra el clima de estación, que deseaban hablarle en otra parte sobre negocios de interés común. “Me jodí”, pronunció para sus adentros el colombiano Israel, mientras reconocía el acento de los interlocutores a rayas.

La página del calendario, fijado en la pared, mostraba la blanda imagen de un corazón lleno de rosas rojas, alusivo al Día de San Valentín, e Israel, por pálpitos en el pecho y dolores en la desesperanza, concluyó que aquella noche no cenaría con Marilú en Le Bistro de Jean: único sitio donde su esposa costeña saboreaba sin melindres las ancas de rana: “¡Saben a pollo tierno cartagenero!”. Y se auguró también, entre brumas del subconsciente, muchas jornadas lejos de la familia, del trabajo y del televisor de la casa.

Los sujetos anónimos, que conocían bien a Israel (según se verificó después), pero hablaban poco y por la hendidura derecha de la boca, tenían todo coordinado: la etapa en tren hasta Niza, los boletos del avión trasatlántico, los pasaportes falsos y los autos con vidrios negros aguardándolos en Bogotá. A Israel Trenzas, que en la caligrafía de su nueva identidad se llamaba Virgilio Godoy Tenorio, le pareció inútil la tentativa de preguntar a los tipos las mil y una hecatombes enraizadas en su pecho, y se conformó con la sencilla explicación: “El jefe necesita hablarle”. Durante el viaje, Israel-Virgilio compuso y descompuso una historia que lo había llevado de Bucaramanga a París, y de París

a Montpellier, con el fin de estudiar arquitectura naval. “¿Por qué se empeña en esa vaina absurda, usted que nunca ha visto las olas del Caribe?”, inquiría la madre siempre llorosa y siempre precaria de argumentos irrefutables. Y entonces el muchacho, una tarde que parecía de noche (o viceversa), le dijo adiós a la plaza San Mateo, se persignó con más susto que fervor, y se largó sin que nadie lo oyese.

No insertó en las cartas, por vergüenza esencial, las particularidades de su buhardilla de la *rue* Binet (un cataclismo parisino ahíto de moscas y de visitantes indeseables), ni el oficio como “lava-retretes” en el Barrio Chino, ni la dificultad manifiesta para decir *¡mon Dieu!* atiplando la voz. Tampoco agregó, por los mismos motivos de su censurado exilio estudiantil, que el hambre lo había hecho rebajar diez kilos y que en ocasiones oía entre sueños las charangas de Valledupar. Sin embargo, poco a poco, Francia se le volvió una costumbre benéfica y adquirió la amistad de jóvenes tercos como él, y también consiguió una visa de larga data para cursar sus estudios. Ya hablaba el idioma, aunque lleno de baches e indecisiones, y salía de *promenade* con una colombianita de pelo al tinte que se llamaba Marilú. De esto último se enteró la familia Trenzas por las calculadas misivas de Israel, las cuales leían –en asamblea de calle– para evitar maledicencias e interpretaciones erráticas. “El Espíritu Santo te bendiga, hijo”, proclamaba doña Clotilde, en medio de un afecto digno de *La Madre*, de Gorki. Y el público aplaudía.

El Instituto de Montpellier fue la copia palpable de lo que Israel imaginó en sus ilusiones: edificios alrededor de un parque con césped cortado al rape, profesores de pedagogía docta pero cordial, clases sin timbres de salida, una residencia de espaldas a las ventiscas y compañeros asiduos e irreverentes. ¿Qué más pedir? Sí, pidió algo más: que la “rubita” Marilú lo visitase cada quincena. Y pidió otras cosas: obtener la medalla *cum laude* y quedarse en los predios universitarios.

Todo lo logró a satisfacciones de alma porque un domingo Marilú llegó, escoltada por su baúl de plástico y su sonrisa de

labios abiertos, para requerirle asilo perenne; al concluir los estudios, el rector le confirió un latón honorífico que decía “máximos honores”; y la semana siguiente, aún incrédulo, empezó a dictar clases en la universidad. Luego, los niños gemelos, un piso repleto de sol y el coche de última mano (pero en perfecta marcha). Después, la estable investidura académica, el bono de vacaciones y la casita con paisaje de pelícanos al atardecer.

Entre brumas, volvió de los recuerdos y se halló en el aeropuerto de Bogotá. Lo supo por el olor a tierra húmeda que emanaba del suelo de la patria y, enseguida, por la barahúnda de voces y por la extraña forma de movimientos que poseen los cachacos (como levitando en un sólido aire protocolar). Los tres individuos de ternos con rayas se encontraban todavía acompañándole, y efectuaban tareas para el ingreso al país y a los automóviles de vidrios negros. Tras permitirle beberse un nostálgico “tinto fuerte”, lo vendaron, pues no debía reconocer las instancias y las comarcas del nuevo periplo. Aunque fue un viaje ciego hacia la lejanía, Israel-Virgilio entrevió (o intuyó) pueblos, asfalto, campos, montañas, autopistas, túneles, desiertos, selvas.

Cuando le dejaron libre la mirada, observó una alta breña de árboles y un riachuelo fétido que seguramente daba al mar. El camino, transitable a penosos brinco, conducía hasta las barracas verdes: síntesis del color de las iguanas para el despiste. Una firme indicación mostró a Israel su espacio dentro del refugio, su cama diminuta y sus platos de peltre; un guiño ácido le precisó el lugar de las defecaciones; un mensaje sin palabras proscribió cualquier arrojo. E Israel, empapado de tristezas, se dormitó al acorde del miedo y, ya más onírico, soñó que verdaderamente estaba muy cerca de las olas del Caribe, y arrulló a los chicos y vislumbró el blando cuerpo de Marilú (haciéndole señas detrás del infinito).

El trópico se unió a la mañana para despertarlo. Sintió pájaros en vuelo, ruidos de fronda y un calor que le mojaba las pupilas. Mientras organizaba su ánimo, la puerta se abrió —como en un acto de prestidigitación salvaje— y apareció el

mandato de los hombres a rayas, ahora con camisas de hilo: “¡Levántese porque viene el jefe!”.

Apenas se levantó, sus ojos encuadraron la estampa de una especie de gigante obeso que destilaba bigotes y mímicas automáticas. Era el capo mayor, la cúspide del Cártel de la Guajira, la ley con sortijas de dieciocho kilates, la fúnebre autoridad, la metralla y los suplicios:

—Soy John Jairo, considéreme su servidor —dijo, a través de unos dientes desaparejos y una mentira de ocasión; lo invitó a sentarse y siguió hablando.

Pedía (u ordenaba) que Israel construyese dos modelos de submarinos escuetos, aunque suficientes en tamaño para el transporte de droga hasta los mercados del norte. Tosió por lo bajo, como disimulando la propiedad de la idea, y sin esperar respuesta determinó:

—Anóteme los materiales y equipos que hagan falta; hoy mismo comenzaremos a traerlos; le doy cinco meses, ¡suerte!, será uno de los millonarios de este planeta”.

Antes de irse, le susurró:

—Marilú y los gemelos están bien, no se preocupe.

Israel quiso llorar sobre los copos de los almendrones, mesarse el espeluzne del cabello, huir en sombras hacia Marilú y los hijos, gritar a lecos que nada se acordaba de sumergibles ni de submarinos, pero pudo más el silencio de la razón: “Tiempo al tiempo; tiempo al tiempo”.

Por cuanto los rehenes en pesadumbre enaltecen las minucias y acrecientan la memoria, Israel Trenzas hilvanó, dentro del vaivén de un chinchorro, lo que sus maestros le habían enseñado acerca de las naves subacuáticas: la flotación neutral y la positiva, el principio del viejo Arquímedes, los tanques de lastre, el periscopio para otear el mundo externo, las tensiones hidrodinámicas, el control del equilibrio inestable, las fuentes de oxígeno y los demás imperativos técnico-prácticos para un hundimiento eficaz y sin asfixias. A la luz de algunos crepúsculos y de la *Enciclopedia Vértice*, que estaba mutilada dentro del armario

de la cocina (porque la usaban para envolver aguacates inmaduros), dibujó el proyecto en páginas de estraza y con detalle apuntó los materiales imprescindibles.

La banda del capo preparó una explanada, levantó el galpón de obras y acarreo hasta ahí el instrumental. Mucha fibra de vidrio y mucho polietileno. Anticipadamente a los trabajos, Israel tuvo que modificar los bocetos de sus dos “Cetáceos Colombo” (así los bautizó) porque se parecían al *Hipopótamo*, sumergible edificado y destruido en 1838 por el ecuatoriano Rodríguez Labandera; y también se asemejaban al *Garcibuzo*, un submarino de cedro que en el año 1860 probó el tenaz Cosme García en las playas ibéricas, y que desbarató ante la carencia de preclaros financistas.

Israel Trenzas ocupó todos los minutos exactos e inexactos, y todos los segundos sudorosos, y todos los días con sus noches de turbia vigilia, en la construcción de las naves que el jefe narcótico le había ordenado. Las semanas se unieron a los meses de lluvia, y la lluvia causó fiebres promiscuas, y el hervor de las fiebres produjo un letargo que se confundía con el retumbo de los zancudos, pero Israel nunca desmayó. Limaba piezas, enroscaba tornillos y cables, dirimía posiciones de tableros y comandos, quitaba o enmendaba mecanismos, rugía en furtiva soledad y sacaba cuentas de perpetuos logaritmos, siempre en provecho de sus armatostes fantásticos: subgénero de las profundidades del mar.

La víspera del plazo establecido por el capo, Israel terminó las dos embarcaciones y, con devoción de magíster renacentista, las miró en su dignidad gris y en su apariencia de ballenas primerizas. Entonces solicitó a los ayudantes que las trasladasen hasta el río, para probarlas cuando don John Jairo estuviera allí como juez único e inapelable, como cacique de la mafafa y virrey de los alcaloides. Las naves flotaron, satisfechas, esperando el turno de cruzar los meridianos, mientras Israel fue a acostarse en el chinchorro. Una obstinada pesadilla lo atormentó; oía su sentencia de muerte: “No debe hablar, nunca debe hablar”; escapaba, lo perseguían, detrás los nítidos disparos: “¡Mátenlo,

remátenlo!"; sangre en la cabeza, sangre en las piernas, se derrumbaba sobre lápidas de vegetación...

Un temblor grueso le agitó las pulsaciones. Se incorporó y escuchó, afuera, murmullos que parecían veredictos. Salió, escondido en su propia sombra, y las luciérnagas nocturnas lo condujeron al río. Ambos submarinos estaban, morosamente tranquilos, sobre las aguas quietas. Israel abrió la escotilla de la primera nave, se acomodó en su puesto de capitán Nemo, encendió el motor y partió hacia los mapas del destino. Todo funcionó según las reglas del recuerdo y la imaginación, porque el sumergible, junto a peces y algas, probó el fondo de los océanos y de la tierra líquida en viajes por las bajuras del mundo.

Dicen que John Jairo lo maldice todavía.

Dicen que todos los cárteles han jurado su muerte por ahogo.

Dicen que Israel Trenzas, con falsas huellas, visita los andurriales del Caribe en busca de un puerto seguro para encontrarse con Marilú.

Dicen que el jefe narcótico secuestró a un experto timonel, para que en el otro submarino trasladase la droga por los abismos acuosos.

Y agregan que en las peripecias del hondo mar, los dos "Cetáceos Colombo" se han visto sin siquiera saludarse.

HOMICIDIO CULPOSO DE TRANSFORMISTA EN UN BURDEL

(*Noti-Sucesos*)

Tenía dieciocho años y un defecto a plenitud: el miedo. Se asombraba de su propia sombra, como dicen; ejercía los trabalenguas cada vez que le preguntaban el nombre (y por fin atinaba, luego de un calvario lexical: Antonio Antúnez); practicaba diariamente, exhaustivamente, el onanismo más hondo, sin duda para no enfrentarse al mundo físico y corpóreo de las hembras que veía en las revistas; oraba por temor a un “infierno perpetuo” (su Santidad *dixit*); el pánico lo mantenía bajo la disciplina de un abuelo con anteojos profesoriales y halitosis incurable; le asustaba que su madre apareciese, en traje color manzana, un domingo cualquiera; y hasta los perros flacos y marchitos le causaban estremecimientos de cobardía. En síntesis: timidez a la enésima (im)potencia, terror total, pavora que no se curaba con grageas. Y encima, pesadillas, pulsaciones de corazón incorrecto, sofocos.

El grupo de compañeros del liceo –torpes resabidos, mulas resabiadas– lo volvió centro fundamental de sus chistes y exclusiones, y Antúnez dejaba –¡permitía con lujo de pasividad!– que las burlas tuviesen el efecto de transformarlo en el “paradigma cero” de aquella masa. Todos lo contemplaban: Antúnez sudando heladas gotas frente a las ironías generales, Antúnez tragándose las vísceras para eludir respuestas, Antúnez solitario, Antúnez en medio del propio Antúnez (Antonio Antúnez, el tristísimo, el misógino, el pusilánime).

Pero el tristísimo tenía un amigo oculto e impalpable con quien podía departir sin límites. Como un espejo, como unos espejuelos dobles. Y ambos, en soliloquio, se intercambiaban las revistas *Play Boy* y las propagandas de hembras tersas; y formulaban apuestas, por puro placer masturbado, acerca de la eficacia

de sus respectivas eyaculaciones. Fue este amigo necesario el que le mostró una tarde, en la senda del liceo a la casa, el sitio de luces rojas. “Hay unas muchachas buenísimas”, quizás dijo. “Cobran antes de hacerlo”, quizás aclaró.

Antúnez jamás varió la ruta porque lo atraía el resplandor íntimo de las luces rojas, y la puerta entreabierta y el número 33 en un marco de madera. Y por las noches, durante un idéntico sueño de vigiliás, se imaginaba entrando al local: “¡Llegó Antonio!”, y entonces lo abrazaban y una música feliz le invadía el alma.

Para concretar su ilusión o para que de los *intersticios cerebrales* surgiese la voluntad de meterse en aquel impúdico número 33, transcurrieron muchas circunvoluciones vinculadas con el deseo. Deseo de no temerle al miedo, deseo de conseguir la plata indispensable, deseo de cumplir a la hora precisa del deseo, deseo de volverse un hombre de dieciocho años y un polvo (por lo menos), deseo de contarles a los otros sus episodios lúbricos, deseo de que el viejo de la halitosis le otorgara palmaditas de certificado machista. Casi un deseo genérico, casi la universalidad del deseo.

El viernes 13 de junio (lo recuerda con la precisión del día de San Antonio, el Santo de los Milagros), luego de inagotables ensayos, vueltas, tanteos, bosquejos mentales, salvas, exploraciones, fantasías, retrocesos y avances, ingresó por primera vez al trastorno que lo aguardaba en la sede de las luces rojas. Enseguida, determinó una perspectiva de tabiques descascara-dos, lámparas baratas y mujeres de tacones altos y falda corta, mientras escuchaba el saludo habitual: “¡Adelante, chico, que no te vamos a comer!”.

Antonio Antúnez se halló impedido de los movimientos de sus piernas y su lengua, como piedra estática, como enfermo de parálisis post-infantil. Y solo pestañeó, en instante de reacción, cuando Melissa –uno de los engendros del local– lo abrumó con un vozarrón cerca de la oreja: “Déjame amarte, niño querido. Ven a mi pieza”. Y Antonio-zombi la siguió por un túnel de

más paredes innobles, hasta una cama revuelta y sin almohadas. Melissa, estricta en los reglamentos putaicos, le exigió el pago previo, y Antúnez tuvo que sacar el fajo de billetes ajenos. Billetes ajenos e inútiles, porque no pudo enfrascarse, ni un minuto, en los menesteres del deseo. “No importa, aquí estoy a tus órdenes y desórdenes. Vuelve cuando quieras”.

Antonio Antúnez se masturbó hasta la saciedad en presencia abstracta de Melissa, y juró que no pasaría una semana sin verla. Para ello, hurgó bajo los secretos escondites del abuelo a fin de encontrar la plata (unos dólares con efigies desvaídas). La quimera prostibularia, pues. Repasó de nuevo el camino en zaratando de taquicardia y angustias: el número 33 estaba donde mismo, siempre aguardándolo, siempre fijo, siempre sigiloso.

Entró y la intensa voz de Melissa lo condujo a la habitación, “Págame ya, mi amor”. Antúnez le dio el dinero, junto con un abrazo incoherente y atropellado (aunque sin pánico). Su falo se alzaba en búsqueda del cielo, tenía fiebre por doquier; sus manos aprisionaban la avidez. Melissa se desvistió con lentitud de araña; poseía unas ancas firmes y un tatuaje azul en la espalda. Antúnez pretendió clavarla por el capullo que le absorbía los sueños, pero Melissa se volteó en afán de retaguardias: “Soy todo tuyo, todo tuyo”. La ira de Antonio Antúnez se armó de puñetazos, insultos, puntapiés, y arrinconó a Melissa(o) en la desenfrenada esquina del cuarto. De la antigua timidez surgió un imprevisto golpe de desgracia: Melissa, al evadirlo, cayó sobre los sangrantes ladrillos del burdel, y ahí se le fue la existencia.

CAMPEÓN MUNDIAL DE BOXEO ASESINÓ A SU ESPOSA Y SE SUICIDÓ (Novedad Deportiva, Radio-TV)

Amigos y amigas, esta es una transmisión en directo desde la propia vida (y ausencia) de El Piache Viloría, honra del boxeo venezolano, campeón mundial superpluma y del peso ligero. Aquí en la foto, apreciado público, lo vemos cuando nació, ¡qué niño más pequeño, qué esmirrio, qué flacura! A la comadrona de La Viga, su pueblo natal, casi se le salen los ojos de las cuencas al descubrirlo tan menudo, tan frágil, pero ya crecerá como las ramas y los animales del campo; sus padres lloran, no de temor sino de contento, porque saben que el crío será fuerte como sus hermanos, aunque lo asedie la pobreza y habite en un rancho de pocos metros sin ventanas, a seiscientos kilómetros de la capital. Sí, será fuerte y famoso, se los ha revelado el pálpito del corazón, y se llamará Wilmer, igual que un popular cantante de salsa brava, y después, mucho después, le dirán El Piache, El Piache Viloría para el mundo, El Piache Viloría para el reino de los golpes por doquier. ¡Calma!, no nos adelantemos, no; Wilmer en esta secuencia de la transmisión es ahora un chiquillo que progresa en músculos y rebeldías: agita las manos contra los otros, se escapa de las horas de escuela, enjaula a los pájaros libres y se desvive frente a los programas de televisión. “Wilmer, hijo querido, compórtate”, lo reprendía su madre sin dejar de acariciarle las greñas del pelo. ¡Señoras y señores, vamos a unos compromisos de nuestros patrocinantes y ya volvemos!

Estamos de nuevo con ustedes, damas y caballeros, para contarles que Wilmer, con inaudito esfuerzo de cerebro, llegó al primer ciclo de bachillerato, y abandonó los estudios un agosto de grandes decisiones, con el fin de ayudar a la madre en su frutería del mercado. A los tempranísimos nueve años empezó el consumo de bebidas alcohólicas (cerveza, ron y demás productos

etílicos y mareantes); y a los once se inició en las drogas, ¡pobre chico, *mafafeador* y *buelepega!* Sin embargo, como la vitalidad le continuaba hinchando los pectorales, a los doce años se fantaseó boxeador y ese espejismo (o ese desvarío) lo condujo hasta el gimnasio municipal –donde se quedaba a dormir– y se estrenó en el dispendio de puñetazos *amateur*.

Recordemos algunos datos, amables tele-leyentes: Wilmer Viloría fue campeón aficionado durante casi un lustro (lo llaman “El Aniquilador”), las hembras lo buscan, conoce la tromba de los aplausos, su mamá deja de vender frutas en el mercado, se enamora de Jenny y se casa). Estableció, como profesional, la brillante hazaña de dieciocho victorias consecutivas por KO en el primer *round*, superando la marca que el norteamericano Otto Young había obtenido un siglo atrás (los periódicos no cesan de alabarlo: “¡Qué fenómeno, qué prodigio!”; Viloría se estampa un tatuaje multicolor en el pecho con el rostro del Presidente y la bandera de la nación; su esposa Jenny siempre lo acompaña, procrean dos hijos; Viloría toma whisky escocés fondo blanco, sufre un accidente en motocicleta y le quedan punzadas de cráneo y visiones dobles). Viloría hizo trizas al panameño Toco Mosquilla y consiguió el título superpluma, y tiempo más tarde logró la faja del peso ligero en lucha contra un nipón que casi se desangró en su esquina (el campeón dice *yes* ante la posibilidad de cualquier droga; le gustan los alcoholes de efectos rotundos; sueña dormido o delira despierto que Jenny lo engaña con su hermano Pedro, el menor de los Viloría). Es encarcelado por golpear fieramente a Jenny, pero eso lo detallaremos al cabo de los mensajes comerciales.

Ya nos encontramos de retorno, señores y señoras. En efecto, el campeón varias veces aporreó a su madre y a su hermana por discusiones de familia, aunque después zozobrase en llantos culpables; y últimamente se figuró que Jenny era su máximo contendor: El Piache cree hallarse en un cuadrilátero universal, oye la campana, extiende los brazos y salta hacia el enemigo, entonces lanza *jabs* y directos sin parar; Jenny

retrocede con pánico, Viloría potencia el azote a través de seguidillas de izquierdas y derechas, está ciego de furor; Jenny cae y luego se aferra a unas cuerdas que no existen, tampoco hay quien detenga el castigo ni tire la toalla de la capitulación. El Piache redobla el *swing* y los *uppercuts*; Jenny entorna los ojos y se desmaya: Viloría es desgraciadamente el campeón (de las violencias maritales). Un público aterrado y domiciliario guarda silencio. Gendarmes trasladan a Jenny, en camilla, hasta el hospital, y a El Piache hasta la comisaría. Los médicos advierten que Jenny presenta muchos hematomas en el cuerpo, costillas rotas y perforación pulmonar; los agentes señalan que El Piache se muestra belicoso y pendenciero. Jenny, para absolver a su marido, alega que se cayó por unas escaleras; El Piache amenaza con golpes a los médicos que dejen filtrar la noticia verídica; lo arrestan y enseguida se declara alcohólico para que la justicia benigna lo recluya por cinco días en un hospital desintoxicante. Planea, bajo la emergencia, irse a Cuba con objetivos de curación, pero como carece de pasaporte, piensa que debe trasladarse a Caracas y valerse de influencias en procura del documento.

Con la rapidez de un huracán de cincuenta y nueve kilos, El Piache Viloría hace las atropelladas valijas, le comunica a Jenny su decisión, y ambos se montan en la camioneta Atomic II para efectuar el trayecto de diez horas hasta la capital. Lleva suficiente coca y litros de vodka no le faltan. La carretera es una larga víbora de curvas y precipicios que reclama un diestro chofer, y ahí está él, la gloria de la familia, El Piache del cuadrilátero, para encargarse de la situación. Y según acostumbra, en cada curva se mete un pase de polvo blanco, y en cada llanura bebe vodka a pico de botella. Un mareo circular le gana los primeros cien *rounds*: el asfalto se ensancha y se acorta, la lejanía no posee final, diversos automóviles transparentes lo persiguen. Despierta a Jenny y la insulta porque comentarios nocturnos ratifican que le ha sido infiel con su hermano Pedro; Jenny lo escucha y vuelve a dormirse. Más coca y más vodka, la carretera se llena de autos vidriosos que pretenden sacarlo del camino;

una oscuridad desde el asiento posterior le habla como su madre (“¡Cuídate, mijo!”) y le acaricia las greñas del pelo. Se detiene en la alcabala de Valencia para notificarle a los policías, entre un escándalo de alaridos, que muchos carros lo acosan para robarlo o secuestrarlo. Los uniformados, al ver su extraño nerviosismo, le sugieren un descanso en el Hotel Continente, “cinco estrellas a su orden”. Vamos a cumplir con algunas pautas publicitarias y en minutos regresamos.

De vuelta, amigos y amigas, para referirles en este último episodio que El Piache se halla fuera de órbita: entra al hotel, pide una habitación matrimonial y alerta a los empleados que detrás de las cortinas, sí, detrás de las cortinas, están los persecutores (“Tres damas y un tipo horrible”). Con Jenny, sube a la pieza 344 e insiste en que la revisen minuciosamente para descartar la presencia de intrusos (“No hay nadie, señor”, confirma el botones). Ya solos, El Piache abre la nevera de la habitación y se toma todas las bebidas, habla a gritos, gesticula, lanza puñetazos de sombra. Jenny lo oye sin contrariarlo, él se acuesta a su lado, no piensa, no logra fijar los razonamientos; el tiempo se le desborda en olvidos inmediatos; un sudor –tibio y extraño– le atraviesa la franela; Jenny no posee miradas para verlo, el silencio ocupa los espacios del cuarto; entonces, El Piache baja al *lobby* en búsqueda de un café, transpira torrentes de agua nerviosa y, como lo notan inquieto y con manchas de sangre, le preguntan “¿Qué ocurrió, campeón?”, y Wilmer se esconde tras la taza de café: “No pasó nada, nada pasó”; pero luego irrumpe en lágrimas: “La maté pero no me acuerdo si fue con un cuchillo o con un bisturí; yo amaba a Jenny, era la madre de mis hijos, no sé qué sucedió, no sé”. Una comisión de agentes aprehende a Viloria y lo recluye en el calabozo 5 del Distrito de Policía. Los demás presos, al reconocerlo, le manifiestan solidaridades carcelarias: jugo, pan y lamentos humanos. El Piache desecha los obsequios y se aísla en un mutismo inviolable (Quizás gime, quizás evoca. Y toma el bluyín, ata los extremos a los barrotes de la ventana, mete la cabeza por las entrepiernas y se deja caer). Un

raro golpeteo determina que los vecinos de celda peguen gritos de alarma, y los custodios acuden y no pueden creer lo que están viendo: El Piache se ha ahorcado con su propio pantalón.

En la boca de Viloría encuentran pedazos de una fotografía donde está junto a sus niños; en el tórax de El Piache verifican cómo empieza a marchitarse el tatuaje de la bandera nacional.

CAPO DE LA DROGA PERDIÓ LA MEMORIA ANTES DEL CERCO FINAL

(Periódico *Renglones Investigativos*)

Diógenes Saucedo recorta, en cuclillas, las flores de su jardín imaginario y las examina una a una bajo el sol magro de la tarde. También acaricia la pelambre de su jauría: en verdad, un único perro (*Zopilo* se llama) que apenas ladra por mísera costumbre, pero su obsesión es hurgar en las hondonadas del patio, solo, sin relojes ni testigos.

La mansión, con cuartos de lujo y un sabor a fiesta en los rincones, cedió paso (por gracia adversa de los tiempos) al más completo desvencijo. Ya no hay límite entre las ceibas y los huecos del techo, ya la luna forma parte del residuo, ya los óleos comprados por docenas no se distinguen de las excreciones de las moscas.

Diógenes repasa, en porfiadas historias, sus travesías de narco fundamental: “¡Plomo, plomo contra los enemigos! Avancen sin parar, no se me achicopalen, carajo, utilicen los carros blindados, retumben las ametralladoras. *Sí, jefe, lo que usted mande. ¿Cuántos se rindieron? Dieciséis, don Diógenes. Me descuartizan uno por uno a esos pinches cobardes. ¿Uno por uno, jefe? Obedezcan y no pregunten babosadas*”.

Al cabo de las acciones, Diógenes contaba el botín y los muertos porque estaba persuadido de que existía una absoluta lógica numérica entre ellos: a más cadáveres, más dividendos. Y como cabecilla de carteles, compartía las ganancias con sus hordas, aunque en proporciones que él mismo fijaba según criterios de gusto o casualidad. Ley del jefe, norma irrefutable, matemática facinerosa. “¡Y quien no esté de acuerdo que arranque y vaya rezando lo que sepa!”.

Cuando se apoderó del Cártel de los Betas, encomendó a Eulalia Prado, su concubina, la edificación de la inmensa casa.

“Que posea muchos corredores, Eulalia querida; y habitaciones por doquier, mi ángel; y fuentes de agua con peces raros, y una cocina hecha de mármol, Eulalita; y grandes salas contiguas para los invitados y los músicos, y los baños que tengan grifos de oro, cielitolindo; y las escaleras pasamanos de pura plata, y en el fondo construyes tu refugio, Eulalia, para que nadie te moleste”.

La mansión, por ingenio y diligencia de Eulalia Prado, resultó mucho mejor de lo que pensara Diógenes; y desde su inauguración, con una tromba de cinco días y sus noches, se convirtió en permanente escándalo de tequilas y zambumbias: “¡Que no cesen las orquestas, hijosdelachingada; que cante el gringo que trajimos de Nogales; todos a desnudarse, ¡sin tetas no hay paraíso!, menos tú, Eulalia, porque eres mi mujer y merezco respeto”.

“Acuérdate dónde carajo pusiste tu fusil telescópico y las caserinas y el chaleco de acero y el whisky dieciochoaños” se decía Diógenes a cada rato, pero el cerebro no le hacía ningún caso y tomaba sendas infieles. Además, empezó el juntamiento de hechos dispares, como si lo inconexo fuese su norma:

—¡Señor Presidente drogo, ilustres diputados de la mafafala, estoy aquí para servirles hasta vencer o que me lleve la esquelética. ¡Mis soldados-cuates: a las garrafas, polvos y botellas antes de la ofensiva final! ¡Putas, putísimas y cabronas, dancen en pelo los himnos de la Patria!; y tú, Eulalia, aléjate de los demonios, guárdame los recuerdos.

Eulalia, disciplinadamente dócil, no solo le guardó los recuerdos, sino que también encaletó los dólares, los fajos de pesos, las joyas, los relojes suizos y las vajillas doradas, y una mañana igual a todas las mañanas se murió perennemente con un guiño de triste júbilo en los ojos:

—Vuelve, Eulalita, habla desde donde te encuentres; confiesa tus secretos, vieja sangrona, yo te lo ordeno – aullaba Diógenes por los cuartos y galerías del caserón, mientras se le iba escurriendo la memoria en un desvarío de cataclismos inútiles.

Sin testigos ni fanfarrias, el capo hurga y grita en las hondonadas del patio:

—¿No soy el jefe de más cojones?, ¿quién se atreve a desobedecerme?, ¿todavía me llamo Diógenes?

Zopilo ladra por mísera costumbre, los adversarios angostan el cerco de artillería, el sol es una lánguida transparencia.

Diógenes Saucedo jamás supo si lo acribilló el ejército o el rencor de las bandas rivales.

“COLISEO” EN PENAL DE OCCIDENTE DEJA SALDO TRÁGICO (Diario HOY)

Llego como periodista embozado al Penal de Occidente para cubrir –y descubrir– uno de sus aterradores “Coliseos”. Me identifico con el salvoconducto de un falso proveedor médico y, luego de los sobornos y el exhaustivo registro, me permiten el acceso.

Saco la carpeta que simula un compendio de récipes probables y releo las anotaciones que había escrito en espera de los acontecimientos: la lucha (o la represalia) cuerpo a cuerpo traspasa los siglos y se instala, como una prostituta sin dientes, en los huecos del tiempo. Saltan la fogosidad y la sangre entre las épocas, cubiertas de honor inmundo, ateridas de un ventarrón que ya conocen: la muerte nombra la muerte. La insidia se pisa la cola y aúlla, los desplantes se reproducen con saña inadmisibile; dos coliseos urden la contrariedad humana para hacernos sentir bestias por fuera y por dentro: el coliseo de Roma (*Colisoo*, en hebreo original) y el coliseo de la Cárcel de Occidente, Venezuela (*Col-ise-o*, en jerga de malandros que no pueden ordenar las sílabas ni la conducta). Anfiteatros separados por dos mil años de piedras sobre piedras, reductos unidos por el estremecimiento y el horror. El de allá lo edificó la Dinastía Flavia en provecho de un circo de desenlaces agónicos; el de aquí es la agonía misma.

Cada lunes del (sub)mundo, al despuntar el día enorme, esos presos que jamás sabrán de Espartaco ni de gladiadores romanos emergen desde celdas y agujeros, con la iracundia a hocico de lobos, para reunirse en su propio coliseo de inmolaciones. Nunca sabrán (tampoco les importa un carajo histórico) que “gladius” se llamara la espada de los combatientes imperiales, y que el público dirigiese el pulgar hacia abajo en contra del luchador vencido. Sí les atañe, por supuesto, la incisiva hoja de los

chuzos, el grosor de los puñales y la astucia de quienes voccean retos sin esperanza. ¡Coliseo de colosos enanos, *Colosseum* mortuario, puta desdentada!

Este lunes (no el último porque vendrán otros también exagerados y fatales) los reos se concentran en círculo para ajustar cuentas de ocios y encierros. Como no están Vespaciano, Tito ni Domiciano, la cuadrilla de gendarmes de ojos ciegos da luz verde a la refriega, pensando quizás (o sin quizás) que la muerte es el escape mayor, el alivio, la fuga perfecta, la merma de las estadísticas carcelarias.

Un silencio tosco y mineral notifica el inicio de los combates. Primero corresponde el turno a los antagonistas personales: cuchillos, bramidos, tajos de piel, lamentos, vísceras en danza; el vocerío de los otros presos; el borbotón intenso, los harapos rojos y manchados; los olores macizos (y ácidos); las secreciones como sustitutas del miedo; los espasmos, la náusea, los escalofríos, el terror terminal.

De seguida, sin pausa ni intermedio, se suscitan las peleas colectivas: más cuchillos, la guerra genérica, el mutuo aborrecimiento de los compañeros, la miserable y múltiple envidia, la rivalidad por el control de la droga, los enemigos de la celda de enfrente, la palabra de altos odios; más sangre, más pánico vuelto valentía; menos futuro, menos dilación.

Salgo (o escapo) de los muros de la cárcel, y ya las últimas noticias están en los portones para que las familias de los reclusos esmeren sus congojas: “La riña tuvo un saldo de diez muertos y veintisiete heridos”.

Prometo, con recias lágrimas, que nunca volveré a otro “coliseo” del Penal de Occidente...

MUERE MINUSVÁLIDO EN LÍNEA DE FUEGO ENTRE BANDAS

(*Voz Urbana*)

El cojo Gómez ve con mirada estática hacia un punto muerto como él. Las muletas quedaron a ambos lados del cuerpo para reafirmar, en la iconografía criminal, su identidad de minusválido.

Si alguien escarbaba en la semblanza de Gómez, pudiera discernir que sufría de parálisis desde su niñez, que luchó (digamos, a pie juntillas) contra la falta de equilibrio, y que laboraba como rústico vigilante (siempre sentado) en la empresa de autobuses troncales. ¡Cuarenta y dos años hechos añicos! ¡Una esencia de anormal normalidad, aunque sin traumas en las neuronas!

La vida del cojo Gómez era de opacos y renqueantes metros: dormía en un cuarto cerca del trabajo, devoraba (allí mismo) la ración de viandas insípidas que le preparaban las vecinas altruistas, fumaba en hilera los cigarros de sus marcas favoritas (todas); bebía poco alcohol no por prescripción facultativa, sino por orden de los patronos; sonreía solo a veces porque le faltaban causas para la irrisión; leía las letras de los buses, pero le costaba mucho astigmatismo el abecedario de los periódicos; iba al cine únicamente el 31 de diciembre (para celebrar); se comía las uñas con extrema pasión; coreaba sin límites ni husos horarios la única canción que se sabía (*Allá en el rancho grande*); y amainaba las dolencias de las piernas mediante yerbas que le surtía un pasajero naturista.

El cojo Gómez se afirmaba en las negaciones: no tenía familia ascendente ni descendente, carecía de retratos de colegio y de remembranzas en grupo; no le sobraban amistades, pero tuteaba a todo el mundo; odiaba a los perros de la calle y a los gatos de cualquier hogar (quizás por una turbia inquina personal);

nunca deseó ganarse trofeos de olimpíadas lisiales ni distinciones de *handicap*; jamás pensó en enamorarse de mujeres de hueso y carne; reducía la política a infinidad de insultos contra quienes la ejercen; detestaba que le hablasen en tono penetrante o acorralándole el oído medio; no le ajustaba ningún gobierno; y huía –con la máxima velocidad posible– de los gendarmes policiales y de los guardianes del (des)orden público.

El cojo Gómez, aunque parezca ficción fantástica o crucifixión real, poseía la recurrente quimera de comprarse un auto amarillo y supersónico, modelo A-XXI, recién disparado de los hornos de la fábrica, con mandos para minusválidos y butacas para las curvas vertebrales; un automóvil mayestático, digno de dignatarios, lujo de una élite minúscula, prototipo de la supina elegancia y centro específico de encomios mayores. Un auto cuyo chofer no sería el cojo Gómez ni el renco Gómez, sino el gran señor Gómez; un desenvuelto caballero, un patricio, un patriarca de la sociedad de consumo.

Y mientras el chueco Gómez soñaba, desdoblado en el otro, las bandas tomaron los flancos opuestos de la calle: la banda de Cerro Arriba y la banda de Cerro Abajo. Dirimían una cuota de drogas o una afrenta diaria, o un insulto de pequeñas infamias colosales. Principió la guerra y Gómez se ajustó, con dormida paciencia, el cinturón de seguridad del auto amarillo y transparente; ningún suceso podía apartarlo del ensueño, ninguna ráfaga, ningún atisbo.

Las balas tomaron por asalto el aire y las circunstancias: todas las piernas huyeron salvo las flácidas, y la llama correspondiente a Gómez se le incrustó en el corazón. Rubén Blades hubiese procreado, como cantautor testimonial, una famosa salsa de muletas al viento, pero sobre el callejón nada más se encontraban el cojo Gómez y un etéreo automóvil amarillo para conducirlo a su destino.

ACUCHILLAN EN SU APARTAMENTO A DETECTIVE AFICIONADO

(Temas y Sucesos)

Revisó el buzón de correos y su éxtasis se materializó en una alegría casi de llanto: por fin la Academia de Investigadores Privados, de Miami, USA, se dignaba enviarle el honroso título: “Otorgamos el presente diploma a Abelardo Ramírez, que ha terminado sus estudios con méritos cum laude, autorizándolo al ejercicio de la profesión de detective, sujeto a las limitaciones jurídicas de aplicabilidad nacional e internacional” (firma ilegible y sello húmedo en forma de triángulo con el slogan No hay delitos sin culpables sino malos pesquisas). ¡Negocio de gusanos en emigración, sin duda!

Fueron meses de atenta espera, luego de un asiduo intercambio de cheques y manuales por correspondencia, pero valió la pena porque así podía abandonar la oficina contable, los números en simulacro de avispas, los regaños del jefe, sus agruras de hígado marchito; valió la pena, aunque hubiera gastado ahorros y desvelos averiguando en tesis de multígrafo quién era el asesino.

Orgullosa y solemne, fijó copia del diploma en la puerta del apartamento (un revoltijo ejemplar), se vistió con el terno todo negro como el que usaba Humphrey Bogart en *El halcón maltés*, organizó los libros de sus autores policiales favoritos en las estanterías de la biblioteca (Agatha Christie, Simenon, Conan Doyle), desempolvó una prehistórica arma italiana que heredara del caos ancestral, montó los pies encima del escritorio y aguardó –siempre tras las volutas de una pipa febril– a que alguien acudiese a requerirle sus servicios detectivescos.

Abelardo Ramírez experimentó algo análogo a la repugnancia del fastidio: se dormitaba, se paraba, se rascaba el cráneo por causa de un escozor invisible, volvía a sentarse, comía

galletas tiesas, cataba sorbos de agua y meditaba: “¡Tanto que te costó, Abelardo, el bendito diploma y ahora nadie se atreve a pedirte la solución de un caso! ¡No hay derecho!”. De repente, la puerta se abrió y el detective, concentrado en los tedios de la espera, no pudo ver el rostro de la sombra que le acuchillaba el abdomen. Dos, tres, quince veces, una eternidad de punzantes veces.

La sangre, en borbotón de diluvios, lo inmovilizó de cuerpo completo. Quiso levantarse y las piernas estaban inertes; pretendió mover los brazos para accionar la pistola extemporánea y nada más consiguió un ahogo, un lamento. Viró los ojos hacia los lados, pero la fatiga lo obligó a cerrarlos; ninguna pista perceptible: solo él, teñido de postrimerías, en mitad del desorden secreto de su gabinete investigativo. Por fortuna aún conservaba la lucidez que deben mantener los grandes pesquisas en situaciones de alto riesgo (pág. 8 y ss. del Manual II).

Sobre el suelo, ocupó los maltrechos sentidos en la búsqueda del victimario. Su madre le aborrecía con el tesón de las campesinas de Cerdeña (¿odio genético, repulsa inmemorial, castigo primigenio?) y no le perdonó que hubiera adoptado conductas de pobreza independiente; pero de allí al asesinato existía un abismo irrazonable. Además, aunque su madre habitaba en el último piso del mismo edificio y esta cercana vecindad la transformara en potencial reo de cargos, la vieja padecía de cuadraplejía, o sea, que no alcanzaba a esbozar ni los gestos de la abominación. Y Marcela, la anciana cuya bondad le dispensaba a su prima higiénicos baños y nobles sacrificios, nunca obedecería una orden tan espeluznante: “¡Baja y me lo matas!”, porque era Testigo de Jehová y le daba pavor la violencia. Subsistía la muy remota posibilidad de que la vieja hubiese convencido a Marcela para que la cargase hasta el apartamento del hijo y así ella apuñalarlo: ¡Inverosímil!, pues entre las dos no juntaban las fuerzas imprescindibles y, por otra parte, fue una sombra única la que vislumbró Abelardo.

El detective Ramírez, al percibir que un enjambre de hormigas letales, o de gérmenes advenedizos, quería apoderarse de su discernimiento, acentuó el ritmo de las conjeturas: desechó el móvil del robo porque los triviales objetos que poseía no ameritaban el lance de una incursión de despojo, y todo se hallaba en el lugar de costumbre. Entonces, pensó en el dueño del inmueble, un turco macabro, quizás socio mundial de tráficos ilícitos, que lo había amenazado en diversas ocasiones: “Pague los atrasos de la renta o aténgase a las consecuencias”. Sin embargo, no resultaba admisible la proporción de “las consecuencias” (puñales y más puñales en el estómago), pues el turco mafioso nunca se arriesgaría a perder su reino de ilegalidades por la mora de un inquilino miserable. No y no, para eso existían los tribunales de desahucio que, a cambio de cómodas tarifas, ponían en la calle los muebles de los deudores; y también muchos bravucones que por algunas cervezas garantizaban cualquier cobro mediante una zurra de patadas (sin cementerio).

Abelardo torció quejas incisivas, hoscas, inagotables, pero acopió bríos para seguir reflexionando. Tula, la sobrina de la conserje, con sus dieciocho años de busto y grupas, sintetizaba los prodigios del frenesí a la carta: se habían acostado en azoteas, cines, plazas, y también sobre sábanas, escaleras, alfombras y colchonetas. Tula lo buscaba y Abelardo se dejaba encontrar, y cuando él distanció las citas por miedo de que la conserje los descubriese, la aventajada niña huyó con su maestro de taichí (un experto en artes y artimañas ocultas) y no volvieron a verse. Ningún motivo tendría, pues, Tula “la insaciable” para rebanarle las tripas. En el juego de las absurdas hipótesis, más razones le cabrían a Abelardo para asesinarla, porque lo sustituyó por aquel gimnasta ocioso. “No, no fue Tula”.

El maricón del sexto piso tampoco encuadraba en la lista de presuntos agresores. Si bien a veces Ramírez percibió que lo miraba con antojos de una cercanía amorosa y en alguna oportunidad pasó de los simples tintineos de pestañas a un rascabucho en el ascensor, el joven se había unido en matrimonio inglés

con un sastre canadiense y ambos se mostraban muy felices. ¡Descartados el maricón y su esposo (a)!

Enderezó las sospechas hacia el jefe de la oficina donde trabajaba. ¿Habría descubierto las pequeñas sustracciones que el precio del curso de investigadores lo obligó a cometer? Improbable, porque él maquillaba los balances diariamente, y en el bulto de los números resultaba difícil una precisión tan exigua. Pero aceptando la malicia del jefe, este jamás apuñalaría a un subalterno; no por falta de ganas, sino por pánico de que los otros contables hicieran lo mismo con su puerca barriga. A todo evento, hubiese llamado a la policía: “¡Vengan y apresen al estafador Ramírez!”.

El novel criminalista juntó ánimos endebles. Ya el hormigueo le revocaba los cauces de la sagacidad y una nebulosa gris se le instalaba en las sienas. Aunque carecía de pruebas, pensó en un complot siniestro para eliminarlo: plan general de su madre y de Marcela, de la conserje y su sobrina Tula, del maricón y su cónyuge, del turco terrible y del jefe de la oficina: “No nos conviene la presencia de Abelardo y menos ahora que tiene el diploma de detective. Escojamos, entre nosotros, una sola sombra con cuchillo”.

Abelardo Ramírez cerró entonces los párpados y el entendimiento. Se iba sin resolver el caso de su vida.

POLICÍAS MATARON A PSICÓLOGA EN INTENTO DE SECUESTRO

(*Sumario Tres*)

Ella, como todos los días de sus empecinados hábitos, abrió los ojos cuando el sol comenzaba a alumbrar los altos edificios de la ciudad. Volteó en un instinto cotidiano para despertar al esposo, pero este ya se ocupaba del niño de cinco años: ninguna escuela circumspecta permite la infracción del horario ni retardos por debilidades de la familia. Desayunaron. Salieron. La mañana, un círculo de voces y obligaciones, comenzó a incluirlos entre la muchedumbre. Arriba, el cielo destilaba nubes de agua; al fondo, la montaña emergía con aristas de ímpetu verde.

Ella dejó un beso en la mejilla del niño (¡el padre lo conduciría a la escuela!), y subió al auto recién comprado mediante giros de pequeña burguesía. De su zona hasta el trabajo la esperaban largas filas de choferes agrios y un ritmo de tiempo intemporal. Metrópolis que se engulle a los ciudadanos, *smog* de escapes activos, la irritación como pancarta de cada habitante.

Ella, sin embargo, no solía desesperarse. Por el contrario, sintonizaba música blanda en la radio y meditaba acerca de sus aciertos e inconformidades. Adicionalmente, revivía con acuciosa fruición sus tramos de experiencia: los estudios universitarios, el título de psicóloga, la maestría contemporánea sobre la violencia de género, el cargo en la oficina pública para escoger a los gendarmes del tránsito, los test de su labor diaria (las manchas del *Psychodiagnostik*, de Hermann Rorschach, el examen de personalidad, las pruebas emocionales, las fobias, el baremo conductual). Y a veces, según su empeño de interlocutores, hablaba con el viejo Freud o miraba en el parabrisas las respuestas escritas de sus antiguos maestros. Esparcimientos del espíritu, desahogos mientras la cola se diluía.

Entonces el esquema de la normalidad se invirtió: los cuatro hombres aguardaban a una víctima.

Ella, al verlos en mitad de la barrera, oprimió el freno del automóvil y se quedó observándolos. Porte inconfundible de policías vestidos de civil, focalización mutua, reciprocidad de silencios efímeros.

Ellos, o sea, el cuarteto de agentes en camisa, le gritaron que no se moviera:

—¡Rápido, tu cédula y tu licencia de manejar! ¿Oíste?

El tuteo y la interrogación vaticinaban imperativos niveles de fuerza. Ella, por un miedo que le endureció la astucia (o por el sobresalto frente a la duda de si eran policías-hampones), evadió la barrera, afincó el pie en el acelerador y partió con la velocidad del susto.

Ellos, sorprendidos en su mala fe, lanzaron imprecaciones contra la mujer; se montaron en el vehículo de patrullaje e iniciaron la persecución.

Ella, a vertiginosos kilómetros por hora, tomó la vía de menor congestión. Las casas de la parroquia mostraban, después del aguacero, una lumbre de cal y ceniza; los postes eléctricos pasaban frente a su vista como si fuesen la seguidilla de un film intolerable; los neumáticos bramaban y el espejo retrovisor le devolvía la imagen del carro que la acosaba.

Ellos, atezando sus armas cual blasones de exterminio, vociferaban insultos de odio y advertencias sobre la muerte.

Ella los escuchó desde unos nervios exhaustos, pero pudo doblar a ciento veinte agitaciones en la última cuadra de la calzada. El vecindario emergió de sus faenas para ver los tropes; una banda de pájaros opacos cruzó el cielo.

Ellos adelantaron el triunfo con sonrisas de jurisdicción policíaca.

Ella se percató de que había elegido una calle ciega. Detuvo el automóvil y se bajó.

Ellos descendieron de la patrulla y la apuntaron con sus revólveres.

Ella comprendió, en una brevísima perpetuidad, que la matarían sumariamente para que no denunciara la tentativa de secuestro.

Ellos, sin decirlo, encomendaron al jefe del grupo el apremio mortal.

Ella se reconoció en las historias de violencia que estudiaba y por eso se arrodilló y suplicó: “¡No me maten, por favor, tengo un hijo de cinco años!”. Los vecinos también rogaron en vano: “¡No la maten, no la maten!”.

El primer disparo le atravesó la clavícula. El otro le abrió un orificio en el cerebro.

DETIENEN A ABOGADA POR COMPLICIDAD CON LÍDER DE PRESOS

(La Cuartilla Judicial)

Él era el “pran” del Penal Tejo II. Lo conocí en una reunión de abogados para su defensa, el pran más duro de estas épocas durísimas (“Preso-Rematado-Asesino-Nato”, según dicen); nunca te veía a los ojos directamente, sino como resbalando la mirada; y usaba siempre una gorra de los Yankees de New York, franelas sin mangas y pantalones que le quedaban grandes; ¿para qué otra ropa dentro de ese infierno? Estaba preso por homicidio calificado y tráfico de drogas, aunque no se parecía a los delincuentes del montón: nunca levantaba la voz, evitaba la forma de hablar de los malandros y tendía a reírse hacia adentro; comentaban que había estudiado hasta cuarto año de bachillerato y que abandonó los estudios para dedicarse al robo de vehículos (a cargo de bandas colombo-venezolanas). El delito era el inevitable destino de Maiber Mariño López, y lo menciono por el nombre real y completo porque jamás me gustó su alias de “Navaja”.

La vez que nos vimos en la cita de penalistas para analizar el caso, sentí su agrio aliento de interno y su mirada metiéndose por los pliegues de mi falda. Y me desconcerté. Aún no lograba acostumbrarme a la conducta de los presos ni al vaho profundo de las penitenciarias.

—Ya no podemos hacer nada —expresé en plural, y los colegas de bufete asintieron con ganas de marcharse de prisa.

Maiber me llamó aparte para pedirme que fuese su asesora jurídica permanente y que fijara los honorarios; como no acepté, sonrió con esa media sonrisa suya y me dijo:

—Tengo todo el tiempo del mundo, yo sé esperar.

Cuando Maiber llegó al penal, los demás reclusos creyeron que era un tipo común y dominable. Se equivocaron y luego vino

el arrepentimiento, porque Maiber se transformó en el único cabecilla de Tejo II: le compró armamento a la Guardia corrupta, desafió uno por uno a los otros pranes y los liquidó él mismo; constituyó una férrea organización o “carro” para los negocios y se rodeó de temibles guardaespaldas —los *luceros*—, dispuestos a morir y a matar por su jefe.

En mi casa le di muchas vueltas al ofrecimiento de Maiber. Yo no tenía trabajo fijo, los clientes escaseaban y las deudas del bufete ascendían mes a mes. Evalué los pro y los contra, el peligro, los prejuicios, la crítica de los colegas, la opinión de mis padres y, finalmente, decidí correr el riesgo; total: vivía sola, estaba soltera, no tenía hijos y me debía al ejercicio de la profesión de abogado.

—Acepto, Maiber —le respondí un día de visita, y él contestó sin verme de frente:

—Estaba seguro, gracias.

Lo que antes se hallaba disperso, Maiber lo concentró; desde la venta de drogas y armas hasta el expendio de comida, televisores, celulares, equipos de sonido y alcohol, pasando por las “vacunas” que pagan los presos para lograr mínimas condiciones de reclusión o evitar su asesinato. Además, como pran exclusivo, determinaba quién iba a los tribunales para actos o diligencias, señalaba los días de pernocta de esposas, concubinas, “amigas” y familiares; hablaba por teléfono con directores y viceministros del Despacho de Justicia sobre los problemas de Tejo II, y hasta resolvía la oportunidad de fiestas con *strippers*, prostitutas y minitecas. Claro que todo esto lo supe gradualmente, porque de lo contrario no hubiese aceptado ser asesora legal (y otras cosas) del líder más temible de las cárceles del país.

Mi desgracia siguió, quizás por influencias ocultas, la tarde que me solicitó acompañarlo durante la pernocta. Quería que fuese testigo de la intención de los custodios: “Pretenden liquidarme”, dijo, volteando hacia la pared. Y yo accedí, a pesar del susto y los recelos. Ingenua yo.

No sé cómo expresarlo o asumirlo, pero ese submundo lleno de hedores y peligros, tan distinto al mío, de clase media, y a la educación que había recibido en el colegio de monjas Santísimo Sacramento, me atraía de manera patológica, como si algo oscuro dentro de mí tratase de aniquilarme y volverme otra persona. Por eso me quedé en la habitación de Maiber, un espacio con comodidades especiales (recibo, nevera, TV de plasma, cama matrimonial, *laptop* e Internet, teléfonos celulares y hasta una mascota de raza Poodle), atenta a cualquier acción en su contra para luego atestiguarlo. ¡Nada ocurrió! La mentira de Maiber se transformó en pasión y enseguida me llevó a la cama y me penetró por todas partes; yo daba gritos que nadie oía o a nadie interesaban, gritos de rabia o de placer. Era la segunda vez en mi vida que un hombre me hacía el amor.

Desde aquel momento me convertí en la mujer de Maiber Mariño López, pran de pranes y jefe supremo de las *lacras* (según ellos mismos se nombran). En la semana, me quedaba tres o cuatro días durmiendo con Maiber, y constaté a punta de lágrimas lo que ya sabía acerca de la rutina de la cárcel: ocio, hacinamiento, venganzas, sobornos, drogas, alcohol, planificación de delitos, negocios millonarios, armas hasta de guerra, olor a letrina y a comida rancia. Y presos-bestias, sin futuro ni posibilidad de dar marcha atrás. Lloré encima de mis libros de Derecho: el concepto de justicia se fraccionaba en pedazos que no lograba recomponer, pero aun así reuní fuerzas y después de un tiempo acudí de nuevo a los tribunales en beneficio de los presos. Como era de suponerse, recibí más golpes sobre el espíritu, pues ratifiqué que allí también todo poseía tarifa y todo podía comprarse.

Maiber tuvo la inteligencia (o la inútil precaución) de no mezclarle directamente en sus “negocios”, pero aún así yo me enteraba de cualquier manejo porque siempre permanecía junto a él. Sus lugartenientes me respetaban por ser la abogada-mujer del pran (“la doctora”, me decían), y hablaban delante de mí sin limitaciones. Todavía me cuesta creer que pude meterme,

por una equivocada vía sentimental, en ese antro de muerte y delitos, donde se planificaban secuestros a distancia, extorsiones, asaltos y sicariatos. Convencida de que yo tampoco tenía camino de retorno, me vinculé a la comunidad evangélica del penal para expiar mis culpas a través de la palabra de Cristo, aunque siguiese acostándome con el pran exclusivo y fuera desgraciadamente su pareja de turno, una especie de concubina temporal egresada de la Facultad de Derecho.

Las actividades de Maiber producían centenas de millones al año (mucho más que las ganancias de cualquier gran empresa) y ello incitó rivalidades entre los grupos de internos para hacerse del control carcelario. Los acontecimientos no cesaban: mataron a algunos guardaespaldas de Maiber, dos jefes paralelos se establecieron en los pabellones anexos, los custodios civiles redoblaban cada mensualidad las exigencias de soborno, la requisa familiar se acentuó y la Guardia cortó la venta de armas en busca de mejores dividendos.

El poder del pran único se resquebrajaba y coincidió con más sucesos: estalló un motín por el retardo en los juicios de los procesados, se descubrió un túnel de evasión, el gobierno suspendió la pernocta y el suministro de alimentos, los presos se atrincheraron detrás de las tapias, los militares rodearon el recinto, empezó el fuego cruzado. Yo me escondí en la enfermería y recé durante diez noches bajo el amparo de Nuestro Señor Jesucristo.

El tiroteo conmovió a la ciudad y varios vecinos fueron alcanzados por las balas que disparaban desde la prisión. El comando de policía determinó la clausura del local, pero Maiber y su “carro” se opusieron, con fusiles y granadas, a que los trasladasen a otros reclusorios, pues ello significaba perder el botín de drogas, armas y dinero.

Cuando todos pensábamos que habría un terrible y definitivo enfrentamiento entre las autoridades y los reos, Maiber desapareció: cinco *luceros* lo ayudaron a transportar el arsenal y las ganancias. Algunos creen que huyó a través de un pasadizo,

otros sostienen que negoció su escape con los representantes del gobierno.

Los escuadrones de élite tomaron al fin la cárcel y sometieron a los alzados. La policía me arrestó y ahora estoy en un presidio femenino, esperando cargos por cómplice principal de un máximo pran.

Maiber Mariño López, alias “Navaja”, no sabe ni sabrá que me dejó embarazada.

APRESADOS INFRAGANTI EN ATRACO A BANCO

(*El Informador Impreso*)

La fotografía, o foto-biografía reciente, contiene a los tres hombres que miran sin destino. Gris de desparpajo, soledad compartida, un miedo invisible entre los huesos. Esteban, de bluyines, es el jefe porque conoce de asaltos, aunque a veces le fallen los cálculos: ¡Nada resulta perfecto en esta vida de trastoques! Dany conserva su franela a rayas de los momentos de suerte, y una sonrisa falsa y rígida le embadurna la boca. El Tuercas solo sabe que lo mientan así, pues ha olvidado a fuerza de mañas sus antiguos nombres (¿Yerson, Leixi, Jónatan?).

Esteban preparó el golpe, el atraco al banco, buscó los planos, observó el movimiento de los empleados, el horario, los turnos, la vigilancia, minuto a minuto, para evitar desconciertos o sorpresas fatales. ¡En la medida de lo posible, compañeros!

El de franela es Danilo y está al lado de Esteban, parece mayor aunque únicamente tenga veintidós años (“¡Carajo! son veinte nada más y me arrecha que me digan Danilo porque soy Dany. El jefe me contactó. Los dos trabajábamos en la empresa de pinturas y un día, mientras nos jalábamos un cigarro, él me dio labia sobre el plan y yo le contesté que de bola que me empataba, y nos vimos por la tarde en la plaza Miranda y nos tripeamos unas birras y me contó todo”).

El tercero en la fotografía es El Tuercas y anda siempre arrebatado, “una vaina que no se me quita ni con el viaje de pastillas que me recetaron en el Módulo de Atención; la cabeza me da vueltas, siento burda de moscas caminándome dentro del cuerpo, pero con la *pedra* cojo mi honda. Esteban y Dany me entromparon: “¡Chamo, con la vuelta que vamos a tirar nos pondremos en una boloña de real; chamo, no nos falles!”, y yo por eso solo me fumé un poco de monte de la hermana república, un

poquito nada más, pero el jefe me cachó y peló por su hierro, y tuve ahí mismo que pedirle perdón, nojoda”.

La foto consigna un tiempo inerte, inmutable, con matiz del producto químico que la plasma en el papel; y si retrocedemos la historia, vemos a Esteban, a Dany y El Tuercas montarse en el carro Malibú sin placas; El Tuercas manejando, Esteban de copiloto y Dany en el asiento trasero. ¡Repasen el plan, superatención y guillo!, ¿me copian? Positivo, jefe. El banco los mira con sus vidrios resplandecientes; Esteban y Dany se bajan del carro, sacan las armas, traspasan las puertas: “¡Esto es un asalto; todos contra la pared!”. Una vieja grita socorr... y se desmaya; el cajero reza unas palabras mudas y permanece sin habla. “¡Abre la bóveda, coñodetumadre!”, los billetes parecen ilusiones de futuro, insignias de lo inconcebible. Esteban empieza a meterlos con rapidez en la bolsa de plástico; un guardia se mueve por acción equivocada, Dany le apunta y dispara, el tipo cae con una última sangre en las pupilas, los clientes ruegan clemencia: *Déjennos vivir, tenemos familia*. Esteban reparte cachazos para que nadie ose valentías pendejas, los billetes no caben en la bolsa. Dany escucha la sirena de las patrullas: “¡Pilas, jefe, que llegaron los tombo!”. Esteban se resiste a abandonar la plata: “¡Achanta un momento, coño!”. La sirena es un ruido preciso, cercanísimo, inocultable; Dany y Esteban corren, maldiciendo, jadeando, el Malibú los aguarda con el motor encendido: “¡Dale, Tuercas, arranca!”, pero El Tuercas posee una trona que no lo deja ni moverse.

La fotografía de reseña policial, palpablemente gris, contiene a los tres hombres esposados. La vida (o la muerte) se encargará de ellos.

BALAS PERDIDAS LO ALCANZARON CUANDO IBA A DICTAR CHARLA SOBRE LA VIOLENCIA

(Zona Urgente)

Siempre la casualidad fue guía de sus actos. Si no, ¿cómo explicarnos que iniciase por error la carrera de Derecho, en vez de acogerse a los pupitres de otra Escuela? ¿Cuáles motivos enigmáticos pudieron conducirlo luego a la prueba que lo hizo beneficiario de la beca para estudiar criminología en Italia? ¿Acaso el nombre de Remigio Alterio no representaba el embrollo de uno más simple y común? Todo es posible, incluso lo imposible.

Remigio Alterio volvió de Milán con un postgrado bajo el birrete, tres cartas de recomendación de amables profesores, una maleta de libros sobre la Ciencia Criminológica; aquella pipa de humos sapientes e ilusiones enormes (y difundidas a *alta voce*) de conseguir un trabajo en el área de su especialidad. De nuevo lo azaroso fue piedra fundacional de los hechos, porque el cuñado de un tío de un primo segundo suyo le consiguió empleo en la Oficina de Análisis del Delito. Sueldo por nómina y tarjeta del seguro. Ventilador de techo y silla giratoria.

El doctor Remigio –como lo llamaban sus camaradas– no se aplicó a los temas de bulto ni a los grandes aspectos delincuenciales, sino a rasgar en la costra de las menudencias, pues según él “lo complejo se explica por la suma de las pequeñas partes”. Y escogió, para su estudio, “El homicidio circunstancial o las balas perdidas: una metáfora del caos”.

Empezó a conformar los expedientes sin ninguna prioridad, porque ese era su estilo. Partía de una noticia, iba luego al escenario del homicidio para empaparse del caso y su contorno, averiguaba las características personales de la víctima, establecía nexos con las raíces de la violencia y, por último, sacaba las

conclusiones humano-científicas que creía factibles. El tiempo no le permitió la publicación de tan valiosas, bizarras y mortificadas pesquisas; sin embargo, a través de sus cuadernos de puño y letra, sabemos lo mucho que sufrió al documentar la muerte de un niño de seis meses por causa de ráfagas perdidas. O el final infausto del médico que asesinaron con balas anónimas el día de Navidad. O el trance agónico de una actriz por tiros gratuitos en la espalda. O el caso del ciego que no avizó de dónde provenían los disparos de los “gatillos alegres”. O la defunción, entre fuegos sonoros, del par de viejos cónyuges. O los ochenta y cinco acontecimientos injustos e ilógicos, erráticos e impensables que tuvo a su cargo.

Como dato imperioso, a efectos del hilo de los sucesos, debe saberse que Remigio coleccionaba imágenes de situaciones mortales, y que eran dos sus favoritas: la célebre fotografía de Robert Capa (mostrando al miliciano de la guerra civil española que cae traspasado por la metralla, en el instante mismo de coronar una cima de triunfo); y el óleo de Cristóbal Rojas, que pinta al héroe independentista Atanasio Girardot cuando se desvanece –también por efecto de una munición tardía–, en el momento de clavar la bandera patriota sobre el montículo de Bárbula.

Y estas dos imágenes, tan de sus conceptos y su regodeo analítico, las desprendió Remigio de la pared hogareña, con el objeto de llevarlas a la conferencia universitaria (*4 post meridiem*, Escuela de Derecho), como ejemplo del ojo zahorí de los artistas. Pero la fatalidad le impidió dictarla y le imposibilitó, asimismo, documentar el expediente Número 86: el de Remigio Alterio, un criminólogo graduado en las aulas de Milán que se derrumbó, junto a las sombras de un héroe y un miliciano, cuando balas perdidas le traspasaron el alma.

MATÓ A SU PADRE PORQUE SE LO PIDIÓ LA AMANTE DE AMBOS

(Vespertino *El Sol*)

Este es un relato fugaz, con tres personajes, o cuatro, y un final previsible. La policía ha venido a buscarme y no tengo tiempo para explicaciones inútiles, solo las convenientes y breves que escribo para la justicia de los ociosos y las páginas rojas de la prensa.

Mi padre, un abogado de corbata y bastón, nos abandonó en nuestra propia casa por enredarse con Eloína:

—Ella es huérfana y maestra —me dijo, cuando la traje un domingo de Resurrección—, vivirá con nosotros y cooperará en las labores del hogar; debes ayudarla.

Tuve dudas acerca de su oficio porque la muchacha poseía un busto descomunal, cintura de artista (¿de avispa?) y una forma exclusiva de arrugar los labios, pero nada comenté.

De inmediato, el viejo empezó sus encuentros nocturnos con Eloína. La citaba en el patio trasero, y ahí —entre el ruido de los vecinos y el fresco de los árboles— le vaciaba su semen marchito, sus ganas rápidas y sus besos de mal aliento. Ella gritaba y se estremecía, siempre arrugando los labios.

Yo los miraba detrás de la ventana y me masturbaba al compás de ese escándalo silencioso, porque también me había enamorado de Eloína. Después, ellos regresaban muy correctos e inocentes, y los tres nos sentábamos a la mesa para sorbernos la sopa que Eloína preparaba según la receta de la familia. “¿Quedó bien el potaje hoy?, ¿le faltó orégano, le sobró cilantro?”, interrogaba mi madre desde la habitación llena de muñecas, píldoras y antigüedades. Y yo más tarde, entre las sábanas, soñaba que el viejo salía de los huecos del techo, encaramado en su auto alemán, y partía a velocidad de cien kilómetros de tierra y

piedras para buscar a la “niña Eloína”. ¿Quién se tragó el cuento de “conozcan a mi sobrina, denle calores hogareños, quiéranla mucho, está íngtima y somos su único consuelo”? Y la instaló en una pieza cercana a la suya para que Eloínita oyera sus silbidos y pudiese cumplir: sí, cumplir la tarea, desnuda y dispuestísima, bajo las matas de acacias.

Al principio aparentaban: “Tío, mande usted”, “Mija, rece el credo antes de acostarse, ¡Diosmelabendiga!”, pero al poco tiempo nada les importó; lo hacían en la cocina o dentro del maldito carro alemán, en el patio o en el baño, sobre almohadas o sobre el suelo de baldosas. Al viejo le molestaba mi presencia, como si fuese una peste crónica, una enfermedad inmunda, y yo advertía sus ganas de convertirme en cadáver, adivinaba sus íntimos mandamientos de desaparición, su odio tras la lengua, su sentencia de borrar me de todos los territorios, pero no me largué porque mi madre necesitaba que alguien le diese los remedios con palmadas en la espalda y, además, porque de solo imaginarlos juntos, lamiéndose, “Eloína, así”; acariciándose, “Eloínita, dámela”; bebiéndose, “No, no termines todavía”, me surgían fiebres de envidia a lo largo del cuerpo.

Mi padre me espiaba y yo también lo espiaba. Ambos, calladamente, deseábamos que el otro no existiese: una misma sangre en oprobio de sangre.

Dejé de acudir a clases, pues mi única pasión era tropezarme con Eloína en los rincones, verla sin intrusos, respirarla, absorberla; y la muy depravada sonreía como en competencia de nervios.

El destino (lo que deseamos que ocurra) llegó una noche asido a los pechos de Eloína:

—Abrazame, mi cielo —me dijo y se acostó en la cama.

Supe, desde ese encuentro (repetido muchas veces), que Eloínita se movía como una culebra ansiosa o como una sirena voladora. Por desgracia, hoy el viejo abrió la puerta y nos sorprendió; temblaba, insultaba, la furia le daba vueltas en los ojos y pretendió pegarme con su bastón. Los tres nos confundimos en

una maraña de caídas y empujones; mi madre gritaba desde su cuarto:

—¿Pelean por la sopa? ¿Es que le sobró cilantro? ¿Le faltó comino?

Y fue Eloína quien me dio la orden de matarlo:

—¡Liquídalo, desaparécelo!

Algo escuché también acerca de irnos con todo el dinero para otro país.

Con su mismo bastón, golpeé al viejo hasta que la muerte le impidió los quejidos. No sentí remordimiento alguno, sino una especie de culpa en paz. Los vecinos llegaron y la muy pérfida, arrugando los labios, indicó sin palabras que yo era el asesino.

La policía me aguarda. En la cárcel tendré suficiente tiempo para masturbarme por Eloína.

ANIQUILÓ A TRES HOMBRES EN PRUEBA DE INICIACIÓN

(*Trinchera Ciudadana*)

Eran las ocho de la mañana en todos los relojes del barrio menos en el de Josealfredo, que se astilló junto con su dueño. Josealfredo iba caminando cuando el plomo le entró y le salió por el pecho, así de expedito, como si la muerte fuese una mínima aritmética del tiempo. Con más restas que sumas.

Josealfredo tenía su historia: una historia común, un cuento corriente a los veintitrés años y una sola novia; nada de interés, pero estrictamente humano. “De materia frágil somos”, diría el novelista desde la tumba. O de mierda, según el Apocalipsis popular. Da lo mismo.

Sus señas particulares no poseen importancia, aunque un retrato suyo —de la época adolescente— revela que dominaba el pelo malo a fuerza de gomina gel. En la foto aparece bailando (la pareja sonríe, atrás una torta con velas onomásticas, el público aplaude, el rancho sirve de decorado... y póngale usted los aditamentos). Josealfredito quería ser bailarín de la televisión, maromas para allá, contorsiones para acá, cuerpo de gimnasio, o sea, puras acrobacias mentales porque jamás se atrevió a los atrevimientos. Sufría de sonrojos.

¿Y si se hubiera atrevido? ¡Maravilloso, colosal, extraordinario!, pero no lo hizo, le faltó el tiempo que alteró la bala. Metálica incrustación en el tórax y en la existencia, el antes sonoro y el después mudo, la imagen para el periódico. Y valgan las imperativas redundancias.

Winston era mecánico y vivía en la misma calle, pero algunas escalinatas más arriba. Él no sufría de timidez: muchos empates así lo comprobaban (gordas, flacas, anchilargas). Y tres hijos de madres diferentes, ¿diferentes? Sí, porque Winston poseía fama de actor de telenovela cursi, un *kitsch* de

la pasión parroquial que enviaba flores de plástico el Día de los Enamorados y cantaba los boleros de Julio Jaramillo: “Brilla tu frente cual lumbre, la mía es pálida y mustia, tú eres la paz, yo, la angustia...”. Winston deseaba, como todos, instalar su negocio propio y comprarse el eslogan de un apartamento “en cómodas cuotas”, y también hacer un viaje a la tierra de Jaramillo, el Ruiseñor de América (*addendum*: tenía la colección completa de sus discos de 33 revoluciones y cerca de cien fotos del ídolo). Pero bajó del cerro para buscar un repuesto y entonces el tiro –preciso, indolente, anónimo aún– le dio en el pómulo derecho. Quizás se despidió de Julio y de Guayaquil, o quizás no pudo, nadie sabe.

Emigdio trabajaba como maestro en la escuela municipal que quedaba cerca. Salía de la habitación alquilada y a solo veinte pasos se encontraban las aulas y los alumnos. Las aulas: unos cuartuchos viejos con pupitres modernos; los alumnos: unos rebeldes con causa social (Marx lo asentó varias veces). A Emigdio Pérez, a este Emigdio Pérez sin otro apellido, le encantaba la poesía y por las noches se enfrascaba en el deleite de imágenes y metáforas. ¿De quiénes? De Neruda, Machado y Borges, aunque al entorno le pareciese extraño, bizarro, insólito; es decir, una extravagancia verdadera. Hay más: Emigdio había enviado sus poemas a algunos concursos y hasta le publicaron tres sonetos con felicitaciones honoríficas.

Aquella mañana, mientras se dirigía a la escuela, sintió un eco y volteó como por reflejo condicionado del estupor. El próximo disparo se aferró a su vientre, ya nada podía hacer.

Josealfredo, Winston y Emigdio están tirados en el suelo en espera de la furgoneta de la morgue. Ellos nunca supieron (ni sabrán) que el asesino múltiple fue el Goyo, un muchacho de diecinueve años en prueba de iniciación para formar parte de la banda del barrio.

COMISARIO INVESTIGA CASO DE ESCRITOR FALLECIDO

(Enlaces y Comunicación)

Cuando sonó el teléfono de su oficina el comisario Dolande leía una novela de detectives. El jefe, del otro lado de la línea, como si lo estuviese mirando le dijo: “Dolande, deja ya esa vaina y ven rápido a mi despacho porque debes encargarte de un asunto urgente”. Dolande hizo un personal gesto de fastidio, marcó la página que estaba leyendo, cerró delicadamente el libro (La llave de cristal, de Hammet, cuya edición barata revisaba por cuarta vez) y se dirigió al cubículo del jefe, un espacio de pocos metros que por halago burocrático todos llamaban “despacho”. Entró, pero el capitán Azuaje casi no se veía debido al humo que brotaba de su eterno tabaco:

—Pasa, Dolande, no te quedes ahí como una momia siria —y Dolande entró y se sentó, con ganas de aclararle que las célebres momias no eran sirias sino egipcias, mas el jefe empezó a hablar atropelladamente:

—¡Dolande!, acaba de suicidarse en su biblioteca el doctor Ricardo León-Vigas, gran intelectual de la Patria y además cuñado del Ministro de Relaciones Interiores, ¿tú me entiendes, Dolande?

Aunque no había nada qué entender, Dolande efectuó un ademán afirmativo, y el jefe prosiguió:

—Te me vas de inmediato para la residencia del doctor León-Vigas, procedes a levantar el cadáver junto con los forenses, interrogas a todo el mundo, espantas a los periodistas y a las cámaras de televisión. Es un caso delicado por las implicaciones, actúa con mucha suavidad e inteligencia, Dolande, como tú sabes, Dolande; porque a ti te gusta leer novelitas y te agradan los escritores vivos o muertos, ¿me entendiste, Dolande?

El comisario, harto de oír la repetición de su apellido y sin comprender muy bien lo de los “escritores vivos o muertos”, partió hacia el lugar de los hechos.

Dolande estacionó el viejo Ford cerca de la residencia de León-Vigas, una aristocrática casona de estilo colonial actualizado, y tuvo que apartar, con su carnet de identificación en la mano, a decenas de reporteros y curiosos que se agolpaban frente al sitio. El cordón de policías allí dispuesto lo reconoció y enseñada le franqueó el paso: “¡Adelante, comisario Dolande!”, pues la fama siempre antecedió a su presencia. El comisario emitió una especie de saludo gutural, se alisó instintivamente el pelo y entró a la casa de la víctima.

—Lo esperábamos —masculló un joven subinspector, como si el tono de voz formase parte de la liturgia fúnebre, y le resumió lo ocurrido:

—El doctor León-Vigas se suicidó en su biblioteca, luego de desayunar. El tiro fue con una pistola nueve milímetros. En la casa viven, perdón, vivían el doctor León-Vigas, que nunca se casó y tampoco tuvo hijos; Eutimio, su secretario; y Roselia, la ama de llaves. ¿Lo acompaño para que vea el cadáver?

—No, tranquilo —dijo Dolande—. Yo me encargo. Prefiero tomarme mi tiempo, gracias.

A Dolande, de acuerdo a un especial modo de adentrarse en los sucesos *criminales*, le gustaba contextualizarlo todo antes del inicio de la investigación, y por ello decidió recorrer primero la vivienda. Su única planta contenía una gran sala-comedor, las habitaciones, una terraza para el té o el café, un patio de árboles frutales y la imponente biblioteca que Dolande dejó para el final. “¡Los burgueses se dan sus gustos!”, comentó para sí mismo, mientras se disponía a penetrar en el santuario bibliográfico. León-Vigas, como cualquier persona después de matarse de esa manera, estaba derrumbado en posición decúbito supino, pero Dolande —que había visto muchos cuerpos así— prefirió detenerse en la descomunal biblioteca.

Se quedó admirando, por largo rato, los incalculables volúmenes (¿quince mil, veinte mil?) que se apilaban, conforme a un orden perfecto, en los tres pisos de estanterías de cedro oscuro. Detalló el diseño arquitectónico del amplio espacio, cuya cúpula permitía la claridad natural; observó las escalerillas desplazables que utilizaba el erudito para ubicar los libros más altos; y se fijó, con atención, en el escritorio bargueño de patas labradas, donde se hallaban las últimas obras objeto de consulta (*Una modesta proposición*, de Jonathan Swift; *Palinuro de México*, de Fernando del Paso; y *El médico a palos*, de Molière). Por fin, Dolande se dedicó al examen del occiso y anotó: “Cadáver de sexo masculino, de setenta y cinco a setenta y ocho años, pícnico, corpulento. Supuesto suicidio con una Beretta modelo 92, orificio de entrada en la sien derecha, cuasi rigidez mortuoria por el tiempo del deceso. Seguir indagando”.

Aunque era casi irrefutable, al comisario no le cuadraban los elementos del suicidio; no porque faltasen manifiestas evidencias (las cuales debía, sin embargo, confirmar), sino por los motivos que tuvo León-Vigas para matarse, un intelectual ilustre, gloria del país, miembro de número de la Academia de la Lengua y galardonado con el Premio Iberoamericano de Ensayo Histórico; conferencista notable y viajero incansable, sano física y mentalmente, soltero sin descendencia, con una mullidísima situación económica y, además, hermano político del Ministro del Interior. Entonces, Dolande tomó el teléfono y discó el número de su jefe:

—¿Me escuchas, Azuaje?

—Sí, claro que te escucho, no soy sordo, Dolande; habla ya y rápido. ¿Dónde carajo estás?

—Aún en casa de León-Vigas. Creo que el tipo en verdad se suicidó, pero me gustaría aclarar algo.

—Te advertí que no te metieras en líos, Dolande. Déjalo de ese tamaño, acuérdate de sus vínculos con...

—¡Dame una semana nada más, Azuaje!

—Okey, Dolande, u-na-se-ma-na, pero me tienes al tanto y me consultas el mínimo detalle, ¿entendiste?

—Sí, Azuaje, entendí, entendí.

Dolande decidió efectuar sus investigaciones desde la enorme biblioteca porque, aparte de constituir el espacio de trabajo del difunto, le recordaba las librerías de Buenos Aires. “¡Esto es mil veces preferible que oírle las impertinencias a Azuaje!”, murmuró mientras se arrellanaba con desparpajo en la silla de León-Vigas y confería un nuevo vistazo orbital a los anaqueles. Retomó el cuaderno donde garabateaba apuntes, sacó el lápiz carcomido, se alisó por acto reflejo un mechón de cabellos y llamó al secretario Eutimio para interrogarlo.

Eutimio Benítez, un hombre atlético que parecía más bien perito en artes marciales y no amanuense de escritor, entró, saludó y se sentó sin titubeos. Vestía pantalones *jeans*, llevaba anteojos al aire y camisa ceñida (el comisario anotaba todo en su libreta). En respuesta a una obvia e imperativa seña de Dolande, Benítez empezó a hablar. Dijo que era bibliotecólogo de profesión, que tenía cincuenta años (diez de ellos en casa del extinto); que sentía mucho afecto por don Ricardo, con quien había forjado una solidaria amistad, que lo admiraba y que siempre lo admiraría. Después de disipar aflicciones, refirió los hechos: el desayuno de León-Vigas, su conducta normal de esa mañana, el hábito de escribir en la biblioteca, el disparo, los gritos de Roselia, “y ambos corrimos y lo encontramos en mitad de un lago de sangre...”.

El comisario hizo pasar, entonces, a la ama de llaves. Le sorprendió, a primera vista, que la cuarentona Roselia aún conservase una figura sugestiva y juvenil. Llevaba un delantal de vuelos blancos, tenía los ojos intensos e inquietos, en sus dedos resaltaban algunos anillos de fantasía; caminaba balanceándose sobre unas piernas fornidas y sin medias; movía los brazos a un compás indetenible y en su cabeza destacaban suaves hilachas rubias. Dolande detuvo la atención en la protuberancia de los senos de Roselia, pero luego se conturbó (“Dolande, ¿qué te ocurre?”) e inició el interrogatorio. La ama de llaves repitió con exactitud lo contado por el amanuense-bibliotecólogo y, para que no quedasen dudas, derramó lloriqueos de neotragedia griega y

alabó ilimitadamente a su patrón: “Era amable, sabio, sencillo y jamás se mostraba de mal humor”.

Dolande despidió a Roselia, sin detenerse otra vez en la temeridad de su busto, y sacó algunas conclusiones. Creía, por experiencia y olfato detectivescos, que Eutimio Benítez y Roselia Lima habían dicho la verdad; presumía la inocencia de ambos porque no existían indicios de un asesinato ni aparentes causas para cometerlo; las pruebas de balística y parafina demostraban la acción suicida de León-Vigas; toda la secuencia lógica apuntaba hacia la autodeterminación de quitarse la vida, pero por qué, por qué, si era un esclarecido personaje, con bienes materiales, lleno de éxito y salud y, además, sin agrias patologías o problemas depresivos –según lo reiteraban Eutimio y Roselia, y los libros de última consulta que se hallaban encima de su escritorio: textos irónicos, paródicos, chispeantes–. Un suicida típico –especuló Dolande– nunca leería a Jonathan Swift antes de matarse; debió existir en el caso de León-Vigas un grave impulso repentino.

El comisario se dio a la tarea de escudriñar los estantes librescos en busca de pistas o atisbos; nada localizó, solo papel impreso de conceptos e ideas. Le hubiera gustado quedarse por mucho tiempo en el sitio, pero se acordó de su jefe: “U-na-se-ma-na, Dolande, ¿entendiste?”. Y varió la exploración porque azarosamente rememoró noticias sobre autores famosos cuyas cartas o textos secretos descubrían partes veladas de su personalidad. Hurgó y revolvió, desorganizó, compuso y descompuso, hasta que en el oculto compartimiento del bargueño halló la clave: los manuscritos de León-Vigas acerca de un gran amor no correspondido.

Dolande, con agitación, leyó las íntimas revelaciones y excitaciones de don Ricardo. El escritor deseaba en cuerpo y esencia al ser que adoraba, manifestándole –confesándole– todas las etapas de su sentimiento: desde el primer “golpe de vista y emoción” hasta el suplicio del rechazo. León-Vigas, en páginas frenéticas, pormenorizaba delirios y agonías sin escatimar adjetivos ni referencias. Había en aquellos pliegos el cuadro de una pasión

indomable que superaba la voluntad de don Ricardo, y también dolorosa porque estaba solo en su enamoramiento: “Vacío e íngrimo, triste y apartado, desértico, me derramo sumiso por ti y por tu quimérico cariño, no puedo más con estas ganas de tenerte en el lecho para siempre, cielo del alma”.

El comisario se detuvo y encendió un cigarrillo que pronto se apagó. Necesitaba un paréntesis de reflexión, pero no tardó demasiado; los folios de León-Vigas no aceptaban demora. Y en los próximos párrafos lo encubierto se volvió explícito: don Ricardo León-Vigas desfallecía por el amor de su secretario Eutimio.

Dolande guardó las hojas y se quedó inmóvil y pensativo durante un rato. Su método nunca fallaba a la hora de resolver enigmas y en esta oportunidad imaginó fatalmente las circunstancias del caso: la noche anterior al suicidio, don Ricardo tiene acidez, agruras de estómago, no puede dormir y se levanta. Va a la cocina para buscar agua y tomarse una pastilla. Trata de no hacer ruido. Mira la habitación del secretario, la puerta está cerrada. Sigue y percibe una pequeña luz que sale del cuarto del ama de llaves, la puerta está entreabierta. Oye unos jadeos, se acerca silenciosamente sin que lo adviertan y observa. Eutimio traspasa a Roselia, ella gime de puro placer. Don Ricardo, entre sollozos, regresa a su cama y continúa llorando hasta que amanece. En el desayuno se muestra normal y afable, como de costumbre. Al finalizar, se instala en la biblioteca, saca la pistola de una gaveta y se dispara en la sien.

El comisario Dolande concluyó que no había otra verdad; entonces, cerró sus averiguaciones y en resguardo de la memoria de León-Vigas quemó el manuscrito y lanzó las cenizas al patio de árboles. Luego, llamó a su jefe: “Aló, Azuaje, soy Dolande, terminé la investigación. Dile al ministro que no se preocupe: el de su cuñado fue un suicidio típico y en regla, mañana nos vemos”.

ADOLESCENTE ESTUVO CINCO AÑOS EVADIENDO A SUS ASESINOS

(*La Razón Meridiana*)

Tenía trece años y una moto que le regalaron sus padres. Una moto negra y sencilla como cualquier vehículo de su tipo, con dos ostensibles ruedas, el timbre para anunciar las cabriolas de la velocidad, un pequeño espejo pegado al manubrio y el ruido del escape a todo ciclón sonoro. Y un motor hecho en las lejanías de Shangai: comercio de siembras motrices que obtenemos por cuenta de nuestro petróleo y de las agencias de intercambio dolarizado. Motocicleta nueva, pero común y del amplio diluvio circulante (ni más ni menos).

Eydelber, dueño de la moto y de una innegable cara de trece años, estaba orgulloso de su rauda propiedad porque, además de permitirle asistir al liceo atragantándose los kilómetros de distancia, le concedía la ocasión de mostrar el tímido arrojito de su adolescencia a las compañeras de estudio y a las chicas de la zona. Acné sobre ruedas, proezas como en las cuñas comerciales, categoría de hombre prejuvenil. Y casco, también oscuro, encima de un bello afro (descendiente).

El aplicado amor de Eydelber por la motocicleta no tenía parangones. Le hablaba en susurros; la bañaba con agua clara, jabón de perfumes y adjetivos afectuosos; le ponía músicas actuales para mantenerla en la onda de la modernidad; y jamás aceptaba prestársela a nadie, “¡Eso sí que no!”.

Pero un mediodía de evidencias “Los Luises” (dos hermanos que eran el fatídico peligro del sector) lo interceptaron para robarle la moto. Eydelber, con mirada oblicua, los había visto o previsto, y se dispuso a eludirlos en el puntual instante, es decir, cuando “Los Luises” lo conminaran a que les entregase la motocicleta; o sea, la Fym Halcon de origen chino. Y de tal forma sucedió: apenas el dúo de Luises entonó la primera sílaba

del requerimiento armado, Eydelber apretó el acelerador y huyó. Sin embargo, la fuga no le impidió oír (y comprender) el veredicto de muerte: “Tarde o temprano, chamo”. Por desacato, por infracción del imperativo i-legal, por regla de venganza.

Desde el incidente, Eydelber cambió de hábitos y de carácter, y de domicilio. Su padre lo convenció para que vendiese la moto; su madre oraba bajo un yeso beatífico, rogándole a José Gregorio Hernández indulgencias de paz; el grupo de amigas le exigió, con tierna preocupación, que se cuidara de todo mal y de todos los malandros. Eydelber ya no fue Eydelber ni por dentro ni en la superficie; entendió que la vida pende de un simple relámpago, único, fragilísimo.

“Los Luises” empezaron a acosarlo. Pasaban cerca de su nueva dirección (último bloque de la última vereda), pintaban cruces sobre su nombre en las paredes, proferían maldiciones y condenas; se ausentaban y regresaban, daban vueltas, desaparecían y llegaban otra vez; ciertos-inciertos-presentes-omnipresentes, notorios. Montado en el autobús hacia el liceo, Eydelber los detectaba a través de la ventana; dentro del aula, afinaba la vigilancia porque temía que irrumpiesen en una zozobra de cuchillos; después, se ocultaba detrás de la gente que retornaba al hogar; y por la noche, veía los cuerpos de “Los Luises” en el techo de la habitación y en la ranura de la puerta. Y oía “tarde o temprano, chamo, tarde o temprano”. Cursó el segundo año de bachillerato con el mismo pánico a flor de temblores; sombras al derecho y al revés; “Los Luises” en el centro de las angustias, embozos, disimulos y miedos frontales. Y pasó a tercero: igual turbación (pesadillas, escapes sin salida, más pesadillas; Luis –el mayor– lo despojaba de su uniforme de estudiante, mientras Luis –el menor– vigilaba de cerca, ningún policía en mil espejismos repetidos, soledad de muchacho-viejo). Y arribó al cuarto año de Ciencias y a la modestia de una vivienda lejana que adquirieron sus padres para escapar de las amenazas, pero no hubo modificaciones: Luis –el alto– deambulaba por esas calles con fija intención, mientras

Luis –el pequeño– se ocupaba de custodiarlo. Llegó al quinto de Ciencias y logró, finalmente, una pizca de calma para graduarse (toga solemne, discursos estándar, el baile de riguroso desorden, la palabra “porvenir” en boca de los bachilleres).

Sin tardanza, se inscribió en la Escuela de Informática; le deslumbraban el universo digital y los secretos del sistema binario. Quizás escogería la especialidad de Inteligencias Virtuales, mas no existía otro rumbo: los signos proféticos ya habían trazado el suyo, como en las películas de Bergman o en los sueños circulares de los personajes de Borges.

Un jueves que parecía benévolo, Eydelber cumplió dieciocho años y la madre preparó la torta usual e invitó a la familia. Alrededor de la mesa, conversaban y celebraban; el padre presidía el sereno regocijo del acontecimiento. Eydelber asomó algunas lágrimas alegres, se adhirió a la canción de costumbre y cuando se disponía al soplo de las velas, “Los Luises” entraron a fuerza de insolencias y detonaciones.

EL VENENO DE LOS CELOS SE LLEVÓ A DOS FAMILIAS

(*Reporte Policial*, segunda etapa)

Las dos familias vivían puerta con puerta, es decir, en apartamentos frontales y cercanos, solo separados por un pasillo mustio que rebasaban los Campos y los Landáez para visitarse cuando la rutina les pedía otras perspectivas y otros matices, o sea, casi todas las noches. Sitio in extenso: el Fuerte Libertador, coraza de árboles infértiles dentro del corazón de la ciudad. Sitio en zoom: torre “A” de los bloques que el urbanismo castrense destina a los sargentos superiores. Sitio focal: los números 36 y 37, tercer piso, sin ascensor.

El sargento Egidio Campos (o Campos, Egidio, según la lista de la circunscripción militar) era un tipo de plena medianía en todos los sentidos: ni alto ni bajo, ni endeble ni musculoso, ni tímido ni audaz, que desempeñaba los roles vitales y profesionales con estricto apego a las normas prescritas, y usaba uniformes bien aplanchados y se peinaba hacia atrás como los viejos actores de las películas mexicanas. Lucy, su esposa de treinta y siete años, exhibía una gordura redonda y categórica; los mofletes se le descolgaban de las facciones como en separación independentista; le costaba la ágil movilidad de las piernas y sus pechos excedían las medidas de uso normal en los tarantines de brassieres, por ello la dispepsia agria, el pulso tardío y una depresión cabizbaja y melancólica. Y quizás por eso también, aunque no exista lógica entre los elementos, sus consagraciones heterodoxas a Yemayá y al arcángel Gabriel, a Oshún y a la virgen de Chiquinquirá; a los pasajes de la Biblia, las imágenes cabalísticas y la suerte impía de los horóscopos (“¡Oh, Señor, que los babalaos me amparen, protejan y favorezcan!”). Lucy, para completar el detalle de su cuadro doméstico, tenía dos niños

de primaria (Egidito y Betsy Carolina) y trabajaba durante el segundo turno en el comedor del recinto marcial.

El matrimonio de la vecindad número 37 lo formaban Adán Landáez, un sargento primero que se especializaba en comunicaciones de onda corta y extensas peroratas sobre temas triviales; y su mujer, Thaís (joven mulata, cernida por las brisas caribeñas, sin hijos y sin esperanzas genéticas de procrearlos).

Los Campos y los Landáez hicieron de las reuniones nocturnas una costumbre sin alarma de relojes. Jugaban a las cartas, hablaban acerca de sucesos diarios, veían juntos programas de televisión o películas de DVD; tostaban alegres cotufas, se intercambiaban –aun en proximidad directa– mensajes de celular, referían chistes blancos y en asiduas ocasiones criticaban a los jefes, mientras los pequeños Egidito y Betsy Carolina realizaban las tareas escolares y preguntaban cuál era el sujeto de una oración o el hueso más corto del cuerpo. Podría estimarse que los Campos y los Landáez, por nexos de mucho arraigo, constituían una sola familia: los niños llamaban tíos a Adán y a Thaís, y les pedían la bendición (“¡Dios los bendiga, mijitos!”).

Pero como en esta tortuosa vida lo perfecto no existe, a Lucy se le metió dentro de las circunvoluciones del cerebro que su marido incubaba un enamoramiento por Thaís, y que la desvestía a cada rato con ojos de pasión fatal. Entonces los supuestos indicios comenzaron a aparecer en torbellino: “Egidio sale temprano del cuartel para toparse con Thaís, ambos se rozan las piernas debajo de la mesa durante el juego de cartas, hablan en clave de los mismos temas, y la respiración se les vuelve un tambor cuando sus miradas coinciden”. Por añadidura, el anecdótico espejo mostraba los mofletes de Lucy y respondía en silencio que Thaís era la más linda.

Un apocalipsis de celos se apoderó, a hiel completa, de la mujer del sargento Campos. Soñaba escenas de bochorno donde Egidio y Thaís se abrazaban delante de la tropa, y luego corrían desnudos para relamerse encima de los tanques de guerra y declarar a la prensa sus francos amores. Imaginaba, en cien

pesadillas, que los infieles huían en amantazgo público hacia un país de liberación sexual y tabernas lujuriosas, cargando a cuestras con Egidito y Betsy, cuyas memorias olvidaban el nombre de su madre por obra de la perversa substituta.

Aunque arrebatos de angustia la atormentasen, Lucy no evidenció los marasmos de la celosía y prosiguió como si el tiempo fuera una sucesión de hábitos (las reuniones, los naipes, la TV en parejas); y volteaba el rostro para no ver las “complicidades” de Egidio y Thaís, y aguantaba la rabia y disimulaba la inquina, en aplazamiento de hechos definitivos. “¡Gloria a Dios, protégeme arcángel Gabriel, libérame Oshún!”.

Las cien pesadillas de Lucy se aceleraron con empuje de avisos nefastos, el hogar duplicó su maldita convicción de espejos (“¡La otra es la más bella!”), y la realidad enturbió de odios el futuro. A veces, se despertaba para ratificar la ausencia del marido, pues las sábanas estaban limpias e intactas; a veces, Campos se hallaba ahí pero soñaba muy lejos del lecho. Y mientras, la gordura de Lucy continuó, a fuerza de triglicéridos, mantecas y harinas de maíz; sus impulsos creían en las sinceridades que encerraban las barajas y los horóscopos: “¡Corte el mazo y reparta!, descubra al rey de bastos boca abajo que siempre dice la verdad verdadera, revela engaños, sentencia vidas, anuncia muertes; y los astros tampoco equivocan el rumbo, son amigos, latidos secretos, luces universales”.

Barajas y horóscopos, horóscopos y barajas, fraguaron junto a Lucy un porvenir sin retorno. En tono tenue, la desdicha (o la demencia) le sopló la idea de una última cena entre vecinos: arroz con pollo, como lo guisaba en el comedor castrense, y jugo de frutas irreconocibles. El matrimonio Landáez cruzó el pasillo y se instaló, según su práctica, en la parte izquierda de la mesa; Egidio y los chicos ocuparon el lado opuesto, y Lucy se mantuvo itinerante para dispensarles calórica amabilidad a los comensales. El diálogo resultó leve e insustancial; la música acompañaba la velada de familia.

Después de la cena, un brusco mareo afectó a todos, menos a Lucy que permanecía inalterable. Thaís fue la primera en caer con agresivas convulsiones, las pupilas se le tiñeron de marrón intenso y el cuerpo empezó la paralización mortuoria. Su marido Adán quiso prestarle asistencia, abrigo, respiraciones boca a boca, pero de inmediato se derrumbó, inerte, sobre los mosaicos de la sala. Egidio, en medio de vómitos oscuros, trató, sin lograrlo, de gritar desde el balcón pidiendo auxilio, y luego de arrastrarse en círculos inútiles quedó tendido encima de su propia imagen de desperdicios. Y como de las fosas nasales de los niños Egidito y Betsy, ya inconscientes, brotaba una apariencia de hongo espumoso, Lucy los cargó hasta sus literas para ponerles algodones en la nariz; y dijo algo similar a la palabra “perdón” y los besó con maternal afecto.

Más tarde, Lucy Vegas de Campos se sentó en la cocina, escribió una carta dirigida a la policía, volcó el resto de insecticida en el jugo y el arroz con pollo, y se dispuso a ingerirlos sin lamentos.

TRAVESTIS SE DISPUTAN TERRITORIO EN BULEVAR DEL ESTE

(Jornada Criminal)

Los travestis copaban la calle con sus piernas de *nylon* y sus barbas en depile. La calle desatada: noches que eran (que son) una fila de polvos rápidos y a la inversa. Transformistas grandes o menudos, locuaces, ruidosos, estruendosos. Caminatas de arriba hacia abajo, traseros de muestra andante para perversiones secretas, vicios de libros del viejo Sigmund y caricias por la retaguardia. Bulevar donde los elementos conviven como si se apareasen en público: funerarias, hamburguesas con todo, cafés al aire y sombrillas contra el trópico, pedigüños sin pedigrí, cines de la época muda, maromeros/buhoneros, embadurnes de chicle sobre los adoquines, faroles de agonía eléctrica, y otros aderezos.

Sergio llegó a Caracas, la saboreó en vistazos esféricos de macho-hembra, dio varios saltos que parecían de mímica alegría, y se quedó. Mediante un vendaval de olvido automático, borró a su pueblo y las casas apiñadas que dislocaban el paisaje, y buscó un cuarto de azotea en la Pensión Gigi. Pronto se deshizo de los tacones a lo Celia Cruz y del moño de matiz limón, y se lanzó al bulevar: “¡Ay, mi cielo; ahí me liberé!”, decía o cantaba, mientras en vida y cuerpo se sacaba las cejas de varón. Los demás colegas le (la) ayudaron para el deambule, el conecte, las tarifas, el impuesto de protección, el auxilio de los tombos mafiosos. Y empezó a irle bien como Neyla, en el ramo de ramera masculina, de acuerdo a las inflexibles reglas de Merchi, el más antiguo de los “transfor” y quien, por derecho (o al revés), delimitaba las zonas de merodeo.

Neyla se volvió inseparable de Antonio Trinidad, un pana de igual pelaje que había dejado los andurriales de los Andes para probar fortuna e infortunios en la nocturnancia de Caracas

(según expresaba o tartamudeaba con chillidos de otro sexo y bajo el nombre de Trini). Por intereses solidarios, Neyla le consiguió una pieza en su área de azotea, a fin de tenerla cerca, relatarle cuitas femeninas, cocinar espaguetis, llenarse de birras y subir el volumen del *reggaeton* hasta que la vecindad entonara protestas; y Trini, apacible por vocación transgénica, siempre obedecía los mandatos de su compinche, aleteando las pestañas y moviendo las pupilas, y nunca más se acordó de las crestas andinas ni de los padres de cuarta edad.

Neyla y Trini salían juntas al espeso trabajo de la noche, abrazadas y vocingleras como un par de nenas lascivas de películas porno; y ya en el sitio definido por Merchi, la autoridad prostitucional, comenzaban su teatro de instigaciones para enganchar a la clientela. Cada cierto tiempo caía un peticionario en el ardid de Neyla o de Trini, y después de los monosílabos de rigor (“Hola, hola, cuánto, cien, ¿completo?, sí, okey, págame”), acudían al hotel de enfrente, donde un administrador bizco y sordo les asignaba una covacha que denominaba “suit”. A Neyla le gustaba la número 9 por cábala de un equipo de béisbol; y a Trini la 3, por las Divinas Personas de su nombre.

Las amigas Neyla y Trini se habituaron a la tensa rutina del bulevar. Compartían connivencias y trajines con los otros camaradas; eludían –por medio de juegos escabrosos– las proposiciones de los tombos, pero les pagaban sin retardo las cuotas del soborno; se alertaban acerca de posibles peligros y hombres violentos; bebían, como damas no muy serenas, en las tascas próximas; y hasta sobrepasaban las esquinas asignadas y reguladas, para conseguir más clientes (inmediatez de la repetición, sentencias que no veían, música de salsa trágica).

Y en una nocturnancia se encendieron las alarmas y el alboroto: los cuerpos de dos transformistas reposaban sin vida sobre la calle. Neyla y Trini, ya lamentables cadáveres, exhibían signos de acuchillamiento en diversas partes. Neyla miraba hacia un universo ciego, Trini curvaba en los labios una mueca sin retorno; la mano derecha de Neyla rozaba, apenas, la izquierda

de Trini, en afecto de final despedida. La policía tomó nota de los indicios, envió los restos a la morgue e inició la investigación.

Los tombos del bulevar juraron su inocencia: “Fuimos panísimas, no teníamos motivo para matarlas”. Y les creyeron. La cobardía de los últimos clientes, un taxista y un vendedor de bolígrafos, demostró que tampoco eran los asesinos. Verídicas lágrimas y genuinas coartadas lograron la exculpación de los “transfor” de turno. El robo quedó desechado porque Neyla y Trini conservaban su dinero entre los sostenes. Se descartó la venganza por falta de justificaciones y el móvil de secuestro *express* por económicamente absurdo.

La indagación llegó al sitio de Merchi en el bulevar. Los policías emprendieron, dentro de la patrulla, averiguaciones y presiones. Mientras le interrogaban, él-ella batía su contextura de mole, sudaba, maldecía, estrujaba un diminuto pañuelo de nubes ocres, hasta que con fatiga nerviosa pidió perdón y habló.

“Positivo el procedimiento: pelearon por una zona de calle”, comunicó el inspector a través de la radio.

JUEZ DECIDIRÁ SOBRE FALLECIMIENTO DE JOVEN EN BAÑO TURCO

(*La Gaceta Semanal*)

A Fernando Augusto le decíamos “El Príncipe” cuando estudiábamos en la universidad, y con ese sobrenombre se quedó para siempre. O no para siempre.

Era un muchacho de pelo rubio que le caía hasta las orejas picudas, voz ronca como de locutor con gripe aviar (¡la dolencia de la época!), pies desproporcionadamente grandes en relación con el cuerpo, inteligencia en el borde (o *borderline*) de lo normal, y unos ojitos más apagados que sus estúpidas palabras... pero la familia tenía dinero para derrochar sin consideración por el género humano.

Esta última característica atraía mucho a las compañeras de curso, sobre todo a mi novia Tania, una morena de los soles del Caribe, madrina de la Facultad y atleta de saltos ornamentales. No sé cómo ella pudo enamorarse de mí, porque yo —aparte de que no tenía plata ni carro ni nada— me dedicaba la mayor parte del tiempo a jugar dominó en bares de mala muerte y puñaladas sin previo aviso. Quizás la única explicación para su enamoramiento era mi (nuestro) afán por las novelas policiales, aunque desde que apareció El Príncipe en la escena de los sucesos, ella empezó a mostrar interés por las casas del Country Club y los viajes en crucero.

Y ocurrió lo que tenía que pasar, o lo que estaba anotado con bolígrafo indeleble en las cuartillas abstractas de nuestras todavía enanas vidas, es decir, que Tania y Fernando Augusto se empataron en un noviazgo de telenovela brasileña (dejándome de lado, pero como parte de la escenografía de su actuación amorosa).

No contaré aquí, por banales, los dramas de mi despecho ni la lacrimosa práctica de oír canciones mexicanas, circunstancias

que me pintaron unas arrugas extemporáneas y una sonrisa entre triste y necia. Casi me mudé a la Tasca del Fraile, pocilga de los derrotados; sin embargo, añadí, para sorpresa de la gente, las ganas de escribir: lo hacía a toda hora y sobre cualquier tema, en páginas a rayas o en cuadernos escolares. Miento: no escribía sobre cualquier tema, sino acerca de triángulos románticos cuyos personajes esenciales éramos Tania, El Príncipe y yo. Miento otra vez: escribo todavía.

Por fin dejé los bares inmundos y también el mundo de la universidad, porque conseguí trabajo como masajista en un baño turco. Mediocre espacio de ideas cuadradas, ahogo existencial y fatiga del espíritu. Ahí vi, frente a frente, al Príncipe Fernando Augusto algunos años después, aunque siempre lo evocaba en mis pesadillas noctívas y en los letargos del alcohol; estaba más gordo y más romo, se había casado con Tania, gerenciaba —desde una oficina de vidrio— las empresas del clan familiar; me mostró las fotos obesas de sus tres niños con orejas picudas y dijo que pensaban radicarse en el Norte porque “nuestro país es insoportable”, o sea, “demasiado insoportable”.

Entonces, los hechos, según suelen relatarlo los libros de detectives, ocurrieron con sorprendente agilidad, como si las incongruencias (y los caminos opuestos) se juntaran en un afán de tragedia. Lo cierto fue que Fernando Augusto Rivas de la Sota, El Príncipe, allí murió; y luego aparecieron, en tropel, los policías (para formular miles de preguntas iguales) y los carroñosos empleados de la morgue (para envolver el cadáver). En mis delirios y confusiones, manejo dos posibilidades sobre la ocurrencia fatal:

Versión A: nos hallábamos los dos solos en la cabina. El vapor le embadurnaba la cara, parecía una copia húmeda de su antiguo rostro o un nuevo rostro con maquillaje de material plástico. Yo no pensaba que lo odiaba tanto, milímetro a milímetro, gota a gota. Él hablaba sin parar y yo dejé de escucharlo; únicamente me venía el recuerdo de aquellos mafiosos de película que encerraron a un enemigo dentro del baño turco

para que muriese deshidratado. Salí, tranquilé la puerta por fuera y grité: “¡Así quería verte, Príncipe de mierda!”. Fernando Augusto se derrumbó y sus alaridos fueron apagándose, poco a poco.

Versión B: nos hallábamos los dos solos en la cabina. El Príncipe, con un sudor que se asemejaba a las lágrimas, me pidió perdón por lo de Tania: “Nunca quise hacerte daño”, y extendió su mano para que yo la estrechase como sello de paz. Me negué y lo empujé sin demasiada fuerza; ambos caímos en el suelo de 70°. Su cabeza pegó contra las losas y su boca fue un grifo caliente de malditas aguas rojas.

Me recluyeron en un calabozo tan angosto como el baño turco. No sé nada, mi memoria padece de lagunas y silencios. Al juez –quizás buen lector de Agatha Christie– le corresponderá escoger la hipótesis más sabia para juzgarme...

MALHECHORES CIERRAN AUTOPISTA POR RITOS FUNERARIOS

(*La Gaceta Popular*)

Kelvin Jeison está muerto (completamente) dentro de una urna que sus amigos y familiares acarrearán por la autopista hacia el cementerio de la ciudad. Trueno de motos, cortejo de vehículos desfachatados y grupales, música que sale en volumen voluminoso del insólito equipo portátil:

“Cuando ustedes me estén despidiendo/ con el último adiós de este mundo/ no me lloren que nadie es eterno/ nadie vuelve del sueño profundo/ Sufrirás, llorarás, mientras/ te acostumbras a perder/ Después te resignarás, cuando ya/ no me vuelvas a ver”.

El pana difunto, en íntegra lejanía, no escucha los timbales mortuorios ni los bramidos que rinden homenaje a su corta supervivencia, porque el sábado no más le acertaron muchos balazos de ajuste entre clanes adversos. Fue en el barrio, fue a la vista pública de un público aturdido, simplemente.

La comitiva detiene la marcha motriz en un sitio intermedio para los indispensables tributos y las añoranzas, enaltecidas con ritmo de salsa, *reggeaton*, mariachis y vallenatos. “¿Por qué coño te mataron tan así, Kelvin Jeison?”, dice alguien como una imploración de todos, y al unísono bajan el féretro de la carroza y lo abren y dejan a plena claridad el seco semblante del joven cadáver. “Te vengaremos, chamo; parte tranquilo, Kelvin Jeison”, juran en puño de cruces unos hombres sobre sus motos; luego, cargan la urna y la danzan a sincronismos metódicos: cuatro pasos hacia adelante y dos en retroceso; o la balancean en el mismo lugar, igual que una muerte repetida.

(Los automóviles de quienes no son deudos se ven obligados a interrumpir la marcha y a esperar desenlaces. Una chica mira por el vidrio hacia un cielo de pánico, los ancianos hablan sin reposo para transmitirse ánimos profundos, el señor de terno

negro escribe ineficaces mensajes de Facebook, y ellos y los de más atrás cuentan la duración de las transpiraciones).

Algunos fervorosos camaradas cabriolean el ataúd; otros siguen el típico libreto dentro de un círculo de motocicletas que rugen alaridos y monóxido de carbono. Aparecen las botellas de whisky –el elixir de Kelvin Jeison–, los infaltables *tabacos*, la “nieve” y las varias parejas del extinto. El grito fúnebre se alza como una certeza de cólera: “Te vengaremos, nojoda, te vengaremos”; las metrallas de las armas se encadenan al aire (lumbres que afortunadamente horadan la nada); y el baile, al compás de las preferencias del muchacho-cadáver, satura de contorsiones el día luctuoso: “Sufrirás, llorarás, mientras / te acostumbras a perder/ Ya me voy/ Si me pasa algo/ cuida a mis hijos...”.

Las botellas y los *pitos* no cesan; los dolientes recuerdan con quejumbres y trovas supremas las pasiones del Kelvin; nadie acepta su precoz retiro de este mundo (y menos a razón o sinrazón de diecisiete abusivas descargas). La justicia vendrá, según anticipan los himnos malandros, por la vía del desquite: Talión de retaliaciones extremas, fatalidad de ojos que se cierran.

El tráfico prosigue su atasco de metales. Los que no pertenecen a la rumbosa pompa de las exequias desesperan en un susto quieto, porque alterarse es –todos lo saben– el camino del fin. De improviso, el acto concluye, las motos rompen la circularidad y avanzan hacia los carros detenidos. Pistolas y gestos indican a los choferes y a sus acompañantes que deben entregar, rápido, la plata, los relojes, los celulares, las sortijas... Cada quien consigna, en orden pálido, sus plenas pertenencias, pues oponerse es –todos tiemblan– la ruta más corta e inversa.

El séquito arranca, agitadamente adolorido, para darle sepultura al pana de los innumerables fagonazos en el cuerpo.

**SANDRA, JOVEN DEPORTISTA
UNIVERSITARIA, ALTA, RUBIA, DELGADA,
HERMOSO ROSTRO, CUERPO ESCULTURAL,
MUY COMPLACIENTE, ATENCIÓN ESTUDIO
Y HOTELES, TELÉFONO 8987-864-5667**

Leyó el aviso en los clasificados del periódico y empezó a temblar por ganas de esa Sandra complaciente, a vibrar en las entrepiernas y en la cabeza bífida, hasta que se acostó sobre la cama de arrugas antiguas para vislumbrarla (deslumbrado) dentro del cuarto vacío: “Desnúdate, mi Sandra, desnúdate y bésame, soy nada más que tuyo, Sandra escultural/Sandra joven/Sandra rubia, y el mundo será egoístamente nuestro”. Un terremoto de avispa se le alojó en la dureza erecta —piedra firme, piedra indomable—, mientras ella bailaba a su alrededor con espléndida suavidad (boca de saliva y regustos, vellos hacia el camino del martirio frutal, olores a cangrejos en celo). “¡Mátame de excitación, Sandra sabia; deséame por toda la eternidad, pequeña Sandra!”. Y él solo, a base de amor propio, se derramó varias veces, clamando, aullando, nombrándola.

Releer el aviso se le transformó en un delirio práctico que acometía cada noche. Se quitaba la ropa con morosa tardanza, en tanto su modelo ejemplar realizaba, detrás del espejo, una exclusiva ceremonia de senderos abiertos; y luego, a través de mayúsculas ensoñaciones, la embestía sin tregua ni conmiseración (falo redoblado por el deseo ideal, intangible batalla, perversa sangre). Ya en reposo y mediante mutismos, Sandra hablaba de su vida: las aulas de la universidad, el tenis, los ejercicios aeróbicos, el cine los domingos, los paseos campestres, una abuela a quien ayudar. Y él, enternecido, la traspasaba de nuevo con ardores manuales.

El tiempo apiló meses de lluvia y valentías recónditas, y un buen día decidió enfrentarse al número de teléfono de Sandra

(8987-864-5667). Marcaba y colgaba, marcaba y colgaba, porque la garganta se le teñía de titubeos, pero al fin logró las palabras adecuadas y breves: se verían en el Hotel Loly, a las 9 p. m. Aunque era muy temprano, comenzó el arreglo para el encuentro; una ducha larga y tibia, el recorte de las uñas, el traje informal, la camisa de azules desvaídos. Por añadidura, toques de perfume barato detrás de las orejas.

Surcó la ciudad en el taxi que detuvo en la calle y se bajó a dos cuadras del Hotel Loly, un residuo de épocas marchitas. Después de pagar, el triste cancerbero-administrador le asignó la habitación.

—Vendrá a buscarme una amiga, ¿de acuerdo? —dijo, sin mirarlo, y subió al cuarto. Conocía las paredes pegostas, el ventilador de techo y el túnel donde estaba el baño. Esperó al compás de músicas lejanas, hasta que unos golpecitos en la puerta le indicaron la llegada de la chica.

Tomó aire y abrió. Una mujer, de rulos y pulseras, deletreó el nombre de Sandra y solicitó cancelaciones inmediatas: “Son las normas, mi amor”. Él la miró desvestirse: había dejado de ser escultural, seguramente ya no jugaba tenis ni efectuaba ejercicios aeróbicos; tampoco poseía el íntimo olor de los cangrejos, boca de regustos o caminos frutales. Sin embargo, la traspasó en sucesivas y frías contiendas.

Por último, sacó la navaja y, llamándola “impostora”, le agujereó el corazón, como antes lo había hecho con Jennifer, Tirsa, Lisbeth y Patricia.

PLAGIARIOS DE CANTANTE ERAN FANÁTICOS DE SU VÍCTIMA

(Semnario *Día a Día*)

Las cadenas del hombre brillan como garfios para azuzar a los otros. Son de oro y valen lo que pesan (o más, o no tienen precio, o se cambian por la misma vida).

Y su traje se vuelve de luces cuando recibe, directamente, los rayos del sol. Si no, semeja un corsé de sastrería de ocasión, ¡para quien no sabe, para quienes no saben!

Anda con unos zapatos negros que deben haberle costado cualquier ojo del rostro, aparte de las propinas que siempre cede a los limpiabotas. Total: un incalculable tesoro pedestre.

Y la camisa de pequeños rombos azules es de marca distante. Quizás vino en barco y se metió tras el armario de un centro comercial. De allí el vendedor la sacó para mentirle: “¡Ni hecha a la medida!”.

Eusebio aprendió a cantar desde que abandonó el colegio por falta de ganas de entrarle a la aritmética, y luego se juntó con iguales compañeros de perseverante desidia escolástica y guitarras al borde del ocio. Pero el chico tenía sonoridades que le salían sin esfuerzo, ¡ahí nomás!, como si en las páginas de un desiderátum llamado destino estuviese escrito el consuelo (o la esperanza, o el alivio), y por eso inició sus triunfos de pequeño artista en pueblos fangosos que fueron creciendo como él. Vallenato típico, tenorino de públicos ascendentes, “orgullo mío” expresaba su mamá.

Después, un después que ya se hunde en lo remoto, creó el Trinomio de Plata para deleitar con perseverancia de canciones a miles y miles de almas enternecidas. Los contratos lo llevaron –al apego de cheques siderales– por toda la América popular, salió múltiples veces en la prensa vestido de oropes, tuvo hembras dóciles que antes parecían indómitas, adquirió caballos de

paso teatral y pedigrí árabe, y le compró una quinta a la vieja con saloncito *ad hoc* para la colocación de sus vírgenes de yeso. Sin embargo, Eusebio Beltrán nunca dejó de ser el mismo tipo de antaño, y andaba íngrimo y deambulaba solitariamente como una persona más de las estadísticas del azar, aunque con prendas onerosas y camioneta de altísimo octanaje; morada, invasiva a la vista, butacas muy reclinables.

Para precisar las señas particulares del cantante, debe aseverarse que poseía en un pretérito, aún imperfecto, la flor de aquella verruga cercana a la pupila izquierda, y por otra parte la estatura estatuaría de un ídolo que no excedía del metro con sesenta hacia el cielo (igual que los parangones chibchas de donde provenía). Su cédula de identidad puede confirmarlo.

Estaba, pues, Eusebio Beltrán surtiendo de gasolina su nave terrena en una estación de servicio, cuando dos jóvenes lo encañonan:

—¡Cállate o te mueres!

Entonces el número 1 toma el volante, mientras el número 2 pasa a Eusebio al puesto trasero y lo vanda:

—Estás secuestrado, viejo, ¿te diste(s) (de) cuenta?

Enseguida el ruleteo por la ciudad y el silencio que advierte próximos episodios: temor y equilibrio: turbaciones y control: extremos que se tocan.

Un rancho, similar a cualquier pobreza, los aguarda. Nadie en la vecindad ni en el sesgo de la carretera. El cantante, ya desprovisto de interferencias, observa la cocinilla para los menjurjes del café, el techo con huecos inalcanzables, la ventana obstruida y a los dos cacos que hablan (cacofónicamente y sin ninguna vergüenza humana) de un rescate “mil millonario”.

—Pon tus vainas sobre esa mesa, danos el número de teléfono de tu casa y te nos quedas como difunto.

El malandro 1 intenta comunicarse en diversas ocasiones, pero la línea aparece ocupada. El 2 hace lo mismo y, ante la frustración, escupe insolencias durante varios minutos. El 1 vuelve a insistir y cuelga. El 2 escucha otra vez el característico tono

y espeta un “nojoda”. El 1 bebe café casi por compromiso; café frío, amargo. El 2 empieza a limpiar su pistola. El 1 y el 2 se dicen unas palabras en miniatura que el testigo no logra entender. Eusebio, segregando aguas parecidas al miedo, sugiere que llamen al teléfono del tío Macario. Perrísima suerte: también suena ocupado. El silencio se alarga como un reptil urbano y triste; Eusebio llora.

La mano del que actúa como jefe agarra la pistola. Sin rescate se acaba el juego de valores y abalorios; es el inicio del confín y la verificación de un cadáver presencial (todavía vivo) que se atraganta de recuerdos:

—¿Quieres morir de pie o sentado?

Eusebio calla. La mano afinca el arma y un ojo detrás de la mira distingue al hombre que tiembla.

—¡Un momento, pana!, yo a ti te conozco. Sí, estoy seguro. ¿Tú no eres Eusebio Beltrán, el del Trinomio de Plata?

Eusebio afirma con la cabeza porque en la lengua se le enreda el pánico.

—¡Coño, panadería, perdónanos el error!, ¡somos *fans* tuyos, tenemos todos tus discos, nuestras *jevas* te aman! Coño, perdónanos de verdad la equivocación. Estás libre, pero antes debes tomarte una foto con nosotros para mostrársela a las chamas y a la familia; si no, nadie nos va a creer.

La misma mano empuña el celular de cámara incorporada y toma la fotografía. Luego, Eusebio da pasos lentos hacia su propia existencia.

VENERAN A DELINCUENTES MUERTOS EN BÚSQUEDA DE PROTECCIÓN

(Periódico *Antorcha Popular*)

La tumba de Ismael Sánchez, segunda lápida después del templete de María Lionza, es un santuario de la Corte Malandra. Con flores de papel estridente, anís inagotable, música de salsa y marihuana hasta por el blanco de los ojos. “Te pedimos, Ismael, que nos salves, coño, aquí en la tierra”, claman los fieles y ponen unos billetes sobre la lápida como prueba de gratitud a plazos. El ladrón-bienhechor, desde sus cuatro décadas en imagen de yeso portátil, los ve sin verlos; y ellos, los suplicantes, los devotos, los adoradores, le retornan una indestructible admiración: sincretismo de malos salvajes, piedad con uñas.

El ícono del “santo” (de apenas cincuenta centímetros) exhibe un revólver en la cintura, gafas de sol, cachucha ladeada y un puñal en el bolsillo trasero. Los más piadosos lo besan con fervor vaticano y algunos hasta le ponen un cigarro en la entreabierta boca de cerámica, quizás para estimarlo vivo entre los mortales. Y al lado de Ismael están Isabelita (la rubia de las venganzas); el célebre Petróleo Crudo, que engañó al mismísimo presidente Medina Angarita; el chamo Ratón y otras divinidades del Culto Malandro.

Las peticiones crecen como pasto de ciudad maldita: “Ismaelito idolatrado, protégeme de la violencia”; “Isabel, agradezco tu influencia para que mi hijo salga de la cárcel”; “Padre Petróleo Crudo, dame suerte en las barajas”; “Ratón-ratoncito, ayúdame en el próximo asalto”. Demandas de grueso calibre para obtener beatíficas o infernales regalías, porque la *vox populi* sostiene que lo que es igual no es trampa.

Las historias se cruzan, se entrecruzan y ameritan un trago o un *tabaco*. Los creyentes, en cuclillas, hablan con los espectros sin engolar la voz ni retorcer la ceremonia, pues son panas

burdas, amigos del alma, sinuosos compañeros de rumbo (a). Y los santificados personajes salen de una sombra de años para que sus adeptos les rindan pleitesía: Ismael brota del enterramiento y, como al paso de los tiempos las admiraciones se redoblan, Ismaelito penetra en el banco, saca su arma, intimida, gruñe un ultimátum feroz, vacía la caja de caudales y entrega el botín a los vecinos pobres: “¡Viva nuestro *Robinjud* Ismael!”, y después, con igual desparpajo, vuela al barrio de Lídice, su territorio de siempre, donde amenaza a los dueños de abastos mientras los paupérrimos saquean los locales; y, por si fuese poco, traza una raya de justicia en el suelo e impone la prohibición de que la sobrepasen malandros de otras zonas: “Un tipo, un respetable bandido, un criminal piadoso, no merecía morir de quince puñaladas por peleas de esquina”.

Isabel nunca sonríe (ni en el más allá) porque su afán consiste en vengarse de los hombres, de todos los hombres. “La venganza no es dulce sino exquisita”, dicen sus palabras, y bajo juramento cobra aún deudas de muerte eterna a los culpables: a esos infames que, siendo una niña, la violaron en fila de tres sangres erectas; y al negro *mojino* –negro traidor, negro mentiroso– que la sacó de su hogar en la urbanización El Paraíso, para casarse mediante supuestos sacerdotes y luego atormentarla de infidelidades públicas. Isabel, rubia por las cuatro inquinas, no acepta en sus altares la cercanía de ningún santo moreno: “¡Apártate, Satanás!, ¡al carajo los negros, *vade retro* y a la mierda!”. Las hembras malqueridas, olvidadas y despechadas la buscan en la instancia de los encargos fulminantes: “¡Arrójalo a un barranco, mátamelo, cápalo, ciégalo, impídemele la droga y las mujeres!”. E Isabel atiende los compromisos y se pone más rígida dentro de la estatua, como aquel miércoles triste en que la asesinaron.

Lejos y solo está Petróleo Crudo, el alias de Cruz Crescencio Mejías, un ladrón de manos diestras y labia pura, cuyas dotes conocieron en Carúpano y Portugal, en La Guaira y Nueva York, en Güiría e Inglaterra. Carterista, estafador, mujeriego, boxeador, ágrafo; veterano del “paquete chileno”; profesional de las riñas y

las navajas; espléndido con las mozas y la pobrecía; trotamundos sin fecha de retorno, y embustero por vocación personal. El soplo de Petróleo Crudo se escapa del yeso, igual que su cuerpo se evadió de las prisiones de Tacarigua y las Tres Torres, para confesarse ante quienes lo reverencian: “El general Isaías Medina Angarita quiso que cogiera el camino correcto y me recibió una tarde en el Palacio de Miraflores. Había muchos edecanes y muchos periodistas que preguntaban y tomaban fotos. El Ministro del Interior dijo en su discurso que él ya había apadrinado mi matrimonio con Carmen, y que el presidente Medina, seguro de mi buen comportamiento, me bautizaría el primer hijo. Medina habló con gran emoción y nos abrazó a Carmen y a mí. Y después cumplió porque bautizó a Juan Crescencio en la Iglesia de San Francisco, pero el que no le cumplió al presidente fui yo porque volví a las andadas y dejé a mi general como un tonto inútil, y por eso lo criticaron en todos los periódicos: *Medina se dejó engañar por Petróleo Crudo*. Pero yo no podía hacer otra cosa; era mi destino. Y aquí estoy para servirles a perpetuidad, luego de que un miserable policía me mató en la Cárcel Modelo de Caracas”.

Distintos soberanos del Culto Malandro surgen de las figuras de pasta y se disponen, mágicos y marginales, a la hazaña de los milagros: El chamo Ratón o Siete Lunas se torna invisible bajo las estrellas y habita en los parajes entre la vida y la muerte; Tomasito recuerda que fue liquidado de ciento treinta y cinco disparos en el asalto a una joyería, sin enumerar las balas que le pasaron por el mismo orificio; Tibusay duerme y resucita cada día dentro de un árbol seco que tiene grabado su nombre; el pavo Freddy, *hippie* gigantesco que, aun siendo difunto, maneja el cuchillo con pericia inmortal. Y también Pez Gordo, y Luis Eme, y el “Siete Machos”, y William Guillermo, y El Yiyo.

La masa de devotos plena los espacios del cementerio, invoca, pulula, se pone en movimiento, fuma, clama anhelos, se agita, fuma de nuevo, se persigna en cruz repetida, ora e implora, baila, se contorsiona, maldice bendiciones, reclama amparos, bebe, vuelve a beber y reza solidaridades con salsa y sin control: “En nombre del ladre, el tiro y el espíritu landro, amén”.

RAPTÓ A NIÑO Y DESPUÉS LO HIZO SU CONCUBINO

(*Boletín del Oeste*)

La originaria escena de los acontecimientos incluyó a un niño de ocho años con ganas de un disfraz menos antiguo. O menos desalentador. Esto no agrega ningún ápice a los supuestos y explicaciones, pero ayuda en la fijación de las huellas vitales: era la época de carnaval y Emilio rechazaba su atavío de pirata sin marca de fábrica.

El infante, a la luz del centelleo televisivo, hubiese querido un atuendo de prestancia irrefutable; de Tortuga Ninja, por ejemplo, de Robocop o de Spiderman. Sin embargo, la madre, que no poseía peculio sino buenas intenciones, resolvió (en un ataque de ingenua iniciativa) confeccionarle ella misma el disfraz de pirata. Capa negra, camisa azul, bombachos, botas de fieltro y sombrero de alas extendidas, según el justo modelo de corsario (*kitsch*) que su discernimiento le apuntaba. Y la espada de lata, como apresto infaltable, se debió a la idea de un vecino artesanal.

La madre, que también efectuaba el rol de padre porque la habían dejado con la soltería a cuestas y los crespos guindando, llevó de paseo al niño-pirata por el Bulevar Independencia para que mostrase su disfraz en el certamen atávico del carnaval. Prisma de resplandor y confeti, serpentinas como derroche de sábado suntuoso, globos, música, tontos saltimbanquis.

Emilio, después de breves aspavientos de esgrimista o de filibustero casero, olvidó su porte y empezó juegos con otros chicos. La mamá, sentada sola en un banco, lo vigilaba dentro del recuadro óptico que le permitía la distancia, y apenas se distraía para determinar máscaras y carrozas. Emilio correteaba, Emilio alborotaba, Emilio brincaba. Súbitamente, en una (in) fracción de segundos, el niño desapareció del recuadro visual de

la madre, y ella dio saltos hasta la proximidad a fin de buscarlo. Emilio, el pirata, no estaba por ninguna parte.

Los alaridos de la mamá (plenos de tribulación y catastrófica ansiedad) atravesaron el bulevar y las esquinas, cambiaron la impaciencia por el nerviosismo, se oyeron en forma de conmoción y de súplica: la pobre interrogaba, aguantando los sollozos, si no habían visto a un pequeño pirata que respondía al nombre de Emilio: “Jugaba, ¡ay Dios!, con otros muchachos, y de repente se me perdió”. Nada, nada. Ni rastros. Ni datos. Ni referencias. Pero siguió inquirendo porque siempre hay la esperanza de un testigo. Y lo hubo: “Se lo llevó una mujer en un carro como gris o como verde. Algo le regaló. No sé más”.

En la prefectura, el policía de turno tomó nota de la llorosa denuncia de la madre y adjuntó al legajo las señas del plagiado: “Viste disfraz de pirata, mide metro y medio, estudia cuarto grado, tiene la piel morena y el pelo negro, no posee cédula de identidad”. El funcionario prometió, con formales asentimientos de cabeza, que giraría instrucciones de rastreo a todas las ciudades del país. Entonces la madre se persignó y dijo “amén”.

Y tanto se persignó y dijo “amén” que el tiempo se le volvió una sucesiva costumbre de nostalgias. Miraba a Emilio, hablaba con Emilio, se veía a su lado en un viaje inacabable alrededor de los recuerdos (sin Emilio presente, por supuesto). Y en innumerables oportunidades siguió pistas falsas: alguien telefoneó para decirle que su hijo se encontraba cerca de San Juan del Estero, y hasta allá partió la infeliz para cerciorarse, *in situ*, de la gran falacia. O el amigo que le sopló al oído el hallazgo de un mocito, con las características de Emilio, por las playas de Mariamo; información que tampoco resultó marítimamente verídica. O los rumores, cíclicos y caprichosos, que lo ubicaban en un pueblo andino o en un campamento de minería ilegal. Patrañas, murmuraciones, enredos que la madre atendía para no morir de mengua simple.

Los años (seis, contó ella) se apilaron en los almanaques de la cocina y en las fotos infantiles de Emilio, sin que hubiese lugar

para el olvido. La etérea presencia del niño llenaba con creces su desaparición, los perros de la calle lo olisqueaban en el aire y los pájaros se alegraban cuando creían verlo. Y exactamente a los seis años y dos semanas, de nuevo el susurro: “Un muchacho que no se llama Emilio, pero que es Emilio, vive en Sabana Seca, número 55, Estado...”.

La madre subió al autobús con ganas de que el trayecto fuera expreso. El calor encendía el pavimento, los cerros se alzaban en altibajos de desequilibrio. Por la ventana miró cómo los poblados se sustituían unos a otros y cómo las autopistas se angostaban en accesos primitivos. Aunque tenía hambre, no quiso distraerse: Sabana Seca la encandilaba de preocupación, y al constatar el anuncio debía bajarse del autobús.

Letrero inconfundible, sitio de casas uniformes. Descendió y caminó. A medida que avanzaba, su serenidad se volvía recelo y agitaciones. Una puerta sucia le mostró el número 55 en signos ordinarios e inmensos. Dudó para tocar, pero lo hizo. Cuando el jovencito con acné de efebo y corpulencia de hombre abrió la cerradura, ella lanzó los gritos que había ensayado a lo largo de todas sus angustias: “¡Emilio, mi Emilio, por fin te encuentro, hijo mío, no te imaginas lo que he sufrido; déjame llenarte de besos!” El adolescente accionó los brazos para entrecerrar la puerta y contener la intromisión.

Desde del fondo de la vivienda, una mujer en bata y pantuflas preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Nadie, nadie. Solo una señora que buscaba a un muchacho llamado Emilio.

NUEVO VIRUS VIOLENTA LAS COMPUTADORAS MUNDIALES

(Revista *Bytes*)

Entre los más astutos y novísimos gusanos informáticos hay uno llamado Literator, que, aprovechando los deslices de los usuarios, se instala en el disco duro de la computadora para hartarse únicamente aquellos textos de infame redacción. El maligno espécimen (o quizás beneficioso, desde el punto de vista que juzguemos sus acciones) es enemigo de los rипios, las cacofonías, las frases hechas, los barbarismos, las torpezas imaginativas y, sobre todo, de los lugares comunes que tanto deslustran los idiomas; y por eso, en tiempo digitalizado, se engulle cualquier resbalón escritural con la finalidad de suprimirlo del ordenador. Así, a lo largo del planeta y sus lenguas, infinidad de discos duros han quedado vacíos (y vacilantes), y la mayoría sufre en lo sucesivo de profundos temores para el arranque, como si entendiese los alcances del síndrome.

Los analistas de Microsoft Corporation, encabezados por la acuciosidad comercial del propio Bill Gates, determinaron, luego de años de hecatombes masivas en su misma empresa, que el gusano Literator fue invento de un temerario joven paraguayo (ya no tan muchacho en la actualidad), cuyas pistas se ocultan bajo el anonimato del correo electrónico y miles de mensajes trucados. Algunas incidencias, aparentemente vacuas, constan en los registros secretos de Microsoft: que el *hacker*, por soberbia o por falta de recursos, nunca culminó los estudios de Letras en la Universidad de El Chaco; que pese a su inflexible voluntad, tampoco obtuvo un premio de narrativa ni un simple accésit; que no tiene familia conocida y que está un poco calvo —además de flaco— por causa de sus esfuerzos cibernéticos.

Los miembros de talleres literarios, los prosistas ocasionales, los periodistas súbitos, los fervorosos de las redes sociales,

los vates del “poetariado” mundial, los burócratas irredentos, los novelistas prolíficos, los autores de *best-sellers* y los escritores de interminables discursos (por solo citar una parte de sus víctimas), no hallan cómo enfrentarse a las agresiones de tan sigiloso germen; y en provecho de la seguridad retórica han ofrecido una abultada gratificación mercantil a quien encarcele el virus y a su creador (ver www.recompensamillonaria.com). Otros, bajo la conciencia de que tal gusano informático debería erigirse en el gendarme necesario de los idiomas, propugnan su libre ingreso a todas las computadoras del orbe mediante un *download* rápido y gratuito.

Mientras tanto, el incógnito paraguayo, desde una selva de programas y un enjambre de ordenadores sin marca, amenaza con extender sus *troyanos* ataques de violencia soterrada a la mensajería de texto y de voz de los teléfonos celulares, provocando un tsunami comunicacional de consecuencias impredecibles. No sabemos cuáles mecanismos ni parámetros utilizará, pero lo razonable es prepararnos con pulcra inteligencia y corrección de estilos para afrontar las próximas embestidas del *hacker*.

ENFRENTAN EN ALCABALA A DOS PELIGROSOS HAMPONES

(El Rotativo de la Tarde)

La alcabala de Quíbor es horizonte cierto al final de la carretera. El sol los viene persiguiendo desde Pampán, Boconó y Chabasquén; el mismo sol que alumbra sus armas y sus recuerdos: el asalto al banco, los tres regueros de sangre, los gritos de última vida. Carrera contraria, velocidad de ciento cincuenta kilómetros hacia el comienzo del pasado.

Ellos aún no lo saben, pero han dicho que Quíbor sería un triste lugar para morir. Kojak —el jefe— saca su cabeza rapada fuera del automóvil y dispara contra un viento enemigo. “Mil Caras”, el único compañero que le queda, sonríe por entre unos dientes ajenos. Pampán y sus calles andinas habían presenciado el encuentro. Tres hombres quedaron de espaldas a la tierra, absortos en la sola mirada que poseían. Pronto el rumor de la violencia se hizo griterío ante las viviendas encaladas; un grupo de mujeres, en coro de llanto, maldijo a los asaltantes hasta la propia salida del pueblo y allí permaneció mientras el carro desaparecía, ondeando el temor de unas armas pálidas.

El espejo retrovisor calca unas patrullas sobre el asfalto de mediodía. Se trata de la misma imagen que Kojak y Mil Caras borraron antes con granadas fragmentarias. La voz radial de José Alfredo Jiménez llena el auto de mariachis: “pero sigo siendooo el reyyyy”. Ellos, en situación distinta, lo habrían acompañado con tonos de falsete, pero ahora solo están pendientes de ese sudor tibio que baja por los brazos (“¡Cambia ya esa vaina, Mil Caras!”).

—Yo soy Kojak, el auténtico, el de verdad verdadera; el de cientos de atracos y de robos, dueño de billares, inteligencia pulida, porte chévere, amor de buenas hembras, nacido en Coro en el año 48; fui campeón de tiro en la Marina, vean la medalla,

grandes carajos; Aurorita, mi vieja, siempre supo que yo era un talento, un destino; me inicié con los terminales de lotería jodiendo a todo el mundo, pero cuando quisieron tracalearme a mí los denuncié a la policía, ¡pendejos, requetependijos!; vivir es así, estar arriba, ponerle *guillo* al asunto. El Taco de Oro era el mejor billar de Caracas, lo compré contante y sonante y en la puerta coloqué un cartel redondo como mi cabeza: ahí planificaba las acciones, compartía y repartía; en esa época Mil Caras tenía otra banda, puros bolsas, futuro chato; luego nos unimos y vino la fama: quince millones, doce bancos, sin contar los asaltos menores. Sé que la vieja me reza en su quinta nuevecita, ¡que la disfrute! A mi papá le regalé unos reales y se fugó con una sobrina, realengo, amancebado. Yo jugaba todas las tardes en los médanos, mientras los demás muchachos garrapateaban pizarrones; por las noches nunca me dormía sin esperar que la televisión terminara sus historias, estoy convencido de que soy el Kojak-Kojak, ¿y cómo no voy a creerlo si mi vida consiste en este riesgo, esta temeridad, esta aventura desmandada? En el mismo Taco de Oro les demostré quién era yo: macho cojonudo, miedo a nada, a la muerte menos; eran ocho contra uno, tiros por todas partes, montón de cobardes; después me desmayé, de cansancio no más, lo juro.

—A mí me dicen Mil Caras. Cuatro cirugías plásticas llevo como insignia, veinte cédulas con nombres ya olvidados; ni las *jevas* logran reconocermé. Soy compañero sin cagantinas; la prueba es que saqué a Kojak en un helicóptero desde la cárcel de Ciudad Bolívar y en el cielo nos despedimos de los tombos, ¡qué día, caballeros! Luego aterrizamos en Apure, semanas caminando; el Altísimo nos ayudó porque matamos un jabalí y la carne nos alcanzó hasta el río Arauca, yo no sabía nadar y por eso me negaba a montarme en la chalana; Kojak cogió tremenda arrechera y me obligó, daba risa verle esa calva tan quemada, ampolla total; la libertad la celebramos con dos botellas de ron y miles de mosquitos colombianos.

—Hijo, óyeme donde estés. No quiero dinero de abusos, de muerte, de aflicciones; esta casa no es mi paz, rezo por ti cada día; José Gregorio, ampáralo de males y tormentos; Espíritu Santo, guíalo; al infiel y a la sobrina que se los lleve Mandinga y los queme, merecimiento por merecimiento, ofensa por ofensa. Cuando estaba pequeño lo veía corretear por la arena, orgullosa de mi indio caquetío; Dios me lo favorezca, deseaba que fuese ingeniero o abogado, hombre de bien, con muchos varones, y al mayor lo llamaríamos Edmundo, porque Edmundo suena como a hacendado de mautes y de arrobas, a dignidad, a respeto. Quería que se casara derecho, lo demás es injuria, pecado, castigo seguro; quería que en la iglesia acompañaran al órgano las hijas de María, ramos y alfombras bonitas, y hasta el gobernador tirando arroz; música y miche en el club deportivo: eso era lo que deseaba; ahora solo me queda la resignación.

—Yo lo apresé por primera vez y cinco años más tarde me saludó por mi apellido, “¿Cómo está, comisario Galindo?”; estuvo en la prisión de Guayana e inventó unos síntomas para que lo trasladaran a la enfermería, de allí se escapó. Aún me acuerdo de sus ojos arrugados, mollera lampiña, uñas de manicure; alegaba que tenía amigos poderosos, arriba, no sé; fue agente durante un tiempo, cuerda floja de ley y delitos, perseguía con su código en la mano; yo lo descubrí, “por fin te agarré, espóstate tú mismo y métete en el calabozo”, pero él se reía solito, quizás presintiendo años abiertos.

—Su mujer fija no fui, me enamoró con canciones de Barbarito Diez, lo quise demasiado; venía al negocio y lo cerraba, champaña para todo el mundo, noches que todavía me duelen por dentro, disparates de whisky y de sonos cubanos; nunca le exigí plata, a él no podía, me la dejaba en el escaparate y se iba. ¡Indio único!, cabellera no tenías, pero te sobraba amor; vuelve a acostarte a mi lado, despiértame de esta soledad, enciéndeme toda, riega mis raíces profundas; indio, piel de indio, añoranza que me consume, me humedece; márame con tu tiesa inmensidad, acurrúcame.

Pampán agotó maldiciones, estrujó sus extenuados pañuelos de pueblo, escupió chimó ante las casas fúnebres. Pampán también los seguía en secretas venganzas, talismán de peticiones renovadas, rojos rosarios de justicia: “¿señor, en qué te hemos faltado? Señor, contéstanos, no te olvides de nosotros”. Mientras tanto, el Ford desliza sus rebeldes trazos sobre la carretera, ya la alcabala de Quíbor se adivina, se aproxima en repetición de contiendas. Las patrullas encienden sus faros a distancia, metros, velocidad irascible, disparos de ida y de retorno, luna atenta en plenilunio, menos metros, Quíbor en los párpados.

—No te asustes, ametralladora, que estás con Kojak, capo entero, de peores me he salvado. Tengo panas en el gobierno, billetes para botar, santos que me vigilan, amantes que me aguardan; ¡ametralladora!, no te cagues, reviéntate; díles que somos los más vergatarios de este planeta y de los otros. Y tú, Mil Caras, alégrate, piensa en las chamas (“donde hay nalgas hay alegría”); no me arrepiento de nada, socio, ni de las víctimas: coraje frente a coraje, alma por alma, matas o te liquidan, está escrito; no llevo cuentas de los que se fueron por mi culpa, ¿para qué?, ellos reposan, nosotros continuamos sobreviviendo nervios. La selva no es lo mío, Mil Caras; la selva es para huir y correr, sufrimiento en los cojones, ausencia de copas, jamás regresaré, ni con todos los ejércitos a mis espaldas; vida pero en la ciudad, nota tras nota, sueños a la vuelta de la esquina; retirarnos... a los ochenta, cuando no tengamos pinga y demos lástima a las *jevas*.

—Trato de acordarme de cómo era mi cara al principio, pero no puedo; bocas sobre bocas, narices largas y luego pequeñas, se entristece uno; a Kojak lo complazco, es el jefe, lo imito, le digo que brindaremos en burda de bares con carajitas de nalgas al aire; sí, panadería, muchos tragos y quesos surtidos; pero en los adentros un pálpito, la persecución no cesa, estoy temblando, tantos rostros y ninguno; que mis familiares me lloren y no sepan a quién coño destinan ese dolor; que en el acta de defunción no haya lugar para tantas cédulas y números, ¡tontocomún!,

¡rostrocomún!, ¡ojocomún!; me jodí, nos jodimos, mala muerte, sin curas ni avisos de invitación. Se lo advertí al coco raspado este, cabeza de huevo, vámonos durante un tiempo, un despiste, luego entraremos por la frontera; pero él y su delirio, millones no le bastan, se enfermó de violencia, casi me pega; pendejo yo que le hice caso.

Acero del atardecer. Carros, luces, sirenas, pregón de guerra. Fuego cruzado, límite de voces; la alcabala redundante en su presencia. Estrella de la Mañana, ruega por mi hijo; Reina de los Apóstoles, líbralo de acechanzas; Refugio de los Cristianos, aconséjalo. Soy tuya nada más, ¡indio!; oigo tus pasos, pero mis brazos no te hallan; huye, huye, conviértete en corcel, en impreciso crepúsculo, en golondrina voladora.

Pampán permanece intacto en su llanto, en sus adioses, en sus flores silvestres sobre la madera con cruces, Señor, no dejes que nuestro luto te niegue, no aceptes que nuestra rabia perdure.

Armas, disparos, calibres. No me rindo, desgraciados, aquí hay Kojak para rato; y aquí está Mil Caras, valiente entre valientes, somos invencibles, peleen, juéguensela. ¿Cuál es la cara de la muerte? Cara, carajo, ojalá un helicóptero, una selva escondida, un cielo, ¡puta que los parió! Balas, balas, Quíbor, Quíbor, Quíbor. No se me duerma, socio, no se me raje, despábilése, es una orden. Bala sola, luciérnaga certera, entraña fugaz. Soy Kojak. Silencio. Soy Kojak, el verdadero...

INTENTO DE SICARIATO CONTRA DUEÑO DE CLÍNICA

(Cercanías y Contornos)

“Sí, comisario, yo soy Fernando Hallem, de cincuenta años de edad; odontólogo y único accionista de la Clínica de Especialidades Hallem; usted la conoce, es una clínica exitosa y de mucho prestigio. Sí, no se preocupe; voy al grano, comisario: ese día salí del consultorio como a las 8 de la noche, fui al estacionamiento y tomé el carro para ir a mi casa. En el trayecto me pareció raro que me siguieran dos jóvenes en una moto, pero no le di mayor importancia porque en el cruce de la segunda calle del Country Club, donde está mi apartamento, los tipos desaparecieron. Y después me distraje oyendo el último CD de Marilyn O’Connor, una soprano que causa sensación en el norte por su registro vocal, ¿usted la ha escuchado, comisario? Bueno, perdone, sigo el cuento: llegué a la casa y como vivo solo, pues estoy separado de mi esposa, me calenté un sándwich de salmón en el horno de microondas; abrí una botella de vino de Burdeos (blanco, naturalmente) y me puse a mirar un rato la televisión. Más o menos a las 10 tocaron el timbre, algo que me resultó extraño, y entonces me asomé por el ojo mágico de la puerta y vi que era mi vecina, la señora Aurelia. ‘¿Qué desea, vecina?’, le pregunté, y ella contestó que un vaso de agua. Como el asunto me pareció sospechoso, le respondí: ‘No tengo agua, vecina’, y ella, sin decir nada, se marchó. Al día siguiente me enteré de que dos tipos la habían secuestrado en su apartamento para robarla, y que la obligaron a tocar en el mío para también cometer sus delitos, ¡menos mal que no abrí! ¿Serían los mismos que me siguieron en la moto? No sé, no podría identificarlos. Usted me interroga, comisario, sobre las relaciones con mi esposa Doris, y yo le contesto: tenemos cinco años separados pero no divorciados; ella no acepta el reparto de bienes que le propongo, o sea,

una quinta en la Lomita Tennis-Club, dos carros BMW y una plata en dólares para que no pase trabajo por el resto de su vida, pero ella lo que desea es el divorcio, la mitad de las acciones de la clínica –¡llámela tonta!– y en eso no puedo acceder, comisario, usted entiende; ese es mi negocio, mi destino profesional. A veces Doris quiere llegar a un arreglo, pero la víbora de la madre se opone porque aspira a más y más. Aquí entre nos, la vieja puta tiene un amante –disculpe la expresión, comisario–, un muchacho a quien mantiene y le da gustos carísimos, y viajes y buena ropa. Así es la cosa, comisario, le estoy diciendo la verdad”. (Declaración al comisario Croce).

“Me llamo Aurelia Frico y todavía estoy aterrorizada por lo que me pasó, comisario, al borde de un infarto del miocardio; figúrese la situación tan pavorosa que sufrí, ¡no quiero ni acordarme pero debo declarar! Ayer en la noche llegué al edificio donde vivo y mientras el chofer estacionaba la camioneta Explorer, en el sótano, yo caminé para tomar el ascensor. En ese momento, como de la nada, aparecieron dos malandros y me amenazaron con unas armas grandísimas; no sé, creo que eran revólveres. Entonces me dijeron: ‘Cállate o te quemamos!’, y me obligaron a subir con ellos hasta el apartamento. Ahí lo revisaron todo, la sala, los cuartos, la cocina y, después de comprobar que no había más gente, se pusieron a esperar que entrara el chofer, y comentaban: ‘La *vegetal* tiene billetes!’. Y cuando Raimundo llegó le dieron un cachazo por la cabeza, al pobre Raimundo que está para que lo jubilen, y lo encerraron en el baño de servicio. Entonces los muy bichos se sirvieron whisky de las botellas que había en el bar y me mostraron una foto del doctor Hallem, preguntándome si vivía al lado. Y como yo no deseaba que a mí también me dieran un cachazo, les contesté inmediatamente que sí, y me obligaron a que con cualquier excusa tocara en el apartamento del doctor Hallem para que abriera y ellos ‘hacer el trabajo’, así dijeron. Yo, temblando, fui y me paré delante de la puerta del doctor Hallem, mientras los dos malandros estaban escondidos ahí mismo en el pasillo, y

entonces por los nervios solo se me ocurrió pedirle un vaso de agua. El doctor Hallem, que no es idiota, mordió a través del ojo mágico que algo no andaba bien y, después de un ratito de silencio, me respondió sin abrir la puerta: ‘No, no tengo agua, vecina’. Entonces, comisario, los malandros se pusieron furiosos y me llevaron a empujones hasta mi apartamento, con groserías que no voy a repetir, y empezaron a juntar todo lo de valor, la *laptop*, el equipo de sonido, el DVD, televisores, licores, joyas, cubiertos de plata, y me pedían a gritos y amenazas el sitio donde se hallaba escondida la caja fuerte, y yo por fin los convencí de que no tenía ninguna caja fuerte; y entonces metieron todo entre unas sábanas, sacaron a Raimundo del baño, y después fuimos al estacionamiento y las guardaron en mi camioneta. Le ordenaron al pobre Raimundo que manejara; uno de ellos iba como copiloto y el otro conmigo en el asiento de atrás, y recorrimos varios cajeros electrónicos para sacar plata de mis cuentas bancarias. Luego dimos algunas vueltas por la ciudad –creo que para disimular– y mandaron a Raimundo a que tomara la vía de la carretera vieja de La Guaira, y cogiera después por un camino de tierra hasta un lugar donde hay varios ranchos que se están cayendo. ¡Comisario, no me pregunte cómo se llama el barrio porque no lo sé ni quiero saberlo! Ahí le indicaron a Raimundo que se detuviera en una casita con techo de zinc para bajar las cosas de la Explorer; pero de repente empezaron a culparse entre ellos por no haber hecho el trabajo y a discutir por el reparto de lo que me habían robado, y se gritaban y se mentaban la madre, entonces de golpe sacaron las armas y se cayeron a tiros. Los dos malandros, ¡Ay, comisario!, quedaron muertos dentro de la camioneta, y Raimundo y yo nos salvamos de puro milagro porque ese día no nos tocaba morirnos. Entonces Raimundo arrancó como alma que lleva el diablo, y con los dos cadáveres al lado de nosotros volvimos a mi apartamento y llamamos a la policía. Es todo”. (Declaración al comisario Pepe Carvalho).

“Mi nombre es Rosa Guaicamán y me desempeño como maestra de la Unidad Educativa 3 de Noviembre. Estoy

viviendo temporalmente –digo yo– en el refugio comunitario que queda en la última calle del mismo barrio, enfrente de una casita donde vivían alquilados Maikel ‘El Pitufó’ y Dimas ‘El Tortugo’, los dos chamos que, según comentan, se mataron a plomazos dentro la camioneta de una señora a la que habían secuestrado, comisario, cuando estaban peleando por la plata y los corotos que le robaron, pero no me consta. Lo que sí puedo asegurarle es que esos dos chamos eran el azote del barrio, cobraban peaje, vendían drogas y, además, dicen las malas lenguas que hacían ‘trabajos’ por encargo; no me consta, no sé. Un día, casi en la noche, me asomé por casualidad y vi que llegaba en un carro nuevecito un muchacho del barrio que se llama Carlos, no me acuerdo el apellido, y que fue hasta hace poco funcionario de la policía. Carlos prendió y apagó las luces varias veces, y salieron Maikel y Dimas como haciéndose los locos, y todos entraron después a la casa y estuvieron ahí un buen rato; no supe la hora porque me puse a ver la telenovela. La semana siguiente, que cayó carnaval, Carlos regresó con una mujer como de treintipico de años, medio catira, no muy alta y de pantalones azules, y entraron a la casa y conversaron también largo con Maikel y Dimas, y después se despidieron, riéndose. El siguiente domingo, que fue la octavita de carnaval, Carlos se presentó con la tipa de antes y abrazando a otra mujer más madura pero no muy vieja, con pinta de vivir en el este; y yo inmediatamente pensé que Carlos estaba chuleando a esa señora, por el carro nuevo que se gastaba y los zapatos y la franela de marca. Me pareció que la más vieja era la madre de la más joven porque tenían la misma cara redonda y la misma forma del cuerpo, y que la señora mandaba a la hija y a Carlos, y que los tres andaban en movidas extrañas con Maikel y Dimas. No me equivoqué, comisario, aunque usted diga que veo muchas telenovelas, porque a esos chamos les encontraron la foto del odontólogo que iban a liquidar”. (Declaración al comisario Jeremías Morales).

CAMIÓN DE BASURA SE LLEVÓ DEDO QUE LE CORTARON A PLAGIADO

(Página Veinte)

Da igual que se llamase Pedro Luis o Luis Pedro, o que le dijieran Perucho –con golpecitos en el hombro– los asiduos de las apuestas hípicas: lo importante es que Perucho Girón no merecía morir de esa forma.

El hoy cadáver poseía tres locales dedicados al remate de caballos, tres industrias del vicio legal que le producían dinero cósmico (léase, billetes al por mayor y plata sonantísima). El hoy occiso esmeraba sonrisas de cariño bueno durante las horas laborables, jamás andaba armado, se permitía la opulencia de un automóvil *supersport*, y hablaba y hablaba (con amnesia de Alzheimer) acerca de los remedios contra la úlcera gástrica. El hoy difunto carecía de amigos íntimos y de amigas extramaritales; solo leía la *Gaceta Hípica* y a las once y media de la noche se acurrucaba en el lecho para acogerse al calor de su esposa. El hoy mortal muerto tenía una hija pequeña, un canario enjaulado, una vivienda nueva y un televisor gigante.

Según el informe de los Fiscales Públicos, a Perucho le husmeaban los pasos desde hacía tiempo para secuestrarlo y cobrar el rescate. El inocente nunca se percató de los cinco hombres y una mujer que, a la sombra del día (o a luz de la nocturnidad), frecuentaban sus negocios, anotaban sus rutinas, sacaban cuentas de sus ganancias y hasta le dirigían palabras esporádicas. Caras sin señas especiales, lémures del delito común, culpables en los adentros.

Y el refrán preferido de Perucho, obvio y simple, le calzó a la perfección: “Lo que va a ocurrir, ocurre”, porque un domingo se devolvió a casa en búsqueda de cualquier nadería, y allí estaban esperándolo el quinteto de tipos y la sola mujer:

—Cierra la boca. No hagas ningún movimiento. Obedece, *guón*.

Lo subieron a una camioneta y lo vendaron. La mujer transmitía instrucciones al chofer; los demás iban en otro vehículo. Perucho supo, por coordenadas ciegas, que tomaban la Autopista Central. Luego de desplazamientos en diversos rumbos y zarandeos de curvas, llegaron a un paraje silencioso.

—¡Quítenle la venda y encadénelo! —ordenó el jefe.

Perucho vio que se hallaban en una especie de finca sin árboles y se puso a orar.

—Reza también por nosotros —dijo la mujer, y todos se carcajearon.

El jefe contactó por teléfono a la esposa de Perucho: “En un pote de basura, a media cuadra de donde vives, encontrarás la prueba de que tu hombre está vivo. Si llamas a la policía, no lo verás más. Saca los reales del banco, son quinientos millones. Nos comunicaremos mañana”.

A Perucho le dieron una mezcla de ron y alcaloides para que aguantara, y la mujer fue la encargada de amputarle el dedo anular izquierdo con un cuchillo de cocina. En la vehemencia de un minuto la faena estuvo lista y, entre el calor de la sangre y los gritos de Perucho, introdujeron el dedo en una bolsa plástica y lo remitieron al pote de las pruebas.

La esposa de Perucho buscó afanosamente, pero nada encontró, pues el camión del aseo urbano se había llevado la basura (“Lo que va a ocurrir, ocurre”).

Sin el pago del rescate y la policía siguiéndolos, los plagiarios se ensañaron: en vez de darle a Perucho dos balazos en el cráneo, lo metieron en un barril y lo colmaron de cemento. El jefe de la banda le amputó el otro anular, con la malévola esperanza de una nueva diligencia de cobro.

Perucho Girón, desde su exilio de cadáver, no sale de asombros porque los cinco tipos y la mujer ya andan libres por esta tierra.

DESAPARECE FALSIFICADOR DE CUADROS BUSCADO POR LA INTERPOL

(Revista *Tópicos del Trópico*)

Astor era un chiquillo brusco que apenas descascaraba la adolescencia, cuando su madre lo llevó al estudio del pintor Publio Ancízar Meléndez: leyenda de barba y ademanes educados, porte de chaleco a lo Toulouse Lautrec y boquilla en el ángulo de la comisura derecha.

Desde que don Publio lo vio, en perspectiva de maestro silente, entendió que aquel pequeño sería su alumno para los años del porvenir. Y así fue, porque Astor Alio, hijo único de la cocinera a destajo, se convirtió en su pincel de sombras y en su calco absoluto, como si ambos perteneciesen a uniformes genes de familia.

(Los críticos de arte aseveran, con rotunda y solemne seguridad –para eso son críticos de arte–, que en nuestro país no ha habido ningún falsificador de cuadros tan serio como Astor Alio. Serio y escurridizo, anónimo y embozado, profesional de las máscaras variables y superpuestas. De él no se conocen fotografías frontales o de perfil, ni distantes ni con acercamiento; tampoco compendios de vida o currículos académicos; nada más lacónicas referencias, pastillas de Twitter o chismes por Internet. Reconstruirlo a través de una indeleble verificación significó el engranaje de muchos eslabones extraviados y largos lapsos de desvelo).

El maestro Ancízar, ya en el blando barranco de la madurez, adoptó a Astor como el hijo que había procreado imaginativamente. Por ello, no solo le permitió adueñarse de los recovecos de la casa –una antigua hacienda dispuesta para el quehacer urbano–, sino que se dedicó con paciencia (y asiduidad) a enseñarle los secretos de la pintura. Se les observaba frente al caballete, sin estorbos de tiempo, en plan de magíster y alumno, igual que Piero della Francesca y su pupilo Galeotto,

o que Miguel Ángel y su discípulo Condivi; y los dos, en ejercicios a cuatro manos, concebían paisajes, grafismos, presencias figurativas, naturalezas muertas y cualquier clase de hazañas policromas. Publio Ancízar Meléndez se miraba repetido en Alio y este no distinguía más preceptos que los de su mentor.

Rastros adultos dan cuenta de los efímeros estudios de Astor Alio (bajo nombre supuesto) en el Círculo Artístico Prometeo, los cuales abandonó por inmodestia o desidia un día de aburrimiento. Apuntan que fue a Florencia en viaje que le sufragó el maestro y allí se mantuvo por algunos meses analizando la pintura de los clásicos. Dicen que, de vuelta, se coló infinidad de veces en El Louvre como postizo turista de grupos españoles, y que en la Place du Tertre dibujaba a la intemperie los rostros de los visitantes.

La disnea pulmonar de Ancízar Meléndez escogió una tarde de bruma impresionista para asfixiarlo irreversiblemente. Astor, su único hijo pródigo (o prodigio), se ocupó de enterrarlo casi en soledad con honores adustos; y después de semanas de congoja sin lágrimas, mudó el taller a un cruce de ventiscas y montañas, cerca de Caracas. La omnipresente figura paternal le planteó una obligación: remedar los cuadros del maestro.

En esa labor de admiraciones y tributos, pintó innumerables óleos que firmaba por costumbre ajena con la rúbrica de Publio Ancízar Meléndez (la “P” acostada sobre el resto de las letras planas). Signos idénticos, moldes exactos. Y quizás debido a las acucias del hambre –nadie sabe– y mediante prácticas aún sin esclarecerse, empezó la venta de las obras en los mercados del arte. El triunfo resultó total; los especialistas no se percataron de la suplantación, el cenáculo crítico alabó la insigne trayectoria de Ancízar y el precio de los cuadros ascendió a cifras desconcertantes.

Astor Alio recibió el éxito como el homenaje *post mortem* que la sociedad adeudaba al Toulouse Lautrec de Petare; y apasionado por el juego de las simulaciones, se dedicó a imitar el estilo de otros excelsos artistas –Rojas, Michelena, Reverón,

Cabré, Poleo— y a colocar los lienzos mediante sinuosas argucias en subastas y galerías. Lo efectuó con trabajos únicos, para evitar la posible verificación de los expertos; y en cada caso analizaba, hasta muy íntimas honduras, las características del autor, incluyendo sus rasgos de personalidad, sus vicios humanos y sus gustos profanos. Por el exhaustivo escudriñamiento y el fecundo período de elaboración podría estimarse que Astor Alio, lejos de ser un simple plagiario, re-creaba la obra de sus queridos arquetipos.

Continuó en la tarea a la luz de claroscuros e indagaciones y una apariencia personal que, por requisitos de la anonimia, modificaba todas las semanas. No es factible determinar con precisión cuándo Alio resolvió adentrarse en las hormas de Botero y Frida Kahlo, autores que se contradecían entre sí, pero cuya notoriedad acaparaba la avidez de las trasnacionales del arte. Susurran que posiblemente dijo: “¡Manos a la obra y obras a la mano!”; y luego de una etapa de incansable ardor creativo (o re-creativo) inundó las salas y pinacotecas del mundo con sus producciones falsas. La cantante Madonna, dueña de una extensa muestra de Frida, no se percató de que posaba para los *flashes* al lado de cuadros ilegítimos de la mexicana; y Bill Gates tampoco supo que aquella comparsa de obesos, frente al corredor de su segunda oficina alterna en Manhattan, no pertenecía al Botero de Bogotá.

La verdad tardó mucho en arraigarse porque ni coleccionistas, *marchands*, peritos, grafólogos o curadores querían aceptar los desaciertos, y fueron los bancos de las casas Sotheby's y Christie's los que apelaron a la Interpol. Entonces hubo alerta roja, vagos retratos hablados, comidillas, pesquisas sobre exposiciones y retrospectivas, maledicencias de bohemios, allanamiento a ferias pictóricas: el típico “cangrejo”, en lenguaje detectivesco. Por fin la policía, conforme al soplo de un desconocido, precisó los últimos movimientos de Alio y la toponimia de su taller (39° noreste, detrás del Pico Varas), y encargó al Grupo XZ el comando de la acción. Sería temprano en la noche

y con pocos integrantes, pues no esperaban ninguna respuesta armada. A la hora prevista, las sombras de ataque iniciaron el ascenso hacia el objetivo; los árboles bordeaban la cúspide, el viento soplaba con mansa lentitud. De repente, una explosión sacudió el taller y los alrededores: Alio había incendiado su refugio, su memoria y sus cuadros. Al apagarse el fuego, hallaron entre los escombros un cuerpo calcinado y las cenizas de lo que fue la constancia de una obra múltiple y ajena.

Otrosí: Aún infinitas dudas rodean la crónica existencial de Astor Alio, porque dicen –nadie sabe– que el cadáver carbonizado pertenecía a un indigente de la vecindad; que los lienzos consumidos por las llamas eran simples telas vírgenes; que el plagiario recorre las naciones con un falso y perfecto pasaporte de la Unión Europea (de manufactura propia), y que, en venganza de sus enemigos, pronto inundará el mercado con cuadros de cien genios de la pintura. Vale.

EL TRÁNSITO DE LA CIUDAD PRODUCE VIOLENCIA Y ESTRÉS

(*Línea Directa*)

En la autopista, los carros se aglomeran como una serpiente detenida. Nada se mueve, nada avanza. El calor supera marcas siderales y los choferes muestran la exasperación de un día adverso. El camión que transporta ansiedad, leche y verduras pierde los frenos y arremete contra un grupo de inocentes automóviles: discusión incivil en alto volumen, retos de agresión cuerpo a cuerpo, saluciones a los ancestros. La calina se amplifica de modo general y, por ello, un Dodge 98 no ve a un Fiat 2000 y le destroza el tren trasero (humo en las inmediaciones, amasijos, restos inútiles). Los fiscales no llegan. La cola se extiende, igual que una oruga de neumáticos, hasta el linde de la ciudad satélite; y los conductores tratan de dominar el mareo del agobio, y compran refrescos a los viandantes de calle y sintonizan emisoras que imponen megavatios de salsa, *heavy* y *rap*. Una camioneta 4x4 (orgullosa de su dueño y viceversa) embiste a un Corolla de rasgos orientales y le impide la locomoción; más sierpes en hilera, más colas coléricas. Por el lado opuesto, como si fuese “La Autopista del Sur”, de Julio Cortázar, los vehículos están detenidos en un carril inmemorial. Cada quien medita desasosiegos y arrebatos, pero el tiempo carece de tiempo (es un einsteiniano microcosmos sólido que no necesita comprobación). En el rumbo norte, el caos muestra garras colectivas, pues una gandola Mack se ha volcado con su carga de cerveza, y entonces de la ubicuidad aparecen cientos de hormigas humanas o infrahumanas para llevarse las botellas, en una suerte de saqueo fortuito. Los motorizados se desplazan cual equilibristas del Circo Zigzag o gimnastas del suicidio lícito, haciendo sonar la seguidilla de sus cornetas (“¡Abran paso, carajo, apártense!”); y uno de ellos, sin casco, se estrella contra un anciano Festiva y queda sobre el asfalto, de cara a los rostros de miles de solidarios motociclistas que

se niegan a proseguir el camino si no se le hace justicia inmediata al colega (o sea, cuidados médicos de emergencia y compensación sonante y contante, o sea). Desde las alturas, el helicóptero de “La Brújula Aérea” informa que el acceso capitalino, vía paseo periférico, se encuentra obstaculizado por una manifestación de protesta y por un cordón de policías, y que resulta mejor desviarse por los atajos verdes de la troncal A9-9. No obstante, esa posibilidad no es factible porque hay un muerto encima del asfalto, que espera el auxilio póstumo de la furgoneta municipal; se trata de un taxista a quien tirotearon, en medio de la calle y de su labor, dos sicarios con capuchas incógnitas. Y las colas se redoblan y los autos forman un desorden de filas a lo largo de los canales de circulación, y los más abusivos toman el hombrillo para demostrar al planeta la tipología de la vivacidad autóctona. Se escucha, no muy lejos, la sirena de los Bomberos Municipales, quizás a causa de la Hummer “todoterrero” que se llevó por delante la vida del joven Vidal; quizás a causa del autobús de Expresos Rápidos que cayó, por exceso de velocidad, en el hueco mayor de la Avenida Héroes Patrios (los rumores de Twitter consignan un saldo de veinte heridos graves y ninguno leve). ¡Cerrada esa opción y también, desafortunadamente, la de los tramos del distribuidor P3-bis por semáforos fuera de servicio! El Chevy negro pugna con el Siena deportivo su espacio en la cola y, sin mediar diálogos ciudadanos, los pilotos se bajan de los carros, sacan las armas y resuelven el problema a vehemencia de balazos; los demás choferes se esconden dentro de los autos para que no los salpique la reyerta, y luego emergen —como por costumbre— en socorro de las víctimas (la policía tardará su presencia y las ambulancias están incluidas en diversos embotellamientos). Columnas de vehículos en todas direcciones, *culs de sac*, motociclistas y mototaxistas a velocidad de inmolación, “rústicos” llenos de gente y fatiga, camionetas de pasajeros hacia el letargo pleno, fallas de borde e inundaciones que aguardan la astucia de los expertos, vendedores de baratas baratijas, luces para alumbrar el *miedo ambiente*, altercados, duelos públicos, litigio de milímetros metálicos.

No hay que preocuparse, mañana será otro día (igual).

POLICÍA INDAGA EN ENTORNO FAMILIAR DE ITALIANO ASESINADO

(*El Correo del Caribe*)

Pietro la había conocido por Internet. Presencia de las mutuas sandeces (y falacias) que se dicen los usuarios de la red; ponderación ilimitada de las pocas virtudes que cada quien tiene y omisión expreso de los defectos, lacras y vicios. Si no, la Tierra estaría plenamente incomunicada. Pietro Martuccio lo sabía, aunque no del todo.

Disquisiciones aparte, el italiano, un anticuario de mediana edad con afición por las armas de caza (no por las “amas de casa”), imprimió el retrato de Joselyn –que en verdad se llamaba Diogracia– y lo colocó en sitio preferencial de su tienda para que los amigos opinasen, de manera espontánea o inducida, acerca de la selvática belleza de la internauta. Pietro –hay que puntualizarlo– consideraba en aquel tiempo que Caracas estaba rodeada de tigres sin zoológico y ríos navegables por descendientes de Colón, pifias que debían perdonársele porque su trabajo lo absorbía hasta el punto de la ignorancia.

A los amores cibernéticos les faltaban, por supuesto, los manoseos de pieles y las succiones de besos y, por eso mismo, Pietro –como siciliano febril– se excitó de alegría cuando Joselyn lo invitó a pasarse una larga temporada en Venezuela. Apenas el comerciante finalizó la lectura del correo electrónico contentivo de la invitación, se tomó un *mandarinetto* para celebrar el día fasto, puso velas alegóricas bajo la foto desvaída de su difunta madre, e inició los trámites del caso. En realidad, los trámites consistieron en venderlo todo a precio de remate, porque no tenía intenciones de aferrarse a Palermo, sino de casarse *ad eternum* con la caraqueña que amaba mediante Hotmail: “*Ciao, ciao, mamma mia*”.

En la fecha prevista, Pietro llegó al aeropuerto Bolívar y, venciendo la zozobra del advenedizo, otorgó un giro visual para ubicar a Joselyn. No fue difícil hallarla: ahí se encontraba la chica, al lado de tres caballeros que la remedaban en físico, guiños y gesticulación:

—¡Joselyn del alma! —gritó Pietro, sin importarle el público presente.

—¡Pietro, Pietro! —balbuceó la mujer, a través de una vocecita hueca. Entonces, como en las películas de Marcelo Mastroiani y Sofía Loren, ambos corrieron y se besaron tormentosamente.

Cuando logró despegarse del abrazo abrasivo del hombre de Palermo, Joselyn señaló al trío de testigos:

—Amor, son mis hermanos.

Pietro alargó su calidez y ellos un “mucho gusto” casi glacial, casi por obligación. En el hipotético film, Mastroiani hubiese ideado algo para zafarse de los indeseables tipos y raptar a la guapa Joselyn, pero Pietro no era de los que tuercen la historia cotidiana (“¡*Cretino, imbecille!*”, lo lastimaba la *mamma* dentro del cerebro).

El invitado se alojó durante varios meses en un hotel cercano al estrepitoso barrio de Joselyn, mientras los paseos por la capital y los ardores inconclusos sazaban el designio del matrimonio. Y a finales de la época de calor, como sorpresa de tiempos nuevos, la chica se presentó con un juez, un manojo de orquídeas recién cortadas, y la decisión inocultable de casarse. Pietro, que sin quererlo tenía desplantes de la Cosa Nostra, arrendó de inmediato el mejor local de fiestas de Caracas para la celebración del acto y, además, buscó, con ayuda de las *Páginas Amarillas*, a los diez guitarristas de mayor fama nacional en el artilugio de amenizar casorios súbitos. La fiesta resultó un éxito, pese a la mínima y calculada asistencia, pues, aparte de la Autoridad y su secretaria, solo estaban los novios y los tres hermanos de Joselyn.

El hombre de Sicilia, deseoso de trasplantarse con lucimiento a estas tierras, emprendió un negocio de muebles y objetos antiguos que importaría desde los recovecos de Europa; alquiló una residencia, por el rumbo de los burgueses, cuya vista se posaba en las extensiones del cerro El Ávila; compró un auto de cinco velocidades, ocho inyectores y techo de *vinyl*; se afilió al Círculo de Gastronomía y a la piscina del Marina Club; y sacó del baúl la colección de armas de caza para exhibirlas en la pared principal de su hogar.

Al cabo de un arduo año metódico y muchas pastillas contra el insomnio, Pietro tenía bien apuntalada la tienda de *antiquités*: los clientes acudían desde todas partes del país, provistos de sus riquezas rápidas en forma de cheques al portador, con la intención de adquirir cualquier artículo que pareciese vetusto; y la computadora –modernísima y ágil– sumaba, sin amedrentamientos de *chips*, numerosos ceros a la derecha. El siciliano, siempre desconfiado de los bancos, introducía la plata en bolsas plásticas para luego guardarlas bajo el escondite de un recodo de su habitación.

Joselyn, sin embargo, se mostraba parca y ausente, aunque atendía con aleccionado esmero los deberes matrimoniales (incluyendo el hervor del microondas y los devaneos de sexo entre las sábanas). Su mirada era lejana, de colores nocturnos y como inserta en parajes ininteligibles. Por más que el esposo la precisaba, la mujer no accedía a las explicaciones: “Estoy bien, nada me ocurre”; e invariablemente iba por las tardes a clases de Teología de la Conducta (así decía ella) en una de las iglesias del Grupo Adventicio, ¡sin perderse ninguna ni perderse después de medianoche en el tráfico de la ciudad!

Pietro, preocupado, inventaba viajes, fiestas y regalos inusuales, para ver si Joselyn (o Deogracia) superaba el *spleen* y se comportaba como una mujer normal, con ganas de embarazos sucesivos e hijos que llevarsen sus mismos nombres. Actitud en vano, pura pérdida de tiempo, porque la cónyuge solo estaba

pendiente de su “lógica teológica” y de reiterar, al pie de la letra humana, aquella vocación extraña que la alejaba del marido.

A Pietro, según la perspicacia de los oriundos de Palermo, se le prendió la lumínica idea de contratar a un detective especializado en desbarajustes de pareja, pero no fue necesario. La noche en que regresaban de la cena conmemorativa de su segundo aniversario de bodas, el siciliano se adelantó para abrir la puerta y encender las lámparas de la sala. Enseguida, de espaldas a la claridad, sintió un golpe en la nuca que lo tumbó sobre el suelo mortal de granito negro. Dentro de la semiinconsciencia, abrió los ojos y percibió a Deogracia (o Joselyn) y a sus tres hermanos hablando y recorriendo el domicilio; mejor dicho, a los dos hermanos y al amante de su mujer: un primo “adventista”, habilidoso en las mentiras del parentesco, que no cesaba de besarla. Los ojitos agonizantes de Pietro miraron, al borde de transformarse en pretérito, cómo el grupo contaba los billetes que él había ahorrado y cómo desprendían de la pared su nostálgica colección de armas de caza. “*¡Cretino, imbecille!*”, lo lastimaba la *mamma* dentro del cerebro.

UTILIZAN CABEZA DE RECLUSO PARA JUGAR PELOTA

(Revista *El Espejo Roto*)

Juegan con una pelota que resbala, que se descabella, que se deshilacha y que da miedo en los huesos, o hacen que juegan por puro tormento, o por pura venganza, así ocurre. Pelota con pico de nariz como si absorbiera tronas de coca; pelota alguna vez temible, ácida, redonda en la antigua vida, también con ojitos para escoger a las víctimas de una sola intención. “Tú”, sentenciaba el globo por el orificio de la boca, y pronto ese “tú” caía liquidado por cualquier filo; el desfiladero, en suma. Y el globo no escuchaba a través de las orejas, o sí escuchaba pero nada más lo conveniente (sordo sórdido, cerumen personal tapándole la mitad de los crujidos).

Los jugadores –ningunos atletas– están en presidio por causas que no son ajenas a su voluntad, ni a la calle ni al son de las *fucas*, y comen y duermen con los párpados abiertos en un sigilo de años como el ocio. Poco hablan porque las palabras se les enredan tras la lengua, o tienen un sentido que ya desconocen: la muerte es acostarse para soñar pesadillas al lado/encima de la muerte. Casi no hay viejos, pues los abuelos están completos y libres, sorbiéndose (afuerísima) las canas de sus barbas; y los casi viejos que existen –de cuarentialgo, por ejemplo–, únicamente dan lecciones acerca de la sobrevivencia: “¡Mosca, nunca achantes; desconfía, ármate aunque sea con un hierro de otro!”

Dígalo ahí: “Desde que al Benny lo encerraron, controló en la cárcel el tráfico de yerbas y polvos, no a plazos sino de abuso; era su ley. Tenía un expediente de quince tipos horizontales; jamás perdonaba a quienes odiaba en esta coña existencia; padecía de irritable rencor, Benny el ‘mataculebras’, la veloz velocidad, la última palabra, la bala fija. Sus pandillas externas –chamos con permiso para cualquier vacilón– aún dominaban el norte drogo

del país, y al negocio habían añadido el hurto de automóviles, bajo la ceguera de policías y notarios que también conjugaban el verbo *esnifar*. Muna por montones, viajes a Colombia, *misses* alquiladas, quintas, camionetas cuatroporcuatro, burda de anillos en los dedos, lujos de marginales”.

¿Con quiénes organizó la banda de adentro? “Esa la formó con los malandros más temibles del Infiernito, sección donde la vida vale menos que nada. Al tuerto Galíndez y a Robin “La niña”, una marica de pelo en pecho, los nombró guardaespaldas o ellos se autonombraron; el árabe Alim le llevaba la contabilidad en la memoria (“¡Papeles ni de vaina!”); y el resto de socios vendía, cobraba y ajustaba cuentas. Carajos armados, entrompados, agitados, salseros hasta las 7 p. m. con equipos portátiles y rumba en las piernas –Mevestirédeneegroentuentierro, tracatá, tracatrá–, y después santeros de noche –¡MaríaLionza, reinamadre, acompáñanos!–, *crack* para todo el que pudiese pagarlo sin fraudes... y si no, lo jodían allí mismo. Como les ocurrió al Lobo y a Montoya, a Pepeluis y a Trini Segundo: en el suelo quedaron por hacerse los locos con la pasta. El Benny mandaba de a coñazos, se ocupaba del mínimo negocio (que si la cerveza, que si los cigarros), dirigía hasta la forma de persignarse de los otros; nadie se atrevía a contrariarlo, no ¡qué va!; y cuando se arrechaba lo notábamos porque se le ponía intensa una verruga en la frente, y era mejor esconderse, sepultarse detrás de las paredes. Su propia familia le tenía miedo-pánico, y cuentan –no sé– que desgració al hijo más pequeño en un pasón de coca –dicen, no sé–”.

¿Qué sucedió cuando llegó Yordan? “Al principio fueron amigos; el Benny lo incorporó a su seguridad y le dio cierta confianza, aunque lo trataba con desprecio y siempre quería demostrarle la jefatura, pero Yordan no aceptaba irrespetos de nadie y por eso ya había liquidado como a veinte almas que están hoy dando vueltas en el Purgatorio. El Benny se peló con él, no entendió la letra; tal vez nadie le explicó de verdad-verdad quién era el hombre. Y el 5 de julio, durante la fiesta que la Dirección nos preparó, el Benny –solo por joder– tiró la comida al piso y le

ordenó a Yordan que la recogiera. Yordan ni se movió. A partir de aquel problema se volvieron enemigos y Yordan creó su grupo con algunos varones dispuestos a lo máximo. Apariencias, excusas, porque lo fundamental estaba en el manejo de la droga y de las cuotas de protección que pagan los presos”.

¿Y entonces? “El Benny perdió parte del negocio, los carajos ya no le obedecían como antes; algo iba a ocurrir. Yordan se hizo fuerte entre los más nuevos y amenazaba con destronar al Benny: uno contra uno, o los del pabellón “C” contra los del ala “D”, o todos contra todos. Sospechas a cada momento, acusaciones, riñas, broncas, y las armas esperando. El Benny se la jugó completa e inició la vaina del exterminio. Cayeron, por chuzos de noche, Marcos y Erwin; luego les tocó el turno a Tomás y a La Víbora (descargas por la espalda); y, después, una mañana aparecieron muertos Oscarín y Romeroantonio. El grupo de Yordan se replegó; algunos sostenían que Yordan había cogido miedo (¡paciencia, paciencia!). El Benny creyó que tendría el dominio *fully* y total; equivocado estaba”.

¿Y lo último, *man*? “Yordan les pagó un billete a los guardaespaldas de Benny para que lo dejaran solo en el baño. Y ahí lo entrompó sin palabras, sin reclamos, sin gritos. Cuentan que alzó su machete hasta muy arriba, como en un circo de película y, ¡zuas!, le cortó la cabeza y empezó a patearla con furia. Inmediatamente se constituyeron dos equipos de fútbol, dos grupos ya igualados en la sangre”.

Juegan con una pelota que resbala, que se descabella, que se deshilacha y que da miedo en los huesos; o hacen que juegan por puro tormento, o quizás por pura venganza, así ocurre. Pelota con pico de nariz, como si absorbiera tronas de coca; pelota alguna vez temible, ácida, redonda en la antigua vida...

A NARCOMULA LE EXPLOTARON LOS DEDILES QUE TRANSPORTABA EN EL ESTÓMAGO

(Diario *El Mundo Americano*)

Llegó a Nueva York, luego de varias etapas de frío aéreo, con la bronquitis a flor de tos y ganas aún de fumarse sus cigarros negros. Aquella ciudad ilógica lo aguardaba: la gente parecía acostumbrada a los grandes tumultos de la soledad; y sintió otra vez los miedos de la infancia, pánico de no saber dónde estaba su sitio geográfico ni su ubicación en los afectos. Hablaba un inglés de *Reader One*, pero pudo entenderse (a esfuerzo de monosílabos) con un taxista que lo llevó, entre rascacielos y bostezos, al Hotel Norman de la calle 43. Durante el trayecto elaboró los inventarios del porvenir cercano o los agravios del pasado (exiguos fondos, la angustia de no tener ideas prácticas, la separación de la esposa, más una montaña de incómodos etcéteras) y permaneció bajo el vacilante trance de quienes nada esperan.

¿Por qué en el azar de los mapas, plenos de banderitas de indicación, había escogido Nueva York? ¿Cuál funesto pronóstico se hallaba detrás de las esquinas y los perros? ¿Qué haría con sus treintinueve años y unos zapatos carcomidos por la desidia? Sin respuestas, le pagó al taxista y la alfombra rota del hotel lo condujo hasta la administración.

El anciano gerente, dueño de un insomnio crónico como el suyo, le exigió el pasaporte y dos meses de adelanto porque la permanencia sería larga. Después de trámites superficiales (¡lo importante era el arreglo de la factura!), se tumbó sobre la cama para fumarse todos los cigarros y darle vueltas a su situación. “Solo, fané y descangallado”, pensó que esa existencia no merecía la pena vivirla y que resultaba más apropiado devolverse varios mundos hacia abajo, es decir, hasta su país subtropical. En eso se hallaba cuando alguien tocó la puerta. Una mujer

como de 1.80 metros (cualquier cálculo es aproximativo) le dijo buenas tardes o *gudafternun*, y enseguida le pidió hielo en perfecto y estruendoso español. Quiso negarse, pero los ojos de la mujer frenaron cualquier desobediencia, pues sus retinas irradiaban mayor excitación que las de Juana de Arco en medio de las brasas candentes, según un programa que había visto por la TV española:

—¡Señora, le traigo el hielo de inmediato!

—Señora no, señorita y sin novio —aclaró la mujer, mientras ponía su enorme pie en el quicio de la puerta para impedir que la cerrara.

—Perdone, no lo había notado —respondió él, con una de esas frases hechas de las cuales nos arrepentimos vertiginosamente.

—¿Cómo que no lo habías notado? ¿Acaso parezco una doña de ancianato, una viuda triste o una matrona de lo *last*?

—Perdóneme otra vez, señ... señorita, es que acabo de llegar y aún siento el mareo del avión.

—Los aviones no dan mareos, chico, son los barcos —añadió en tono de broma, y sin pedir permiso entró a la habitación, fue directamente a la pequeña nevera desconchada que la presidía, sacó hielo y colmó un vaso.

Luego, se sirvió whisky de una botella que apareció de la nada, se acomodó en la única butaca, estiró las piernas y ordenó:

—Llámame Martirio y, como yo no sé tu nombre, te diré Diego Lindo. Y ahora, Diego Lindo, cuéntame tu vida en mínimas palabras.

El hombre se azoró porque nunca nadie le había solicitado algo similar. Pretendió una sinopsis existencial, atando pedazos inconexos de su tránsito en esta tierra, pero Martirio no dejó que continuara:

—Basta, basta, Diego Lindo, me imagino todo lo demás. ¡Y no te me acuestes porque voy a mi pieza a buscar otra botella de whisky!

Diego Lindo, mientras tanto, pensó que esa locuaz interlocutora, desgarbada como acróbata del baloncesto, le traería

cuantiosos problemas, pero la reflexión pronto terminó porque la tipa ya se encontraba a su lado sirviéndose más escocés.

—Te propongo, Diego Lindísimo, que trabajes para el Grupo de Inversionistas Latinos X24 —expresó la mujer, con el vaso en ristre como señal de buen augurio—. Ganarás infinita “lana” y así podrás conseguir el visado gringo. No me contestes todavía, amor, porque es hora de querernos.

Y repentinamente se desnudó, en diligencia rutinaria, para tragarse el pene de Diego L. al compás de estrepitosos chillidos personales. Luego, soltó un “nos vemos mañana, *my friend*”, y partió sin vestirse.

Cuando el nuevo día se alojaba en las rendijas de la habitación, Martirio lo despertó y varios sujetos mudos lo trasladaron a una especie de fábrica llena de ventanas falsas y manchas de humo, donde estaba el Gabo Matías, jefe del Cártel *Pueltorriqueño*, hombre de guayabera inmensa, vocablos cortos y letras alteradas. El acuerdo de empleo resultó un tácito matrimonio punitivo:

—Estaremos juntos, *my boy*, hasta que la *muelte* nos separe. Billetes de los grandes no te faltarán... si tienes cojones.”. Ambos chocaron los puños y dijeron *all right*. La ciudad de sucios grises completaba la tramoya.

Como prueba, le asignaron el este del Bronx; un espacio de calles “calientes” y miradas interrogativas, cuyos edificios parecían ruinosos grafitos de concreto al borde de la implosión. En virtud de que debía entregar la droga personalmente y sin titubeos cobardes a los consumidores de la zona, se impuso una práctica de seguridad: “Evitar los ojos de quienes pueden causarnos daño” y, además, para aislarse, se enchufaba, mediante los audífonos de un equipo personal, a las interpretaciones de Duke Ellington (héroe del jazz y del Bronx). En rutina de tardes que anochecían, entregaba los disimulados paquetes y cobraba *cash*, para luego transferirle la plata a la administración del cártel. Todo sin meditar, sin dilucidar los males ni enfrascarse en

pequeñeces éticas... “porque habrá muna, si tienes cojones”. Y a más testículos más muna —añadía entre sueños verdes.

Estuvo en ese territorio durante varios semestres de cabales tareas delictivas, sin fallas o reclamos por las consignaciones de “azúcar” ni por la rendición de cuentas de lo obtenido. “Buen *man*, buen prospecto”, afirmaba laudatoriamente criminoso el Gabo Matías; y el día de Acción de Gracias, mientras se hartaba lonjas de pavo a la manera de Santurce, ordenó que Diego Lindo se ocupara del lado sur-sur de Queens, área de artistas venidos a menos, peloteros desahuciados por sus equipos, indóviles matrimonios de edad senil, estudiantes fuera de sitio en las universidades, exveteranos de guerra, músicos *underground*, y ociosos a tiempo completo. Diego Lindo aceptó gustosamente la designación, como si hubiera obtenido el honor de una presea académica o un puesto de alta alcurnia transnacional, y de inmediato se encargó del trabajo.

Sin embargo, en Queens sur-sur no le fue igual que en el Bronx porque la gente discrepaba por minucias, siempre se mostraba inconforme con el peso de la “nieve”, pretendía pagar a plazos y rechazaba que el suministrador no hablase las perfectas jergas del inglés. Diego Lindo, no acostumbrado a los tropiezos en la nueva profesión, sufrió un decaimiento típico; debió ingerir pastillas contra la vigilia general y té de la India para mitigar las depresiones absolutas. Nada adelantó en sus índices de normalidad y, por ello (¿sería verdaderamente por ello?), el jefe lo trasladó al sector de los andarines y errabundos.

El tiempo hace insípida la memoria, o la confunde, o la trastoca a fuerza de instigaciones de supervivencia. Diego L. poco se acuerda de la primera vez que llegó a New York y se topó con Martirio, pues han pasado muchos puentes sobre las aguas y muchos hoteles idénticos al Norman. No sabe dónde se halla la mujer (ni le importa): otras la sustituyeron en cuerpo y figura,

en desmanes y acechanzas. Diego L., por significarlo de algún modo, integra la nómina de viajeros del Grupo X24 (parapeto del Cártel *Pueltorriqueño*), tropa sin rostro que se disuelve en sí misma y jamás denuncia a los capos. Diego Lindo, perito por el costado de las agruras de estómago, ducho en el arte de los atragantamientos, fino experto de la esofagia *criminis*, no resistió las ganas de fumarse sus secretos cigarros negros durante un vuelo de Lima a Los Ángeles, y al regresar del baño sintió la explosión de los dediles. Y quizás oyó: “Hasta que la *muelte* nos separe, *my boy*”.

ULTIMADOS POR VENGANZA EN UN VELORIO

(*Último Reporte*)

La funeraria, en un recodo del tercer mundo, cuarta calle a la izquierda, estaba repleta de deudos y llantos. El joven cadáver –al que mentaban Deivis por rutinas diarias– dormía para la perpetuidad unos fognazos profundos (quince o mil, es lo mismo) que le agujerearon la ingle y la conciencia. Descansaba el novato difunto con las manos sobre el pecho, las piernas en exacto paralelo, los ojos semiabiertos y la efigie serena, como si se tratara de una pose ensayada por siglos de vida rápida. El ambiente mortuorio carecía de sillas para la alta concurrencia, los deudos hablaban con agria solidez, la noche tenía sabor a humo y ofensas, alguien entonaba la canción del que no vuelve: todo era presagio puro, anticipaciones, vaticinio de cartas sobre la mesa. Todo.

La madre de Deivis, más bien una anciana con cara de estupor, solicitaba, inquiría, impetraba justicia, mientras los ojos se le reviraban de odio e impotencias: “Que los asesinos paguen cien años por su delito, que se pudran y consuman en la cárcel”. Los allegados acrecentaban la acústica de la voz: “Justicia, justicia”; la mujer de Deivis ya no tenía lágrimas para sorberlas delante de los pequeños hijos; un beodo universal declamaba *cambalaches* por lo bajo: “El mundo fue y será una porquería, sí señor”; el tiempo generaba vapores insoportables.

La anécdota del asesinato (lugar común de los aconteceres) corría por la vigilia de la madrugada. De boca en boca y de café negro en café negro: Deivis se hallaba en la esquina de siempre, la esquina que lo vio crecer y acrecentarse de mañas. A su lado, el resto de la banda, cinco copias iguales y marginales; detrás, la ciudad dispareja e inmensa. Todos hablaban poco y sin escucharse, ¿para qué oír la monotonía de lo mismo, la tediosa exactitud de lo sabido? Mejor era el *crack* o la yerba

(con acompañamiento de rap fuerte). Deivis volteó por olfato intuitivo y los miró encimarse: se trataba de Nano y su también quinteto de malandros; Deivis logró observar, en una precaria fracción de segundos, el tamaño de los revólveres y sintió el instantáneo fuego que lo traspasaba; Deivis no se enteró de la defunción de los tres compinches, ni del escape de los otros dos (Bebeto y Darío), ni del escupitajo sobre sus añicos: “¡Para que aprendan a respetar nuestro territorio, coñosdemadre!”.

En el velatorio, los amigos, parientes y afines acentuaban la pesadumbre; les costaría olvidarse del Deivis que los ayudaba a solventar agobios y peligros, o que los untaba de plata con la idea de sacarlos de algún problema. Cada alusión, cada sollozo de hipo amargos, quería devolverlo por fantásticas alquimias al planeta de los aún vivos.

De repente, la sala fúnebre se contrajo en un miedo oscuro porque Nano y su combo habían irrumpido con el aval de unos fusiles de guerra cruda. Buscaban a los cobardes; jamás Bebeto y Darío podrían escapárseles. Las sillas rodaron en una confusión de sobresaltos (y terror), las viejas se ocultaron tras cirios y cortinas, los machos-audaces pretendieron oponerse. Nada resultó: Bebeto y Darío cayeron mientras se deslizaban por el arco de una pared; seis hombres más agonizaron de muerte concisa; la madre de Deivis obtuvo el impacto de diversas heridas, y una mujer encinta quedó con las pupilas fijas en el absurdo.

Entonces Nano y su banda remataron al difunto dentro de la urna, “por si acaso”, y se perdieron a través de la noche.

MÍNIMAS CRÓNICAS DEL DELITO COMÚN

(El Espectador Nacional)

Los tres cronicuentos que siguen tratan de lo “real maravilloso” del delito caraqueño, para utilizar –si cabe aquí– el concepto de Alejo Carpentier sobre la realidad americana. Lo malo del asunto es que ese entorno de maravillas se está convirtiendo en un drama fantasmagórico.

Uno: Julia, gorda, española y cuarentona, se enroscó en el cuello una cadena de fantasía comprada en la patria ibérica. No era pretensión de coqueta, pues solo saldría a adquirir aderezos para un gustoso plato de mariscos; tampoco ánimo ostentativo, ya que la alhaja no costaba más allá de unas pesetas antiquísimas; mucho menos quería exponerse como víctima, porque había leído con detenimiento los comentarios del doctor Mayorca sobre victimología, y no podía desoir las sabias palabras de un jurista que a lo mejor era oriundo de su propia tierra mayorquina.

Julia, entonces, partió de su casa y empezó a abreviar las cuadras que la separaban del abasto. Diez de la mañana: hora ingenua y luminosa ante cuyos rayos brillaba más el oro de barniz. De repente, como siempre suele suceder, un hombre encapuchado se le encimó con violencia y le arrebató la amarillenta cadena. Julia gritó, operática, en pos de ayuda policial, pero ante la soledad de sus alaridos resolvió volver al apartamento para curarse las escoriaciones que el atracador le había causado. Días después en Guernica, su tasca favorita, se lamentaba entre paisanos y cervezas la pérdida de la afectuosa prenda, y determinó, “¡hostias!”, que nunca jamás se colgaría cosa alguna de su rolliza humanidad.

El incidente, sin embargo, no concluyó en la sana paz de esa tertulia. La semana siguiente, Julia, ya recobrada del suceso, emprendió de nuevo el acostumbrado camino hasta el abasto.

En el mismo sitio, y quizás a la hora exacta, un joven de rasgos tranquilos le inquirió con suavidad:

—Señora, permítame una pregunta: ¿No fue a usted a quien asaltaron días atrás para robarla?

—Síí, majo soy yo —contestó inmediatamente Julia, con la esperanza de una pista esclarecedora.

El jovenazo, sin otras mediaduras, le cayó a cachetadas: “¡Esto es para que aprendas a no engañar a los demás usando joyas falsas!”, y se largó por la calle del medio.

Julia, entre lágrimas y cervezas, confesó que ya no creía en el doctor Mayorca.

Dos: El profesor universitario iba pensativo frente al volante del diminuto automóvil. Tal vez su cabeza estaba circunvalando el *to be or not to be* de las elecciones rectorales, la autonomía, el problema presupuestario... La mano, fuera del carro, evidenciaba un fino reloj, obsequio de los egresados de la última promoción (“Al maestro, con cariño”). Cuando el semáforo prendió su semiótica luz roja, el magíster detuvo el carro y siguió con sus lucubraciones. Sin que pudiese despabilarse, una sombra le desprendió el reloj y corrió hasta la otra orilla de la avenida. El sujeto a quien correspondía la sombra, sintiéndose ya fuera de peligro, volteó con calma para observar al docente. Este hizo rápidos cálculos monetarios, pensó en “el que dirían” sus exalumnos, y con lúcida decisión le gritó al despojador:

—¡Te doy mil bolívares y me olvido de tu cara!

El asaltante dudó la fracción de un minuto, pero los billetes al viento lo convencieron. Retornó, veloz, sobre sus pasos, agarró el dinero y lanzó el reloj dentro del vehículo. Después advirtió, sentencioso:

—¡La próxima vez te costará mucho más caro!

Tres: En una clínica caraqueña donde la asepsia forma parte del alto precio, algunos enfermos aguardan por la ronda del facultativo. El de bata pulquérrima y científica entra a la

habitación con estetoscopio en mano, da los buenos días e inquiere sobre los males del paciente, “¿Cómo está hoy, le duele algo”, y el recién operado se queja, se retuerce e indica, ¡Ayyyyyy, doctor!, los puntos aún vivos de su herida de ayer. —Levántese —ordena el hipócrita hipocrático, pero el enfermo se rehúsa, “no puedo respirar sin que me duela”, y el sedicente galeno gruñe “hummm, aaanjá”, y de inmediato procede a tapar con adhesivos la boca del paciente y a amarrarlo de la cama. Luego registra el clóset, los pantalones en el colgador, el maletín del hospitalizado, apoderándose de todos los haberes que logra encontrar. Enseguida, invariablemente calmo, se despide con un “le deseo pronta recuperación”, y parte para auscultar a nuevas víctimas en el mismo piso.

SECUESTRO CAUSA PÁNICO EN URBANIZACIÓN

(Etiqueta Twitter #reporterosdeldelito@cronicuentoirasviolencia)

@Gomezmiguel La policía rodea el edificio Lomasávila donde habito. Parece un problema de secuestro. Seguiré informando.

@Carmenté También vivo en el edificio. Se comenta que dos hombres tienen como rehenes a las hermanas Moraga, apartamento 91A.

@Carlosrred Conozco a las Moraga, son bellas. Letsy acaba cumplir 30 años y Adicia que es estudiante no pasa de 20. ¡Ojalá les respeten sus vidas!

@Gabydel Parece que dos antisociales habían sometido a Letsy y Adicia en su apartamento, las robaron y luego se fueron por escaleras.

@Soniairaz Conserje dice que hampones salieron con lo robado en casa de hermanas y se devolvieron de puerta principal edificio al ver a policías.

@Silvioelaz Correcto, las Moraga llamaron teléfono SOS cuando delincuentes bajaban por escaleras, y patrullas llegaron casi de inmediato. ¡Cosa rara!

@Mariandel Los dos hombres regresaron al apartamento de Letsy y Adicia y las tienen como rehenes. Gritan que las matarán si policía decide entrar.

@Javidiaz Todos los vecinos estamos pendientes del caso y rezamos por la vida de las plagiadas. ¡Escúchanos, Señor!

@Juanaluisa Basta contemplaciones, autoridades deben actuar rápidamente y acabar ese peligroso jueguito. No creo en derechos humanos para asesinos.

@Pilpil Tranquila, Juanaluisa. Llegan más patrullas, ambulancias, periodistas, camarógrafos y hasta propio director Policía Científica.

@Maribeconcha También se presentó Fiscal del Ministerio Público con cara pocos amigos. Estamos en balcones y pasillos viendo. Parece una película.

@Estebanta Director Policía sube a dialogar con captores. Lo acompañan Fiscal Público y camarógrafo una televisora. ¡Momentos de gran tensión!

@Carmenté Vivo apto. contiguo. Director policial habla con plagiarios desde puerta entreabierta. Apuntan a hermanas, piden venga Ministro Justicia.

@Juanaluisa ¡Qué desvergonzados esos maleantes, encima solicitan parlamentar con Ministro! ¡Deberían eliminarlos a como dé lugar!

@Mitufife Ya aparecieron primeras imágenes por TV. País entero sigue sucesos en directo; conmoción general.

@Gomezmiguen Pesquisas identificaron a delincuentes: son Fernán Morduño, alias “Fernandito”, y el Loco Tobi; ambos peligrosísimos y de amplio prontuario.

@Barreralli Informan que “Fernandito” fue juzgado a 30 años por muerte grandeliga Rolidor y luego huyó de cárcel con complicidad custodios.

@Jimmath Positivo, ese “Fernandito” asesinó vilmente al grandeliga y después pagó un millonario soborno para evadirse de prisión.

@Luciafra El Loco Tobi también tiene su historia; purgaba condena en Retén Catia, lo trasladaron a psiquiátrico y de ahí se fugó.

@Claudelbar Viuda de pelotero Rolidor vio por televisión rostro de “Fernandito” y confirmó su identidad. ¡Par de joyas los plagiarios!

@Osfersara Periodistas se agolpan en alrededores Lomasávila, presencia de curiosos, fotógrafos y políticos. Llega Grupo Élite Operaciones Especiales.

@Miriamsan Esos políticos quieren aprovecharse de situación; algunos ofrecen canjearse por hermanas Letsy y Adicia. ¡Pura farsa y deseos publicidad!

@Hernpico Secuestradores muéstranse rápidamente a cámaras TV parapeteados tras rehenes. Exigen garantías y vehículo para escape o matan a las Moraga.

@Merce_rro Investigadores establecen contacto con madre “Fernandito” fines lo convenza se entregue. Señora ya está en camino.

@Antonualda Antisociales permitieron a Letsy y Adicia comunicarse medio minuto familiares por teléfono como prueba de que se hallan bien.

@Miguelangelo Desciende del carro de Min Justicia la madre de “Fernandito”, la observamos llorosa y temblando. Le prohíben hablar con prensa.

@Franzrri Suben a apartamento 91A, Director Policía, Fiscal Público, la madre del secuestrador y sacerdote Parroquia. Vecinos no aguantamos los nervios.

@Margacaden Todos se paran frente 91A. Cura entona oración y Director Policía dice a “Fernandito” que su mamá está ahí y quiere hablarle.

@Panchelepan “Fernandito” entreabre puerta, pide bendición a su madre, se persigna y deja ver que él y Tobi encañonan a las Moraga.

@Bulozeli Madre, con lágrimas, ruega a “Fernandito” que se entregue. Director policial ratifica respetarán vida de captores si deponen secuestro.

@Petroniosil Instantes de silencio. Nadie habla, no se escucha ni vuelo de las moscas. Sacerdote reza palabras mudas. El frío baja desde el cerro.

@Francisrrodri De repente “Fernandito” grita: “Ok, de acuerdo, me entregaré”. Y abre puerta y sale manos en alto junto a Letsy, la mayor de las Moraga.

@Loyomateresa Otra voz retumba: “Me traicionaste, hijodeputa, yo de aquí no me voy”. Es el Loco Tobi que tranca puerta y se escuda en Adicia.

@Os_rol Confusión colectiva, país entero pendiente. El Grupo Élite finiquita detalles acción comando, o plan B, para rescatar a rehén que queda.

@Negrodel La tele sigue paso a paso los acontecimientos. Resulta asombroso, es como si cada uno fuera testigo presencial de los hechos.

@Romulhen Y lo que no capta la televisión, lo recogemos nosotros por Twitter. ¡Más sorprendente aún!

@Simonymaracuch Sentimos un gran estallido. Balcón apartamento de las Moraga arde en llamas. Efectivos Grupo Élite rompen vidrios y penetran al inmueble.

@Demetrioaleman Estallido, según expertos, obedeció bomba de humo lanzada para desconcertar a Loco Tobi y tomar el sitio.

@Dianapifa Lo que percibimos ahora resulta horrible: se trata de los cadáveres de Adicia y del Loco Tobi. Todavía no entendemos qué sucedió.

@Aliciagarc Algunos creen que Loco Tobi, ante detonación bomba, asesinó a Adicia Moraga y después efectivos lo ultimaron a él.

@Gordacastell Otros piensan bomba no fue de humo sino de explosivos plásticos, y que por su causa murieron captor y plagiada. ¡Nunca se sabrá la verdad!

@Diegoele ¡Seguiremos, amigos, en este trajín de la información inmediata! Hasta pronto.

ATAQUE RACISTA CONTRA JOVEN ESTUDIANTE

(Diario *Siempre*)

Volteó, como si algo imprescindible lo obligara, y vio a los hombres que caminaban detrás de él (o vio sus sombras o el espejismo de sus sombras). La noche corría en ráfagas de humedad, las ventanas de los edificios mostraban el resplandor de televisores encendidos; nadie en la calle; el cielo tenía forma de alto océano; un perro lento se escondió entre los potes de basura.

El muchacho se detuvo. Las siluetas de los hombres también. Desde cualquier lugar, alguien gritó incoherencias: quizás contra el mundo, quizás contra sí mismo.

Dilas, el negro Dilas, regresaba de estudiar con sus amigos de la preparatoria. A ellos les costaba mucho la biología (o la aritmética o el inglés), y el negro Dilas poseía facilidad para enseñarlo todo. Explicaba con ejemplos palpables, personificados, certeros para intelectos obtusos, y nunca perdía la paciencia ni se tanteaba el pelo afro en señal de hastío, por las preguntas asombrosas (y vanas) que le formulaban sus discípulos.

Siempre se reunían en casa de Antel, un revoltijo de fonda, dormitorio hogareño, negocio de abarrotes y estudio fotográfico. Algunos emigrados de los Montes Ulianos, como Andros Luckas, padre de Antel, carecían de demarcaciones a la hora de proveer la subsistencia, y se ufanaban de los ancestros a caballo y de sus lances de pelea. Antel, enfocando los ojos, buscaba las cimas de los Ulianos en un vetusto mapamundi para indicarle a los compañeros el exacto lugar del cual provenía: “De aquí, donde tengo el dedo”. Y los otros, salvo Dilas, le respondían con burlas e insolencias, porque el sitio estaba precisamente ubicado en una maligna secreción de moscas. Entonces discutían y se amenazaban, escupían y se injuriaban, pero enseguida llegaba el viejo Andros, con su facha de carnicero al por menor, y rehabilitaba el orden.

Dilas sacó del bolso el pretexto de un cigarrillo. Los hombres continuaban ahí, detenidos en un rincón opaco. El arco de la luna apareció, después de las nubes, como añadidura del firmamento. A lo lejos, una mujer le reclamaba inmensas pequeñas al esposo. Los televisores irradiaban penúltimas noticias.

El joven negro, también hijo de negros, habitó siempre en Arica, al cobijo de los vientos y al este del mar. Allí no le era difícil vivir la negritud porque muchos ostentaban el signo de la raza africana: negros hasta en las blancas estadísticas, negros por todas las esquinas. El papá de Dilas, un hombre de estatura descomunal y botas de pescador, trabajaba en la más importante naviera de esa costa y, a veces (cuando el pisco le enaltecía sus orígenes), buscaba la guitarra para modular canciones hundidas en la memoria. Palabras inextricables, voces de la lengua kimbundu.

El cigarrillo de Dilas protagonizó una ceniza temblorosa. Los hombres (o sus tinieblas), rígidos y alertas, lucían la inmovilidad que precede a la acción. Chillaron unos gatos de sucias pelambres superpuestas. El planeta Marte, con ajenas fosforescencias, apareció más allá de las alturas próximas. Los focos de los automóviles iluminaban intermitentemente el callejón.

Doña Estílitita le echaba la bendición a su hijo con letanías de fervor: “que Dios me lo conduzca por el buen sendero, que me lo acompañe, que me lo cuide”, y Dilas se santiguaba para adherirse a los ruegos. Todos en familia, alrededor del árbol genealógico de la mesa, se engullían la sopa dominical de camarones frescos y alababan la sazón de Estílitita, y luego bailaban como si la música no pudiese calmarse dentro de ellos.

Dilas y los hombres (o sus espectros) semejabán un tiempo detenido. La brisa se volvió densa, corpórea. La mujer de los reclamos al esposo tiró la puerta y bajó las escaleras hacia el mundo. El perro lento indagó con los colmillos un ardor de gusanos. La noche, desértica, avanzaba sin remedio.

El muchacho iba al morro del puerto de Arica y ahí se sentaba, durante remansos de quietud, para ver los barcos que atravesaban el océano; buques nómadas, vapores de insignias

extrañas, navíos pertinaces. Y se veía, montado en cualquier ángulo de proa, descifrando el rumbo de los alisios y de los años futuros. El olor a salitre no admitía comparaciones porque era igual a una avalancha sólida en los bronquios; la neblina del horizonte carecía de límites, las olas brotaban sin ritmo fijo.

Los hombres (o sus contornos) empezaron a moverse lentamente. Dilas hizo lo mismo. La distancia entre ellos se mantenía con riguroso instinto, como si fuera la adecuación para el desenlace. El enjambre de gatos se confundió en una madeja lasciva; la noche enturbiaba el ambiente de tonalidades profundas, Marte dejó de admirarse.

Dilas ansiaba ir a Santiago. La capital lo seducía, pero nunca había tenido la oportunidad de visitarla. Muchos trenes y una abrupta fila de serranías lo separaban del deseo, por eso envió la carta solicitando la beca para continuar el bachillerato en Santiago: real esperanza en letras de molde y en el difuso matasellos. Entonces aguardó sin la premura del sobresalto ni las febriles campanadas del corazón. “Todo está escrito y prescrito”, sentenciaba la abuela entre emanaciones de tabaco, y no fue mentira porque un Viernes del Concilio le llegó la respuesta afirmativa: empezaría en la capital su nuevo ciclo de estudios. La imaginada ciudad lo esperaba.

El grupo de hombres aceleró un tanto la marcha (o la persecución) y Dilas no se quedó atrás. Simetría de pocos metros, cálculo del acoso. Los automóviles no alumbraron más la calle, la basura emitía su efluvio de desechos, la mujer volvió al hogar con graznidos amorosos (tal vez por causa de algunas copas de alcohol).

El muchacho, bajo síntomas de euforia, se despidió de sus diversas novias y de sus compinches cotidianos; incrustó en una maleta la ropa mínima y los libros fundamentales, y disfrutó hasta el amanecer de la fiesta de abrazos (y de consejos) que organizó la familia para despedirlo. Antes de tomar el tren, posó su nostalgia en el morro de Arica y contempló largamente el perpetuo oleaje del océano.

Los hombres, como si cumpliesen el acuerdo de una orden muda, comenzaron a correr detrás de Dilas. Primero, con el temple de un ejercicio usual; después, con la rápida energía de quien persigue a su presa. Dilas también empezó la carrera. Pugna hacia lo desconocido, maratón secreto.

Al muchacho lo deslumbró Santiago: las grandes alamedas, el sinuoso río Maipo, los edificios de cristal, los cafés al aire de la nocturnidad, los picos de los Andes, la gente multitudinaria, el frío que se mete en el escondrijo de los huesos. Alquiló una habitación cercana al liceo y pronto la ciudad se le volvió una tersa presencia, aunque algunos mirasen con recelo su piel oscura y sus cabellos crespos. Y en días de sol iba a Viña del Mar para cargarse de añoranzas, oxígenos y recuerdos.

Dilas volteó. Escasos metros lo separaban de los hombres y su iracundia. Competencia entre víctima y victimarios, porfía de desiguales. Al fin, exhausto, Dilas cayó al suelo. Los hombres lo rodearon, llevaban anónimos y sombríos pasamontañas: “¡Negro de mierda!”; gritó uno y le encajó una sucesión de patadas; “¡Negro hijo de puta!”; bramó otro y le ensangrentó de golpes el rostro; “¡Perro negro hijo de perra!”; corearon los demás mientras lo azotaban. Odio en *razzia* de insultos, saliva espesa contra la cara, más patadas, más golpes, más azotes crujientes. Dilas vio un cielo que daba vueltas y vio al hombre que sacó el cuchillo y vio los ojos de Antel que lo miraban a través del pasamontañas.

ESPOSA LE COBRABA AL MARIDO HEMIPLÉJICO POR SUS SERVICIOS COTIDIANOS

(*Universo Semanal*)

YO me topé con Norberto Alviárez cuando ambos estudiábamos Economía a trompicones y blandíamos los estandartes de la lucha política. Desde que hablamos por primera vez en el cafetín universitario (entre palabras sueltas y un torbellino de iracundias contra el Sistema), supe las reales inclinaciones de Norberto: la música y el sexo; lo demás no le interesaba de veras o solo le importaba como signos del tiempo. Hoy que lo enterrarán sin elogios de prensa ni avisos mortuorios, sin coronas de claveles ni chocolate caliente, veo su imagen de bigotes y sus manos sobre el piano del *Trópic* (pronunciado así, con ínfulas gringas): un bar de mujeres tristes y cervezas alegres, o lo inverso, donde nos fiaban hasta que terminaba el mes. Norberto –Tito para los amigos cercanos– era un conquistador de chicas desquiciadas, de locas profundas, de zorras frescas, y siempre se enamoraba como un maniático y les componía canciones pasionales (mitad poéticas, mitad estafalarias) para mantenerlas en su harem de seductor urbano. Yo me beneficié, por carambola, de tal arca de *mozas fermozas*, convenciendo a algunas para que también me arrullasen: “Tito me ha autorizado, somos como hermanos de leche”, les decía, y las tipas aceptaban sin mayor obstáculo porque las modas de la época pregonaban la libertad sexual y la toma del poder a toda costa. Tito y yo, yo y Tito, fuimos una inseparable conjunción de caracteres disímiles, de orillas lejanas, de aguas y vinagres, hasta que se marchó al exterior. Ninguno de los dos terminamos los estudios de Economía. Afortunadamente.

TÚ, Tito Alviárez, te fuiste a Madrid con una beca del gobierno español para aprender piano en el Conservatorio Superior, y alquilaste el orondo estudio (que consta en las fotos) muy cerca del

Museo del Prado y de tus anhelos artísticos, desde donde veías un minucioso panorama y podías recorrer calles legendarias como cualquier madrileño integral, sin los diminutos agobios de la Caracas del setenta o los chismes de códigos pequeño-burgueses. Aunque la beca te alcanzaba para una mediana comodidad de alumno extranjero, buscaste empleo nocturno en Los Fandangos (cerca de la Puerta del Sol) para tocar un antiguo Hammond de cola hasta que partieran los últimos clientes vinícolas. Y luego te dirigías a la casa, muerto de sueño alegre y de fatigas épicas, según proclamaban tus cartas (pues no existía el correo electrónico), a fin de acostarte un rato antes de las clases en el Conservatorio. Todo lo degustaste con exaltación: la ciudad, la música, el curso académico, las amiguitas, los olores, los sabores, porque poseías una personalidad dúctil que moldeabas conforme al ritmo de la existencia, sin prejuicios, dogmas ni bragas de fuerza. Pero nunca imaginaste lo que te ocurriría después; nunca, Tito Alviárez.

ELLA, la inescrutable, la enigmática, aún no había aparecido en escena. Quizás el naufragio la reservaba para perversas determinaciones.

YO, mientras tanto, me dediqué a ser profesor de Castellano y Literatura en un colegio de imberbes que no poseían ninguna afición por el conocimiento y me miraban con mezcla de extrañeza y desprecio, como si yo fuera una lámina sacada —¿disecada?— de enciclopedias caducas, o un adefesio prehistórico que usaba pantalones anchos y camisas opacas. Casi sin quererlo, contraje el eficaz martirio del matrimonio un día de torrencial lluvia caraqueña (muy lejana de poéticos aguaceros); y Raquel, maestra de danzas folklóricas en el mismo colegio, me otorgó el título de padre a través de tres chiquillos que, invariablemente, lloraban para despertar al conglomerado del ruinoso edificio donde habitábamos. No le refería estas menudencias a Tito porque no deseaba enturbiarle la dicha diaria que “sufría” en Madrid, la metrópoli de tantos vericuetos y tantos brillos. No le conté, por ejemplo, mis sucesivas desgracias (muertes

irremediables, descalabros, embargos, hipotecas, fracasos económicos), o mi asma con jadeos de tísico, o el insomnio continuo y antipático de Raquel, lugares comunes exentos de importancia para un *bon vivant* anclado más allá del Atlántico.

TÚ me avisaste un día cualquiera –digo un día cualquiera en Caracas y de especial otoño en España– que regresarías para ocuparte de la herencia familiar y –si acaso– de tocar el piano algunas veces selectas (bajo autorización médica), porque un accidente cerebro vascular te había dejado sin movilidad el lado derecho del cuerpo. Esa infausta circunstancia de atasco vital la constaté cuando fui a recibirte al aeropuerto, pues eras otro en estampa y esencia, un lémur pasivo, un escombros; y tú te diste cuenta del disimulo de mi aflicción y me abrazaste como si todo ocurriese en aquel pretérito ágil que nos vio plenos e incansables.

ELLA te acompañaba a sutiles metros para no obstruir el encuentro fraterno. Poseía un rostro blanco y alargado, como de Madonna de Botticelli; su estatura contrastaba con unas diminutas manos de uñas carcomidas, lo que me hizo lucubrar en confusiones freudianas todavía no resueltas; caminaba sobre ascuas de algodones artificiales, igual que si fuese una levitación hecha persona; y de sus ojos emergía una suave candela amable, un resplandor entre sólido y tenue, una llamarada oblicua. Y cuando se acercó para la cortesía de las presentaciones, su boca –inverosímil línea de dientes brillosos– moduló el nombre de Alike. Y enseguida añadió: "Sí, me llamo Alike Hassem, mucho gusto. Tito me ha hablado de usted. Nací en el sur de Andalucía, pero mi abuelo es oriundo de Marruecos, me encantará este país, mi nuevo país, estoy segura". Y para conmemorar sus anuncios o prefiguraciones de adaptación, le suministró un beso candente al autómatas cerebral de Tito Alviárez, cuyos ojos se perdían en las tribulaciones del aeropuerto.

YO no salía de mi asombro ni el asombro salía de mí, por la suerte de Tito: haberse topado, en el camino de sus andanzas, con aquella hembra completísima y amable que lo ayudaba a la sobrevivencia diaria y que, seguramente, disponía el orden de

los frascos de pastillas sobre el mantel para avivarle las mórbidas neuronas. Aquel día los llevé en mi auto a la casa de Tito, zona noreste y límpida de Caracas, cuya propiedad formaba parte de la herencia materna, junto con el mobiliario Luis XIV, la colección de cuadros de pintores clásicos y una extensa (e intensa) vista hacia la montaña, además de varios fundos de cacao en regiones contiguas al mar.

TÚ, Norberto Alviárez, mirabas la casa como si los recuerdos fueran dudas máximas o inmensos escollos de la memoria, y en ocasiones sonreías con afecto mecánico ante una cafetera de plata, un lienzo o unas sillas de caoba. Es decir, Tito, que casi no percibías el pretérito ni las honduras de sus signos, pues una rebelión de enlaces internos te lo impedía. A pesar de las lagunas del entendimiento, recorriste la vivienda, tú cobijo de años, en un lastimoso afán de normalidad, hasta que por fin la butaca del abuelo te logró dormir.

ELLA repasaba todo, observaba todo y mascullaba breves comentarios que apenas podía oír (“No me gusta el raso del sofá, quitaré la muestra de *bibelots*, cambiaré las cortinas...”). Se mostraba decidida, altivamente firme; actitud que contrastaba con la tierna asistencia que otorgaba al desértico Alviárez. Y siempre se comía las uñas, entrecerraba los párpados y caminaba alrededor de una circunferencia abstracta, como si en esa situación necesitara del movimiento continuo de sus piernas. ¡Alika, buen nombre para una novela de misterios detectivescos!

YO, esa vez y las próximas que tuve oportunidad de frecuentarlos en pareja, no dejé de asombrarme por las atenciones de Alika hacia Tito: lo mimaba como a un cachorro con corbata, le reía unas anécdotas que apenas eran comprensibles por causa de la merma de su garganta, compartía sin resquemor los platos vegetales que el médico había prescrito, degustaba los vinos en la misma copa del hemipléjico, y le acompañaba al baño para respaldarlo en los menesteres personales. “¡Qué amor tan desinteresado y fiel!”, me dije, e inmediatamente pensé en una misionera con senos nada religiosos y un formidable cuerpo ajeno a claustros y

conventos. Y pensé también en los minúsculos actos lascivos de Tito, porque su desmedro corporal le llegaba a las entrepiernas.

TÚ me llamaste por teléfono cuando se cumplían seis meses del arribo a Caracas. Con una voz que noté más temblorosa que nunca, me citaste en el Café Dulcinea “a eso de las seis de la tarde, amigo” (la palabra “amigo” sonó como un ejercicio de sílabas inconexas); y yo asentí para no defraudar nuestro obvio pacto de solidaridad, aunque mi esposa dudara de la certidumbre de la cita y mil diminutos problemas hogareños me ataran al apartamento recién comprado. Llegué primero y me acomodé en la terraza, con perspectiva hacia la calle principal para poder ubicarte, lo que no fue difícil porque en minutos se detuvo un automóvil de dos puertas: Alike bajó de su ámbito de resuelta choferesa con el fin de ayudar en los traspiés del descenso y, al cabo de unas piruetas de auxilio a la minusvalía, ambos se hallaron frente a mi mesa; y tú, Tito, procediste a sentarte en cámara lentísima.

ELLA emitió protestas en forma de “Hola, ahí te lo dejo”; se montó en el carro y partió entre una nube de raudos ruidos. La había detallado en sus signos externos, ahora tenía un *look* distinto: anteojos negros de marca, pañuelo alrededor del cuello, pantalones que se le afianzaban más abajo de la cintura y unas diáfanas zapatillas moradas. Imaginé que el clima, tan propenso a causar alteraciones de alma, era culpable de la transformación. Pronto sabría que fue más que eso.

YO, sin preguntar, ordené sendos vasos de té frío con muchas rodajas de limón, para calmarnos las ondas de un sol vertical que todo lo enrojecía. Hice silencio para acompañar el de Tito; en verdad, me costaba la articulación de las palabras (o de las interrogantes) adecuadas y una suerte de tedio íntimo me dominaba. La evasión se transfiguró en los reclamos de mi esposa; creía que la engañaba con una alumna furtiva. ¡Ojalá!

TÚ, después de un mudo ensayo, comenzaste la relación de los pormenores. Aunque el temblor te impedía las modulaciones del alegato, logré seguirte con un interés que incluyó el

disimulo de los sollozos. Me contaste, casi en el límite de una nueva afección de neuronas, que Alika había cambiado: de aquella amorosa mujer que te mimaba hasta en las entrañas de los lavabos públicos, nada quedaba. Según tu versión, la nueva Alika –¡o tal vez siempre fue así!– era violenta, procaz, perdía la paciencia con una facilidad inmisericorde; su cultura resultó tan falsa como el origen marroquí de sus ancestros; llevaba el egoísmo a extremos inauditos (igual que los personajes de Balzac, pensé), moría por joyas verídicas y dineros contantes y sonantes, y te robaba cuadros de artistas famosos para venderlos en mercados subrepticios.

ELLA, además, se iba de juerga con una dama poco recomendable; bebía vodka pura antes del desayuno, se mantenía pegada a los vicios de un teléfono digital, y se engullía las uñas en cualquier situación para contrariar las exhortaciones del siquiatra. Tales actitudes y defectos podían explicarse conforme a una lista de conductas extremas (las novelas están colmadas de casos funestos), pero ella saltó la raya de lo tolerable, pues instauró la rutina de cobrarle a Tito por cada una de sus atenciones: llevarlo al baño tenía un precio; vestirlo, otro; prepararle y darle la comida poseía tarifa diferencial, de acuerdo a la calidad y ocasión de la misma; conducirlo a una cita con amigos estaba sujeta a montos variables por “el servicio”, tomando en cuenta el tiempo y la distancia; acompañarlo durante las oportunidades que tocaba el piano en El Albatros, de Sabana Grande, suponía el pago de la cena y la champaña, aparte de un estipendio concreto; escoltarlo al banco para efectuar cualquier diligencia estaba condicionado a retribuciones fijas; y así, en cada evento personal, Alika le exigía la cancelación de sus “honorarios profesionales”. Menos los relativos al sexo, porque desde el último verano se negaba rotundamente a lamerle las entrepiernas.

YO no pude aguantar el trance y largué lágrimas que se juntaron a un compacto silencio. No sabía qué responder ni cómo socorrerlo en el descalabro. Y cuando meditaba sobre ello, apareció Alika, embutida dentro de su nave, y gritó desde el timón:

—¿Estás ciego, Norberto? Ya regresé a buscarte, apúrate porque es tarde.

Tito me miró con unas pupilas abombadas de miedo, conformidad o desesperanza, y con esas mismas pupilas me solicitó que lo auxiliara; Tito y yo, por falta de adiestramiento, tropezamos varias veces con la calzada hasta que llegamos a la portezuela del auto.

TÚ, entonces, en dicción casi inaudible, emitiste el resumen y la advertencia:

—Me arrepiento de no haberme dedicado a la política. Mi vida ha sido un absoluto error. Ahora estoy en peligro, las dos amantes me acosan; te llamaré cuando sea necesario. Adiós”.

ELLA, viendo hacia un punto impreciso, esperó que Tito se montara en el vehículo y aceleró como si la tarifa de honorarios aumentase con la velocidad. Por supuesto, no se despidió de mí; también me consideraba un punto vago y deleznable.

YO volví al hogar, otorgándoles máximos agradecimientos a los dioses del matrimonio por la solícita presencia de Raquel, mi esposa eterna, y traté de olvidarme de los dramas de Norberto. Estimaba, sin concesiones altruistas, que las dificultades de los demás terminan por dominarnos y apoderarse de nosotros. Pero marginar la evocación no fue suficiente: Alika se metía en mis pesadas pesadillas como un bicho de cabeza descomunal y centenares de patas, que dictaba órdenes sangrientas (Tito, Raquel y yo obedecíamos porque estábamos condenados para siempre a la norma de sus leyes). En otros sueños, Alika era un huracán ambiguo, proveniente de regiones extrañas, que arrasaba Caracas, Madrid, Los Fandangos, el Café Dulcinea y el piano de El Albatros; luego me despertaba, entre sabanas sudorosas, en una especie de somnolencia trágica.

TÚ, ayer, me telefoneaste para pedirme, con sustos entrecortados y sin más explicaciones, que fuese enseguida a tu casa. Me vestí apresuradamente, tomé un taxi para cruzar la ciudad en el menor tiempo posible (pues los malos augurios me rondaban el cerebro), y llegué para mirarte tirado en el suelo;

aún vivías, aún pudiste reconocerme, apretarme la mano con agónica firmeza y hablarme a través de tenues susurros. Los vecinos, en grupos de azoramiento, comentaban que tú y Aliká discutían como siempre, a gritos desiguales, en la habitación matrimonial del primer piso; y que después oyeron los golpes y el ruido (que hace un cuerpo al caer por las escaleras). Ahí estabas, aguardando la hora exacta de ser cadáver y, entonces, con levisimas señales, rogaste que me acercara para escucharte:

—Fueron Aliká y su amiga, me robaron todo; ocúpate de mi entierro.

ELLA, incomprensible y oscura, se perdió para siempre en los laberintos del mundo.

ALGUNAS PERSONAS NUNCA SUPERAN EL IMPACTO EMOCIONAL DE LA VIOLENCIA

(Magazín Nexos)

Abandonó Caracas en un ferviente impulso por preservarse de la violencia y la inseguridad. Aquí el sueño se le escapaba a través del desespero, veía homicidas (o espectros de homicidas) en cada calle, sentía que los vericuetos de la criminalidad lo cercaban con creces, se angustiaba a vaivén de sístoles y arritmias ante las estadísticas del delito, no confiaba en los bancos para guardar los sudorosos ahorros (“siempre se los roban”, decía o maldecía), se enclaustraba –hermético– entre las rejas de su apartamento con la ilusión de que no llegaran los malhechores, y subsistía a base de pastillas y granulados sin r cipe para mitigarse el pavor que lo atenazaba. Tenía motivos de sobra y de zozobra: lo habían asaltado varias veces y ostentaba en el pecho una bala que los médicos-matatanos no pudieron extraerle.

Cambi  su peculio en el mercado de dólares negros y partió por el aeropuerto principal, renegando del Alma Llanera (en espíritu o en CD), del clima autóctono, de la harina de maíz y el desayuno criollo. Había escogido el pueblo de Busenberg, en los confines del suroeste alemán, para recalar su aflicción, pero, sobre todo, para conservarse en vida, porque aún no quería rendirle cuentas a cualquier deidad santísima y suprema. Eligió Busenberg, según las recomendaciones web de la cromática zona de Renania, con la maciza voluntad de formar parte del reducto campestre (1.400 habitantes, un cine, clima suave u oceánico, varios parques naturales y uno de diversiones con trencito y tiovivo).  Qu  más pedir!

Arrib , pues, a Busenberg, sin saber cómo se pronunciaba en alemán “buenas tardes” o “un trago, por favor”, pero con mucho ánimo para insertarse en las normas de esa parroquia de narices rojas y sombreros puntiagudos. El dueño del hostel

Fersen le dio como bienvenida un apretón de manos que casi le disloca la muñeca derecha, y seguidamente lo guió hasta la mejor habitación del segundo piso: vasta cama para una sola persona, pintura de intenso verde en las paredes, balcón con macetas de flores imprecisas y estufa para soportar el invierno. Cuando *herr* Thalmann se fue renqueando la edad, él sacó de la valija una botella de ron a fin de mitigarse las primeras desazones y manifestó –en confianza propia– que enfrentaría (como un solo hombre) los retos del autoexilio. Durmió poco y se levantó a trancos desorientados; aún no lograba fijar, quizás por desvarío, los puntos cardinales ni las luces que brotaban del ventanal.

Las semanas posteriores se dedicó a las caminatas luego del primer refrigerio (una copia invariable de pan de centeno y mantequilla blanca). Observaba el entorno, las chimeneas en línea, los árboles de altos copos, la similitud de las plantaciones, pero no se sentía bien dentro de aquel silencio que todo lo rodeaba; un silencio estentóreo y grave, meticoloso, inmovible, idéntico a sí mismo (la absoluta negación del sonido). Pensó, por contradicción, en la furia de las motocicletas caraqueñas, sus escapes libres para destrozar los tímpanos, el atraco a gritos de calle, la barahúnda, el ecosistema de ecos públicos. Entonces sonrió y concluyó: “¡Ni tanto ni tampoco, ni calvo ni con dos sombreros puntiagudos!”.

Después del almuerzo (siempre carne de cerdo a la parrilla o en salchichas) descansaba un rato sobre la cama solitaria, más tarde bajaba al recibo para incluirse como huésped de las poltronas del hostal; veía las imágenes de las revistas alemanas, miraba sin entender los programas de televisión, escuchaba con una mueca de sonrisas ficticias las peroratas de *herr* Thalmann, y no se conectaba a Internet por los largos atascos del servidor. Los sábados iba al cine en pos de películas con subtítulos en inglés –idioma que conocía mediante palabras sueltas–; y los domingos, según el rito usual, paseaba por el parque de diversiones y se deleitaba con la correcta alegría de los niños y el tiovivo.

Un día se hartó de la molicie, tomó varios trenes y un bus directo y fue a parar a Honfleur, villa francesa de la región normanda que también tenía reservada como alternativa (14 km² y 8.000 habitantes, la mayoría vetustos; puerto en el estuario del Sena, motivo pictórico de Monet y Courbet, escasísimo índice delictivo). Ya en el centro de la localidad, dio algunas vueltas de exploración, aspiró el aire lacustre, se sentó en un muro para organizarse (o afirmarse) y eligió tocar la puerta de la vivienda donde ofrecían albergue. Le abrió *madame* Antoinette, versión francesa de su anfitrión alemán pero de menor simpatía, que en quince vocablos le transmitió el precio y las condiciones del alojamiento. “D’accord”, dijo él, rememorando las inmediatas traducciones de Google, y le pagó tres meses por adelantado.

Las perfecciones de Honfleur le amedrentaron la vista: el borde de casas frente al muelle parecía hecho a molde exacto, las velas de los barcos eran un artificio difícil de creer, no había ni pizca de basura en las calles, los perros orinaban en sitios que consideraban aptos, la gente se saludaba en voz baja, y no existían fritangas de cualquier tipo, sino pailas de castañas (como en los documentales de *National Geographic*). Los cientos de turistas se adecuaban a la escenografía, pero él murmuró: “¡Demasiada perfección para mi gusto! ¡En esta vaina no hay defectos!”. Sin embargo, por la costumbre del miedo, no dejó de asustarse cuando sacaba billetes de los cajeros electrónicos, o cuando alguien caminaba muy a su lado (“¡Relájate, chico, relájate, porque no estás en Caracas sino en Honfleur, Francia!”).

La soledad empezó a asediarlo con sus mudas tardes frente al Sena y las jarras de vino sin amigos ni escándalos, y además el dinero mermaba y la crisis europea no ofrecía ninguna oportunidad laboral en el área de las comunicaciones. Por indeclinable orgullo se abstuvo de referir a los familiares, mediante chateos y mails, los problemas del destierro voluntario, y mentía para no causarles angustia: “Todo súper chévere y bajo control”.

De repente, en un acceso de ánimo positivo se trasladó a Norteamérica para que lo admitiera la mansedumbre de Creede,

quizás el pueblo más pequeño de Colorado, cuyas virtudes y características figuraban en los foros de la red (casi nula delincuencia, tabernas típicas, chicanos tranquilos, tortillas con *keptchup*). Lo acogió Margaret Benítez, una mujer que hablaba el español como si padeciese de toses gramaticales y quien lo acompañó hasta su cuarto sin aceptar propinas. Él vació la maleta, se lavó la cara y descorrió el cortinaje para que aparecieran dos montañas gemelas con “capita” de nieve, dos prominencias al estilo de las barquillas de McDonald’s.

En la placidez de aquel pueblo del oeste americano, hoy sin los antiguos y tumultuosos vaqueros, se dedicó a observar la naturaleza, pescar en el arroyo que luego de kilómetros cae al río Grande, y ver la huidiza estampida de las ardillas. Fijó asiento en una taberna de la única calle principal (todas las tabernas eran mustias e invariables), y consagró la morosidad del tiempo a la degustación de cervezas y papas surtidas, siempre meditando sobre la perspectiva de un quimérico trabajo.

En Creede, igual que en Busenberg y Honfleur (trilogía mundial de paz y seguridad), las alucinaciones no desaparecieron: conjeturaba la inminencia de asaltos a la vuelta de las esquinas o tras el gesto de cualquier peatón; suponía raptos exprés y chantajes odiosos; intuía amenazas y provocaciones; sospechaba ataques, veredictos mortíferos, asesinatos múltiples, y al cabo de un parpadeo de reflexión se percataba de la quietud circundante.

Como después de andanzas y mudanzas aún le proseguía el síndrome de la violencia, decidió encaramarse en un trayecto sin escalas para volver a la rutina de Caracas, a la misma arritmia de corazón, al mismo retumbo de motocicletas, al mismo susto entre los huesos. Y seguramente, ya resignado, se confina tras los barrotes de su apartamento con la ilusión de que no lleguen los malhechores.

era su pareja sentada a punta hacia la izquierda que investiga el caso apunta hacia el fondo de un hecho punible. Las investigaciones de la científica, determinaron que la muerte de la víctima se produjo por asfixia mecánica, y es que Ramón con quien vivía la ahora occisa en el Hipódromo de Upata, dijo que la muchacha se conmovió con un accidente de tránsito que ocurrió en un momento en el cual había dos marcas. Además, la longitud de la huella era muy corta y no había en el techo algo que se pudiera sostener.

El hombre quedó detenido de inmediato "por diligencias", pero según la familia todo estaba claro, "entraron tres horas después de cometido el hecho, el agravante de que el supuesto homicida era un extranjero y la encerraba cuando salía a trabajar, se tardó dos días de retención y una hija. Aseguran que sería la encerraba cuando salía a trabajar."



Según la familia de la adolecente...

Asesinaron a José Fernández, apodado "La Muñeca"

...haber recibido información en Brisas del Paraíso...

Dicen que fueron...

licial: ZULIA - NUEVA ESPARTA

do "El Curso" y "El Tiburón" escapó Estrelló el vehículo contra un poste

oy, de 29 años de edad, alias "El Curso" y "El Tiburón" fue un delincuente apodado "El Tiburón", que logró escapar en medio...



El Curso, según dijeron, era un sicario y extorsionador además de pistolero...

En un sector de Cabimas pantalón y lo quemaron

Los sujetos le vaciaron encima a Rómulo Segundo un "acelerante químico" apodados, "Papi loco", "Coquito" y "Juan Carlos".



... arrestó a tres y buscan a "Papi loco", "El Coquito" y "Juan Carlos".

a golpes a un bebé de 2 meses

... llevado a su madre, el padrastro un tío nacido. Los cuatro quedaron presos.



BURGOS: EL CRIMEN QUE ENCONTRARON

Via a la Península de Macanao, en Nueva Esparta

Moisés Rodríguez Martínez de 27 años de edad mataron por poltramas González de 26 años de edad que conducía al puestecito a exceso de velocidad

El choque ocurrió en horas de la tarde en la vía que conduce a la Península de Macanao, en la vía que conduce a Nueva Esparta. En el accidente habrían estado otras tres personas heridas, entre ellas el mencionado conductor del vehículo que impactó con la luminaria.

En la calle Buenaventura de Portamaría Lo mataron y lo envolvieron en una sábana

Al Alcazar...

Parte Policial: BOLÍVAR

Acabaron con "Los Morochos" y andan en busca de "Los Geranos"

El doble homicidio sería consecuencia de un ajuste de cuentas, de acuerdo a lo que trascendió de las investigaciones.

Los pistoleros agoreros finalizaron su mancha acción burlando de la escena del crimen, donde las víctimas quedaron involucradas en un ajuste de cuentas. Investigaciones de la Policía del estado Bolívar, en un ajuste de cuentas, de acuerdo a lo que trascendió de las investigaciones.

En Ciudad Bolívar Sicarios mataron a paciente en el hospital

La víctima tenía varios tiros en el abdomen. Lo mataron en su cama y lo mataron a 34 años de edad. Los sicarios mataron a un paciente en el hospital.

En Upata un hombre se suicidó al salir a trabajar

Familiares de la víctima dijeron que el hombre se suicidó al salir a trabajar y no conforme con el salario que recibía.



**100 TITULARES PARA QUE USTED
ELABORE SUS PROPIOS CRONICENTOS**
(Hemeroteca Digital)

**TRES ÉPOCAS DEL DELITO: AL ABUELO LO MATARON POR UN PAR DE ZAPATOS,
AL HIJO POR UN TELÉFONO CELULAR Y AL NIETO POR UNA MOTOCICLETA.**



**AHORCÓ A SU A ESPOSA Y METIÓ
LOS DESPOJOS EN LA NEVERA.**



**ATRACARON RESTAURANTE Y DEPOSITARON EL BOTÍN EN
BANCO DEL MISMO CENTRO COMERCIAL.**



**Apresan a violador
que captaba víctimas por la red.**



UN AMIGO LO DEGOLLÓ MIENTRAS CONSUMÍAN LICOR.



A PAREJA LA ULTIMARON DE 120 DISPAROS.

**Múltiple homicida de escolares noruegos
no se arrepiente de su acción.**



SUICIDIO COLECTIVO EN JAPÓN POR MOTIVOS RELIGIOSOS.



**60.000 MUERTES VIOLENTAS EN EL ÚLTIMO
SEXENIO MEXICANO (2006-2012).**



**“Le tememos más a los policías que a los malandros”,
dicen los habitantes de las favelas de Río de Janeiro.**



**EN ESPAÑA TRAFICAN CON ARMAS DE GUERRA
PROVENIENTES DE LOS BALKANES.**



**CHOFER DROGADO PRODUJO ACCIDENTE DE BUS EN EL QUE
FALLECIERON 30 PERSONAS.**



**Burlas y bromas entre colegiales pueden
conducir al suicidio.**

**ONG COLOMBIANA ENCUENTRA DECENAS DE CADÁVERES
ENTERRADOS EN FOSA COMÚN.**



ULTRAJARON A PRESIDENTE GADAFI ANTES DE MATARLO.



Fiscales imputan a policías secuestradores.



**SICARIOS ACEPTAN DROGAS Y REPUESTOS DE VEHÍCULOS EN PAGO
POR COMETER CRÍMENES.**



GRADUACIÓN DE LICEÍSTAS TERMINÓ EN MASACRE.



**Delincuentes usan alta tecnología para
desvalijar cajeros electrónicos.**



**Acuchilló a un desconocido
porque lo tropezó.**



**SOBREVIVió UNA NIÑA QUE RECIBió DIEZ IMPACTOS DE BALA.
Arafat fue envenenado según determina exhumación.**

**BOMBARDEAN POR ERROR A POBLACIÓN
CIVIL EN AFGANISTÁN.**



ULTIMADOS POR VENGANZA DIRECTORA DE CÁRCEL Y SU MARIDO.



ASELINADOS VEINTE PERIODISTAS HONDUREÑOS EN DOS AÑOS.



En Ciudad Juárez los jóvenes no tienen esperanza de vida.



LADRONES CALCINARON A MADRE E HIJA PARA QUE NO LOS DENUNCIARAN.



**SUPUESTOS MIEMBROS DEL EJÉRCITO LO APRESARON Y
TORTURARON.**



Tiroteo en miniteca dejó saldo de tres muertos y seis heridos.



MATÓ A TRES PRIMOS PORQUE PENSÓ QUE FRAGUABAN ALGO.

CANTAUTOR DE *REGGAE* SUFRIÓ MISMA VIOLENCIA QUE DENUNCIÓ EN SUS CANCIONES.



MÉDICO LE APLASTÓ LA CABEZA A SU MUJER CON UNA PIEDRA.



Norteamericano con chaleco antibalas mata a 14 personas en estreno de film sobre Batman.



TIROTEARON A EFECTIVO POLICIAL POR LAVAR SU MOTO EN LA CALLE.



RECLUSOS SE COSEN LA BOCA E INICIAN HUELGA DE HAMBRE EN SOLICITUD DE MEJORAS.



Desde cárcel de Maracaibo prepararon atentado con explosivos.



CONFLICTO EN PENITENCIARÍA ANDINA DEJA SALDO DE 28 MUERTOS Y MÁS DE 30 HERIDOS.

**DETIENEN A TURISTA EUROPEO CON COCAÍNA
IMPREGNADA EN LA ROPA.**



**Hombre se crucifica en plaza de México
porque aseguradora se niega a pagarle.**



Diez sicariatos en 20 días en Táchira.



UN FILIPINO FOTOGAFIÓ A SU ASESINO ANTES DE MORIR.



**Linchamiento de una mujer en la India
sacude internet.**



LUCHAS ÉTNICAS DEJAN MILES DE DESPLAZADOS EN ETIOPÍA.



**DEGOLLARON A UNA ANCIANA PARA QUITARLE
EL TELÉFONO BLACKBERRY.**



Mueren cuatro niños durante tiroteo en fiesta.

**APRESAN A MATRIMONIO DE INDIGENTES POR
ASFIXIAR A SU CRIATURA.**

**DENTISTA LE ARRANCÓ LOS DIENTES A SU NOVIO
PORQUE LA DEJÓ POR OTRA.**



Montaron alcabala falsa y robaron 15 motos.



ASESINAN A ALCALDE EN INTENTO DE SECUESTRO.



**INCAUTARON 1.400 KILOS DE COCAÍNA EN CANARIAS
POR INFORMACIÓN DE AUTORIDADES VENEZOLANAS.**



**Nueva enfermedad: sentirse perseguido
por las cámaras de un imaginario
reality show.**



MATAN A ESPOSAS DE DOS POLICÍAS POR ENCARGO DESDE UNA CÁRCEL.

QUINIENTOS MOTOCICLISTAS LESIONADOS SE SOMETEN A TERAPIAS DE REHABILITACIÓN EN HOSPITAL DE CARACAS.



Rocían gasolina y queman a su padrastro durante una discusión.



VECINOS ENCONTRARON RESTOS HUMANOS EN TANQUE DEL AGUA QUE CONSUMÍAN.



REO EVADIDO DETONÓ GRANADA EN OFICINA DE SERVICIO PÚBLICO.



Homicidas dejaron cadáver de chica en parada de autobús.



SUBALTERNOS ESTRANGULARON A EMBAJADORA PORQUE DESCUBRIÓ PRESUNTO TRÁFICO DE DROGAS EN VALIJA DIPLOMÁTICA.



JUEZ MURIÓ EN INTENTO DE ROBO QUE PLANEÓ ABOGADO.



Afirman que Marilyn Monroe fue asesinada por secretos que sabía.

ENTREGÓ A SU PAREJA A BANDA DE PLAGIARIOS.
AUTOR DE MATANZA EN WISCONSIN ALENTABA
SUPREMACÍA DE LOS BLANCOS.



**Esposa de político chino acusada
de envenenar a empresario británico.**

ADOLESCENTE PIROPEÓ A MUJER DE POLICÍA Y ESTE LO MATÓ.



RUSIA DESMANTELA SECTA QUE ESCONDÍA POR AÑOS
A MENORES BAJO TIERRA.



Ser gay en Brasil: entre la tolerancia y la violencia.



**DOS MUCHACHAS LE HICIERON CESÁREA A OTRA JOVEN PARA
DESPOJARLA DE SU BEBÉ.**



ESCUCHÓ POR CELULAR CUANDO MATABAN A SU TÍO.



Pelea por estacionar generó crimen de un comerciante.

MARIDO CELOSO ASESINÓ A SU ESPOSA POR ENVIAR MENSAJE DE TEXTO.



REOS UTILIZABAN CABINA BLINDADA COMO CABALLO DE TROYA PARA DISPARAR Y PROTEGERSE.



Profesora mata a tres maestros en universidad de Alabama.



NIÑO DE CUATRO AÑOS FUE ESTRANGULADO Y QUEMADO POR SU PADRE.



RECLUSO QUE ASESINÓ A SU NOVIA EN VISITA CONYUGAL FUE EJECUTADO POR COMPAÑEROS.



Remataron a tiros dentro de su urna a asesino de periodista.



ATRACÓ UNA JOYERÍA PARA PAGARSE OPERACIÓN DE CORAZÓN.



ROBABUSETAS MATAN A GUARDIA NACIONAL PORQUE NO CARGABA DINERO.

Buscarán abatir la violencia atacando conflictos cotidianos.



DISTURBIOS DEVASTARON BARRIO POBRE DE CIUDAD FRANCESA.



INCAUTAN SUBAMETRALLADORA, FUSILES, MUNICIONES Y DROGAS A REOS DE PENAL EN VENEZUELA.



Matan a cuatro integrantes de banda que asesinó a policías.



ENFERMEDAD DEGENERATIVA CEREBRAL AMENAZA A VETERANOS DE GUERRA ESTADOUNIDENSES.



ASESINO DE POLICÍA ESTABA ACUSADO DE 17 HOMICIDIOS.



Con falso cinturón bomba robaron un banco.

DAN MUERTE A PASTOR EVANGÉLICO MIENTRAS PREDICABA.



CON VIOLENCIA ESTUDIANTES RESUELVEN CONFLICTOS EN LAS ESCUELAS.



Detenidos en Bangladés ladrones que imitaban al genio de Aladino.



DOS ADOLESCENTES QUEMARON VIVO A COMPAÑERO.



“YO TAMBIÉN ESTOY MUERTA”, DIJO LA MADRE FRENTE AL CADÁVER DE LA HIJA ASESINADA.

Lo envenenaron su esposa y su secretaria.



TRAUMA AMBIENTAL PRODUCEN AUTOMÓVILES CON PODEROSOS EQUIPOS DE SONIDO TUNING.

**LADRÓN FUGAZ COMETIÓ 11 DELITOS EN
6 HORAS Y EN 4 PUEBLOS DISTINTOS.**



Lo mataron pero salvó a su nieta.



**SALDO DE 64 MUERTOS DEJA CONFLICTO MINERO EN
SURÁFRICA.**



**TRIBUNAL DE SUDÁN CONDENA A MORIR LAPIDADA A JOVEN
ADÚLTERA.**



**Vecinos protestan trancando la vía
porque uniformados mataron a
discapacitada.**



HAMPONES ASALTARON A TODOS LOS VECINOS DE UN EDIFICIO RESIDENCIAL.



**ESTADÍSTICA MUNDIAL: CADA 40 SEGUNDOS SE SUICIDA UNA
PERSONA.**

**Lo mataron en altar frente a feligreses
que asistían a misa.**



**HOMBRE SOLICITÓ SERVICIOS DE UNA PROSTITUTA Y AL APARECER SU HIJA LE DIO
UN INFARTO.**

ÍNDICE

Supuesta víctima confesó que obrero linchado no era violador	7
Le disparó a su marido porque la llamó por otro nombre	9
Anciano solitario fallece en accidente sexual	13
Por mensaje de texto denunció a sus homicidas antes de que lo asesinaran	17
Asalto de película	20
Esbirros de la dictadura perejimenista asesinaron a famoso cantante mexicano	22
Peripecias de un estudiante subversivo de los años 60	26
Ajusticiaron a delator de guerrilleros en vía pública	33
Periodista se suicida en crisis de amnesia	37
Narcos construyen submarinos para transportar drogas	40
Homicidio culposo de transformista en un burdel	46
Campeón mundial de boxeo asesinó a su esposa y se suicidó	49
Capo de la droga perdió la memoria antes del cerco final	54
“Coliseo” en penal de occidente deja saldo trágico	57
Muere minusválido en línea de fuego entre bandas	59
Acuchillan en su apartamento a detective aficionado	61
Policías mataron a psicóloga en intento de secuestro	65
Detienen a abogada por complicidad con líder de presos	68
Apresados in fraganti en atraco a banco	73
Balas perdidas lo alcanzaron cuando iba a dictar charla sobre la violencia	75
Mató a su padre porque se lo pidió la amante de ambos	77
Aniquiló a tres hombres en prueba de iniciación	80

Comisario investiga caso de escritor fallecido	82
Adolescente estuvo cinco años evadiendo a sus asesinos	88
El veneno de los celos se llevó a dos familias	91
Travestis se disputan territorio en bulevar del este	95
Juez decidirá sobre fallecimiento de joven en baño turco	98
Malhechores cierran autopista por ritos funerarios	101
Sandra, joven deportista universitaria...	103
Plagiarios de cantante eran fanáticos de su víctima	105
Veneran a delincuentes muertos en búsqueda de protección	108
Raptó a niño y después lo hizo su concubino	111
Nuevo virus violenta las computadoras mundiales	114
Enfrentan en alcabala a dos peligrosos hampones	116
Intento de sicariato contra dueño de clínica	121
Camión de basura se llevó dedo que le cortaron a plagiado	125
Desaparece falsificador de cuadros buscado por la Interpol	127
El tránsito de la ciudad produce violencia y estrés	131
Policía indaga en entorno familiar de italiano asesinado	133
Utilizan cabeza de recluso para jugar pelota	137
A narcomula le explotaron los dediles que transportaba en el estómago	140
Ultimados por venganza en un velorio	145
Mínimas crónicas del delito común	147
Secuestro causa pánico en urbanización	150
Ataque racista contra joven estudiante	155
Esposa le cobraba al marido hemipléjico por sus servicios cotidianos	159
Algunas personas nunca superan el impacto emocional de la violencia	167
100 titulares para que usted elabore sus propios cronicuentos	172

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Última página. Cronicuentos
se terminó de editar en formato digital
en la República Bolivariana de Venezuela,
en Caracas, en el mes de octubre de 2020

Se sabe: la realidad suele superar la ficción, sobre todo en contextos sociales enrarecidos por la violencia del hampa común y criminal. No obstante, la sentencia sirve también en caso contrario: la ficción subvierte el crudo realismo cuando toma como base para sus historias el cotidiano enfrentamiento de delinquentes contra sujetos indefensos, con interés de revelar algunas de las pulsiones que atizan al homicida, al ratero, al narcotraficante. En esta *Última página. Cronicuentos*, Igor Delgado Senior opera como paciente observador de esta lucha diaria, pero no desde una perspectiva que busca denunciar torceduras civiles, sino con la mirada de un prosista que sublima las circunstancias reales para transmutarlas en una galería de personajes y peripecias aterradoras, horripilantes y, en ocasiones, tragicómicas. Así, las breves piezas que integran este libro –cuyos argumentos han sido entresacados, en apariencia, de la prensa escrita– corroboran la sabiduría de un autor que logra convertir pavorosas escenas del mundo en relatos que trascienden la mera referencia, en situaciones locales y cercanas. Sin duda, una regia lección de narrativa.

IGOR DELGADO SENIOR (Caracas, 1942)

Escritor prominente de nuestra literatura venezolana. Entre sus libros mencionaremos: *Ephatae* (1979); *Relatos de Tropicalia* (1985); *Sexo sentido y otros cuentos* (1988); *Sub-América* (1992); *Si me han de matar mañana* (1998); *Cuentos completos* (2011); *Fuegos de palabras* (2013), entre otros. Su obra ha sido reconocida nacional e internacionalmente: mención especial del Concurso Anual de Cuentos de El Nacional; Premio Municipal de Literatura, mención narrativa (1988); finalista del Concurso Casa de las Américas, mención narrativa (1988); Premio del Concurso de Cuentos de la revista Plural, del diario Excélsior (México, 1991); Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional (1991).

